



ALFRED
GRASS

INTERMEDIO FATAL



SS SERVICIO SECRETO




JANICE
BILL
CRAWFORD



ALFRED GRASS

INTERMEDIO FATAL

SERVICIO SECRETO n.° 159
Publicación semanal
Aparece los MIÉRCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BOGOTÁ
BUENOS AIRES
CARACAS
MÉXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 32.980-1966
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1967

© ALFRED GRASS - 1967
sobre el texto literario

© JORGE SAMPER - 1967
sobre la cubierta

© COSTA y PEÑA - 1967
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así corno las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier Semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

OBRA DEL MISMO AUTOR
PUBLICADA POR ESTA EDITORIAL

En Colección ARCHIVO SECRETO;
113. — Crimen en el estudio

PROLOGO

El auto rateó un par de veces y luego se detuvo. Su figura alargada, en medio de la carretera envuelta en sombras, semejaba la silueta de un coche fúnebre estacionado frente a un invisible cementerio.

El hombre maldijo entre dientes. No tendría tiempo de conseguir más combustible. Ya nunca tendría tiempo para nada. Con lentitud sacó del bolsillo una negra pistola «Walther», verificó su carga y la guardó. Era un arma segura y casi silenciosa: en más de una oportunidad le había servido para salir de situaciones peligrosas.

Luego bajó del auto, y sin molestarse siquiera en cerrar la portezuela, se perdió en las tinieblas.

El otro automóvil detuvo su marcha con suavidad, como si hubiera temido despertar a alguien. Los cuatro hombres que se apearon, no cambiaron una sola palabra, No era necesario. Se conocían demasiado bien y sabían de memoria lo que debían hacer, Sus oíos agudos escrutaron la noche, y sin hacer ruido alguno se lanzaron en la dirección seguida por el hombre que huía, como sabuesos. Porque, en cierto sentido, eso eran: sabuesos que perseguían a una presa que se les escapaba.

Las pisadas habían quedado marcadas sobre el barro del borde de la carretera, perdiéndose en las sombras hacia la escollera cercana. Pero a la luz de los haces blancos de las linternas eléctricas se veían más allá, sobre la arena húmeda. Los cuatro hombres observaron un instante y luego apagaron sus linternas, echando a correr.

El fugitivo se detuvo, jadeante, a doscientos metros de distancia.

Todo había terminado. Su mirada abarcó la larga costa, batida por las olas del Océano Pacífico. No había ningún sitio donde ocultarse: la luna iluminaba todo con plateada claridad. Los ojos del fugitivo miraron vanamente hacia el cielo en busca de una nube que cubriera el rostro del astro nocturno. Inútil. Tragando saliva, se volvió. Entre sus dedos, largos y delgados, la pistola «Walther» parecía un ser viviente y no un frío trozo de metal. Entonces aparecieron las cuatro sombras perfiladas por la luna. El fugitivo llevó la mane al bolsillo y sacó algo, un objeto pequeño y achatado. Con cierta ansiedad, miró nuevamente en derredor, y, por fin, en un gesto de desesperación, lo arrojó lejos, hacia el terraplén.

Las sombras avanzaron cautelosamente.

—Sabemos que tiene «eso» encima —dijo una voz indefinible—. Entréguelo y nada ocurrirá.

Al mismo tiempo, se escuchó el sonido seco del cerrojo de una pistola al ser accionado para pasar una bala a la recámara.

El fugitivo no contestó, pero alzó su arma. Sabía que «ellos» no perdonaban. No dispuesto a pedir por su existencia. De cualquier manera, sería inútil.

—Le damos una última oportunidad —insistió la voz.

Hubo una pausa. Luego resonó un disparo, quebrando el silencio de la playa. El fogonazo perforó las tinieblas, delineando la silueta de la sombra que empuñaba el arma. El fugitivo sintió que la bala pasaba silbando sobre su cabeza y oprimió el disparador de la «Walther». Tres secos chasquidos respondieron al estruendo de la «45» y una de las sombras se dobló, lanzando una maldición. Simultáneamente, nuevos fogonazos trazaron rojas estrías y el fugitivo sintió que algo parecido a un dedo candente le tocaba el pecho. Ningún dolor, tan sólo la fuerza del impacto sordo empujándole inexorablemente hacia atrás. Otros dos disparos dejaron oír su voz ronca bajo el firmamento tachonado de estrellas; el fugitivo siguió apretando el gatillo, pese a que se sentía caer, caer hundiéndose en un abismo sin fondo, de paredes negras y fluidas. De pronto, con el rostro pegado a la arena, tibia aún por el calor del día que pasara, sintiendo que por su costado resbalaba líquido caliente y viscoso que no parecía tener fin, advirtió que «ellos» se acercaban y trato de levantar la diestra, crispada sobre la culata de la «Walther», Inútilmente. Porque cuando los tres perseguidores

llegaron a su lado, el torbellino lo había engullido,

—No perdamos tiempo —dijo la voz que hablara anteriormente — Revisemos el cadáver…

CAPITULO PRIMERO

Bill Crawford lanzó un suspiro y, alzando un dedo, reclamó una nueva dosis al *barman.* Frente a él, sobre el pulido mostrador, había dos copas. Una vacía, y la otra llena de «whisky sour».

—Otra, Joe —pidió.

El *barman* lo miró, frunciendo el ceño.

—Perdón, señor... ¿Quiere otro «whisky sour»?

—Exactamente.

Los ojos del *barman* se posaron en la copa intacta, Bill siguió su mirada y sonrió con aire de complicidad.

—Es para Janice, Joe —explico.

— ¿Janice?

—Mi señora... Soy recién casado, Joe.

El *barman* abrió los ojos en gesto de comprensión y comenzó a mezclar la bebida. Al servirla, se creyó en la obligación de aclarar:

—Mi nombre no es Joe...

— ¿Cómo se llama?

—Timothy.

Bill hizo un gesto de horror.

—En tal caso, le llamaré Joe —exclamó, dejando dos billetes de diez dólares sobre el mostrador y tomando una copa en cada mano. Con ojos imperturbables estudió los alrededores y viendo una mesita estratégicamente ubicada frente a la puerta, la ocupó. El pequeño bar del Hotel Tropicana de San Diego, California, estaba casi desierto y a nadie podía molestar aquel cambio. Si no quería perder la paciencia esperando a Janice, le convenía ubicarse en algún sitio cómodo. Sus ocho días de matrimonio, sumados a la

experiencia de seis meses de noviazgo, le habían permitido averiguar una verdad más sobre el carácter de su rubia esposa. Janice no tenía la menor idea de lo que significaba llegar a tiempo a una cita, Fuera con él o con cualquiera.

— ¡Hola, querido! —Bill alzó la cabeza al oír la voz desconocida a dos pasos de distancia. Con acento levemente extranjero, insinuante y tal vez excesivamente suave, la morena que se le acercaba, sonriendo ampliamente, hubiera cortado la respiración de cualquier elemento masculino objeto de su atención. Bill miró a sus espaldas para asegurarse que la muchacha se dirigía a él y advirtió que en ese momento era el único ocupante del salón. La morena se inclinó y le pasó los brazos por el cuello—. ¿Llego tarde? Perdóname…

Al mismo tiempo, le dio un beso en la mejilla. Bill alcanzó a percibir el sutil perfume que envolvía a la muchacha, y algo mareado por los tres «batidos» que había bebido, se tiró hacia atrás, tartamudeando

— ¡Oiga! Aquí hay un error… ¿Quién es usted?

La morena lo tuvo que soltar con evidente mala gana.

— ¿Cómo dices eso, amor? —exclamó con acento compungido. Luego su nariz, pequeña y respingada, olfateó el aliento de Bill y una sonrisa le curvó los labios» deliciosamente dibujados—. ¡Ah! Comprendo… ¡Estás bebido!

—Ni estoy bebido, ni tengo el gusto de conocerla» señorita —afirmó firmemente Bill Crawford, mientras miraba de reojo hacia la puerta de entrada. De un momento a otro, Janice terminaría de arreglarse y bajaría a tomar el aperitivo. Y, entonces, ardería Troya por segunda vez… Pero la morena era casi tan persistente como el perfume que llevaba. Sentándose frente a Bill, sacudió la cabeza.

— ¡Tú no cambiarás nunca! —dijo—. ¡Basta un trago de alcohol para que pierdas la noción de las cosas, Peter!

— ¿Peter? Pero yo me llamo Bill… Bill Crawford, señorita —la protesta no sonaba a alcohólica. La morena frunció el ceño y abrió los ojos.

—No sé a qué juegas, pero resulta pesado insistir en una broma tan tonta. Estuve muy inquieta…, te esperaba ayer, y ahora te encuentro bebiendo en este bar, con dos copas delante y negándote a identificarme. ¿Qué diablos te pasa?

Bill masculló una interjección y sacó la cartera del bolsillo, abriéndola.

—Tal vez se convenza si le muestro mis documentos, señorita —dijo, pausadamente—. Aquí hay un error muy curioso. ¿Por quién me toma usted?

— ¡Por Peter Field, naturalmente! —la morena parecía comenzar a dudar. Sus enormes ojos negros miraron las tarjetas que Bill sacaba de la cartera. La ficha de la Sociedad de Escritores del Este, el registro de conductor del Estado de Nueva York, la credencial del Club de los Leones...

— ¿Convencida? —dijo Bill, cuando advirtió que la muchacha se incorporaba lentamente.

—Supongo que sí... Perdóneme —el acento extranjero se había acentuado. Bill sonrió.

—Cualquiera puede equivocarse, señorita..., y para mí ha sido muy agradable, se la aseguro...

— ¡Oh! —los ojos negros bridaron un instante—. ¡Perdóneme! —repitió, y volviéndose, se marchó por la puerta del extremo más alejado del barcito. Bill bebió un trago de su copa, y entonces otra voz, esta tez bastante familiar, resonó a su lado.

—Muy bonita tu amiga... ¿Qué fue lo que resultó muy agradable? —era Janice, hermosa y rubia, pero con cierta expresión peligrosa en sus ojos verdes.

— ¡Querida! No te oí llegar... —Bill se atragantó, maldiciendo la idea del constructor que había hecho el bar con dos puertas opuestas.

—No contestas a mi pregunta. ¿Quién era esa mujer? Cuando llegamos a San Diego me dijiste que no conocías a nadie en la zona.

—Y es cierto... Esa señorita me confundió con un tal Peter Field...

—Cuando trates de engañarme, límpiate primero el *rouge* —replicó Janice, pasándole un pañuelo por la mejilla. Bill la miró con el aire de un mártir.

— ¡Pero, querida! ¡Por favor! —balbució.

—Si a una semana de casados te encuentro en un bar con *rouge* en las mejillas, ¡qué puedo esperar dentro de diez años! —le interrumpió Janice.

—Siéntate, que te explicaré... —insistió Bill, tomando a su

esposa del brazo. Ella se soltó violentamente,

— ¡Suéltame! ¡No es necesario que te pongas brutal en público! —exclamó Janice—. ¡Además, no pienso sentarme!

Pero lo hizo. Sus ojos se clavaron, acusadores, en la copa llena; Bill lo advirtió.

—Es para ti —dijo—. No vas a hacerme ahora una escena, porque te hice preparar un «whisky sour» en lugar de un «Tom Collins»

— ¿Estás seguro que no es de esa mujer?

— ¡Janice! ¡Basta de tonterías! —Bill cobró fuerzas, vaciando su copa—. Te dije la verdad. Si quieres, puedes creerme. Pero, por lo menos, acredítame suficiente imaginación como para no citarte en el mismo sitio donde me espera «la otra»…

Janice abrió enormemente los ojos, meditó un instante y luego se rindió. Tomando el cóctel, bebió un serbo.

—Perdóname, querido… —dijo suavemente—. ¿Llegué muy tarde?

Bill suspiró.

—Como de costumbre, linda… Pero, gracias a eso, pude averiguar algo… En San Diego tengo un sosías.

Los ojos de Janice brillaron de entusiasmo.

— ¡Qué emocionante! ¡Como en «El prisionero de Zenda»!

— ¡Janice! ¡Por favor! —Bill recordó con un estremecimiento cierta adaptación barata de la famosa novela, que hiciera un par de años atrás para una audición matutina de radio, y miró con pesar su copa vacía—. ¡Joe! ¡Otra!

— ¡Bill…! ¡Estás bebiendo demasiado!

—Naturalmente…, pero no puedes dudar de que la ocasión es propicia —asintió él alegremente—. Fíjate que no todos los días nos enteramos de que existe en el mundo otro hombre tan parecido a nosotros que una hermosa muchacha lleva su equivocación hasta el extremo de darnos un beso en la mejilla.

Acabó de decirlo, y se arrepintió. Los ojos verdes de su flamante esposa se habían puesto metálicos.

—Supongo que preferirías que te hubiera besado en la boca, ¿verdad?

— ¡Vamos, querida! ¡Por favor!

La salvación se produjo providencialmente cuando el *barman*

apareció con la alta copa de «whisky sour».

— ¡Gracias, Joe! —exclamó Bill, pagándole y tomando el vaso.

—Me llamo Timothy —insistió el hombre, regresando pausadamente al mostrador.

—Bueno... ¿Cuál es el programa para hoy, querido? —inquirió Janice, sonriendo con expresión angelical. Era tino de sus mayores encantos, pasar de un tema a otro diametralmente opuesto, sin transición alguna. Claro, que a veces resultaba algo desconcertante. Bill se alegró de verse libre de sospechas y suspiró por lo bajo.

—Veamos... Primero podemos dar una vuelta, comer algo y salir a conocer la zona portuaria, que, según dicen, es lo más interesante de San Diego. Recuerda que sólo podemos quedarnos tres d as aquí...

—Tres días con gastos pagados. Supongo que si nos gusta, habrá posibilidades de prolongar nuestra estancia, ¿verdad?

Bill sonrió, asintiendo.

—Claro, preciosa... Lo que ganamos fue un premio, no un contrato de turismo forzoso...

— ¿Y después seguiremos rumbo a Los Ángeles? —Jardee estaba alborozada ante las perspectivas. Aquel viaje parecía un sueño y todavía le costaba trabajo acostumbrarse a la idea de que lo estaban realizando.

—Ajá... —Bill bebió lentamente, pensando en la buena suerte que habían tenido. Tres días antes de la boda le había llegado una nota de la Asociación de Escritores del Pacífico, anunciándole que, en mérito de una de sus audiciones de radio, titulada « ¿Cómo piensa América?», lo invitaban a recorrer la costa occidental del país por cuenta de esa institución. Con la carta iba un cheque de mil dólares para gastos de viaje, y un itinerario que debía seguir, con los hoteles en donde tenía reservada habitación hasta llegar a Los Ángeles, ciudad donde lo esperaba la Comisión Directiva de la Asociación para que pronunciara una serie de conferencias. Claro, que la invitación no incluía a Janice, pero Bill la agregó por cuenta propia, encantado de poder ampliar así su luna de miel.

— ¡Oh, estoy deseando llegar a Hollywood para poder ver a mis estrellas favoritas! —prosiguió Janice, con los ojos brillantes.

—Así te dedicarás a suspirar por todos los astros de cine y te olvidarás de tu marido, ¿verdad? —bromeó

Bill.

— ¡Tonto! —repuso ella, haciendo un mohín. Luego se puso seria y miró hacia la puerta de entrada del bar—. ¡Qué extraño...! Parecería que te buscan...

— ¿A mí? ¡Absurdo! Ya te he dicho que no conozco a nadie en San Diego y...

La voz que le interrumpió era masculina:

— ¿Me permite unas palabras, señor Crawford?

CAPITULO II

Bill se volvió. A su lado acababa de detenerse un hombre, que en la calle hubiera pasado inadvertido. De estatura mediana, rostro delgado y sin rasgos prominentes; vestía un traje de confección, ni demasiado nuevo ni excesivamente gastado: aparentaba unos cuarenta años de edad. Lo único notable en d eran sus ojos, grises y penetrantes, cae sugerían a un pensador o a un hombre de ciencia. Pero sus siguientes palabras modificaron la primera impresión.

—Soy el inspector Hawkins, señor Crawford..., policía del Estado.

Bill lo miró, y luego se volvió hacia Janice.

— ¿Estacionaste mal el coche, querida? —le preguntó.

Su esposa hizo un gesto de fastidio.

— ¡No hagas bromas de mal gusto! —exclamó. Luego miró al recién llegado y le sonrió—. Mi esposo escribe libretos radiofónicos y se cree humorista... Discúlpele.

Hawkins asintió gravemente.

—Quisiera hablar unas palabras con usted, señor Crawford... A solas, si no tiene inconveniente.

El pedido tomó por sorpresa al escritor. Janice, que sonreía, se puso repentinamente seria,

— ¡Es claro que tiene inconvenientes, inspector! —exclamó—. Yo soy su esposa... ¡Puedo oír cualquier cosa que usted deba decirle!

Hawkins hizo un gesto vago y se sentó, sin esperar a que lo invitaran.

Bill sonrió.

—Eso es... Hágase la cuenta de que está en su casa, y hable, inspector... —dije.

—Resulta algo violento lo que tengo que pedirle, señor Crawford... Ocurre que desde que usted llegó, anoche lo hemos vigilado. Hace un rato llegaron desde Nueva York sus datos personales, que coinciden con los que suministró usted en la gerencia del hotel... —Hawkins parecía buscar las palabras con cierta dificultad. Evidentemente, la presencia de Janice hacia más difícil su explicación

— ¿Había alguna duda sobre mi identidad? —inquirió el escritor, pensando en la morena de media hora antes.

El inspector Hawkins frunció el ceño.

—Ya no —repuso—. Pero cuando usted llegó a la ciudad, uno de nuestros hombres lo vio y le confundió con otro...

— ¡Qué notable! —exclamó Janice, encantada—. Precisamente, hace un rato se produjo una confusión y...

Una mirada de Bill la hizo callar.

—Prosiga, inspector —dijo suavemente. Hawkins asintió. Sin retirar su mirada de Bill, sacó del bolsillo del saco un grueso sobre y lo abrió. En sus manos aparecieron dos fotografías tamaño postal.

—Mire esto y dígame qué piensa, señor Crawford...

Bill y Janice miraron simultáneamente. La muchacha lanzó una exclamación de sorpresa.

— ¿Cuándo te tomaste estas fotografías, querido? —preguntó—. Parecen recientes, pero no te conozco ningún saco a cuadros...

— ¡Es que no tengo sacos a cuadros! —remiso el escritor, tan asombrado como su esposa—. ¡Este no soy yo!

—Así es... Se trata de un hombre llamado Peter Field —asintió el inspector Hawkins.

Bill lanzó una exclamación.

— ¡Oiga! Hoy, una morena, muy hermosa y con acento extranjero, me confundió con alguien de ese nombre.

El policía entrecerró los ojos.

—Eso le demuestra que el parecido es real, no aparente. Usted y Field tienen los mismos ojos, el mismo color de cabello y, prácticamente, idéntica contextura física... ¿Desea que siga hablando delante de su esposa, señor Crawford?

Tampoco esta vez pudo contestar Bill. Su flamante mujer se le

adelantó.

— ¿Piensa que mi marido es capaz de tener secretos conmigo, inspector? ¿De qué se trata?

—Por favor..., prosiga —suspiró el escritor—. ¿Por casualidad mi sosías es un delincuente buscado por ustedes?

Hawkins hizo un gesto vago.

—La personalidad de Peter Field no interesa en estos momentos, señor Crawford —contestó—. Le aseguro que podrá servirle para alguna novela, pero no tengo tempo de relatarle nada. Pero preste atención a mis palabras: usted no puede permanecer en San Diego sin correr grave peligro. Por eso deseaba hablarle a solas, para sugerirle que se marche en seguida..., y cuanto más lejos, mejor.

Por un instante, la frase quedó flotando en el ambiente. Bill sintió que los vapores del alcohol lo abandonaban demasiado de prisa. Janice, por su parte, pareció perder la palabra por una vez en su vida.

— ¡No comprendo absolutamente nada!—el escritor estaba perplejo—. Tal vez he oído mal, pero me parece que usted dijo...

—Que tiene que marcharse inmediatamente de San Diego. Corre grave peligro.

— ¿Por qué?

—Recapitulemos, señor Crawford —Hawkins parecía tener una enorme dosis de paciencia—. Usted es recién casado, ¿verdad?

—Sí, pero...

—...y esta en luna de miel.

—Así es. ¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijeron en la gerencia del hotel. Aunque usted no tenga una opinión muy favorable de la policía, debe reconocer que algo tan elemental no puede escapar a una investigación...

—Sigo sin comprenderle. ¿Ustedes acostumbran a averiguar los antecedentes de todos los viajeros que llegan a la ciudad?

—No, señor Crawford. Solamente cuando se parecen demasiado a Peter Field...

— ¡Y dale con Peter Field! —El escritor lanzó una interjección. El asunto comenzaba a crisparle los nervios—. Le ruego que me aclare un poco las cosas... ¿acaso soy un huésped indeseable, que quiere que me marche?

Hawkins sonrió sin ganas.

—Espero que no se sienta ofendido, si le digo que hasta esta mañana, cuando me llegaron desde Nueva York sus datos personales, ignoraba que usted existía... Pero ocurre que en esta ciudad no nos gusta que los inocentes turistas que vienen de paseo mueran violentamente...

— ¿Y quién puede estar interesado en matarme? —Bill se sintió exasperado—. No creo que ninguno de mis oyentes sea capaz de demostrar su desagrado por mis libretos en forma tan contundente.

—Nadie está interesado en matar a William Crawford, pero, por desgracia, hay mucha gente que desea eliminar a Peter Field —repuso con cierta dureza el policía, sacudiendo las dos fotos y dejándolas con fuerce sobre la mesa—. Ya ha visto usted el parecido extraordinario que tienen ustedes dos...

—Pero..., ¿quién es Peter Field? —terció Janice, que había estado conteniendo sus deseos de intervenir en la conversación.

Hawkins la miró fríamente.

—Cuanto menos sepan ustedes de este asunto, más seguros estarán —repuso—. Le repito, señora, que es peligroso que permanezcan una hora más en San Diego... Mi mejor consejo es que hagan sus valijas y se marchen.

Bill sacudió la cabeza, su irritación en constante aumento.

—No sé —repuso—. Nunca me gustó que me dieran órdenes... En el Ejército estuve arrestado la mitad del tiempo que dure mi servicio, por desobedecer a los suboficiales.

—No es una orden, señor Crawford... Es una sugerencia. Podríamos decir, un pedido. Si no es por usted, piense en su esposa. El peligro que se cierne sobre su cabeza la amenaza también a ella.

Bill hizo un gesto, pareció a punto de hablar, se interrumpió y, finalmente, dijo:

—Bueno..., está bien... Nos marcharemos hoy mismo.

Hawkins lanzó un suspiro, visiblemente aliviado.

—No sabe hasta qué punto ha adoptado una decisión inteligente... —dijo, poniéndose de pie y extendiendo su diestra hacia el escritor, que la estrechó sin mayor entusiasmo. El policía prosiguió—: Me marcho, señor Crawford... Espero que vuelvan a San Diego en circunstancias más favorables. Y que su luna de miel sea satisfactoria, señora.

— ¡Gracias, inspector! —sonrió Janice.

—Después de este encuentro, sintonizaré más frecuentemente la N.B.C. para escuchar algunos de sus programas, señor Crawford —concluyó Hawkins, con una mueca que quería ser sonrisa—. ¡Buen viaje!

Bill y Janice lo siguieron con la mirada hasta que salió del pequeño bar.

— ¡Qué caso más curioso! —exclamó por fin el escritor. Entonces advirtió que sobre la mesita habían quedado las dos fotografías de su sosías, tomándolas corrió tras el inspector, pero cuando llegó a la calle, no alcanzó a verlo.

Janice, que lo había seguido, chocó casi con él.

— ¡Oh, no está! —dijo ella—. ¿Qué hacemos, querido?

Bill se rascó la coronilla y miró las fotos, Luego se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que éstas no serán las únicas copias. Cuando salgamos de la ciudad podemos enviarlas por correo a la policía —repuso.

— ¡Cómo! —Janice estaba excitada. Era fácil advertirlo, mirándola a los ojos—. No creo que pienses marcharte por ahora, ¿verdad?

— ¿Cómo no? —chilló casi Bill, advirtiendo a tiempo que alzaba demasiado la voz. Y carraspeando—: ¡Tú oíste lo que nos dijo ese hombre!

— ¿Qué cosa?

— ¡Janice! A veces pienso que no puedes ser tan ingenua… ¿No comprendes que corremos peligro? Sería lamentable que nos ocurriera algo durante nuestra luna de miel.

Janice lo miró fríamente.

— ¿Y entonces?

—Muy sencillo. Nos marchamos ahora mismo de San Diego.

— ¿Y nunca sabremos lo que ha pasado? —la muchacha parecía un fósforo apagado—. ¡Oh, Bill! ¿Cómo puedes ser tan… tan… indiferente?

— ¿Indiferente? ¿Porque me preocupo por ti y trato de evitarte problemas?

— ¡Bill! —el tono era quejumbroso.

— ¿Qué?

— ¡Yo quiero saber qué ocurre!

—Yo también, querida... Pero ya oíste al inspector Hawkins. Sería penoso que nos asesinaran en plena luna de miel. ¡Además, somos demasiado jóvenes para morir, preciosa!

—Oh, Bill... Yo creía que estar casada con un escritor sería algo emocionante..., y apenas ocurre algo fuera de lo común, quieres salir huyendo, sin intentar averiguar nada...

Bill Crawford lanzó un suspiro.

—Es que ya dejé de escribir novelas de aventuras, nena. Además, prefiero ser un tipo ordinario y aburrido vivo, a un héroe muerto. ¿O acaso te gustaría que me llenaran de plomo, porque me parezco a un pistolero?

— ¡No sabes si Peter Field es un pistolero! —replicó vivamente Janice.

El escritor la tomó del brazo.

—Vamos a preparar las valijas, muñeca —le dijo suavemente—. Y no te largues a llorar, pues se te correría el *rirnmel* de los ojos.

Medir, hora más tarde, Bill y Janice Crawford abandonaban San Diego en su moderno convertible rojo. El escritor había resuelto tomar el camino de la costa, que era el menos transitado a aquella hora. Además, así gozarían del paisaje y podrían olvidar por completo aquel extraño episodio.

Sin embargo, ninguno de los dos pudo dejar de pensar en él, aunque se cuidaron de confesarlo en voz alta.

Lo que no advirtieron, tal vez porque estaban demasiado preocupados tratando de imaginar quién era Peter Field, fue que. al salir de la ciudad, un coche negro y de motor alargado comenzó a seguirlos desde regular distancia...

Pero pronto se darían cuenta.

Claro, que entonces sería demasiado tarde...

CAPITULO III

Peter terminó de hacerse el nudo de la corbata, se estudió un momento ante el gastado espejo y, convencido de que estaba perfectamente vestido y presentable, se dirigió hacia la puerta de su habitación. Pero antes de salir sacó del bolsillo una pistola automática y con gesto acostumbrado verifico la carga. Sabía que la carta que estaba por jugar era difícil y no quería correr riesgos inútiles. Satisfecho, guardó el arma y se palpó el costado del pantalón. Allí, en el bolsillo de la cadera, llevaba, en una caja chata y poco mayor que una cigarrera, «aquello». La vida de tres docenas o más de seres humanos... Algo de escalofriante valor. Si sabía jugar sus piezas, «ellos» pagarían. De lo contrario, el cobro sería en plomo caliente.

Con una sonrisa despectiva abrió la puerta del dormitorio; había escogido un hotel de segunda categoría, seguro de que nadie sabía aún que estaba en la ciudad. Hasta Giselle ignoraba su refugio. . Su rostro duro se suavizó un tanto al pensar en Giselle, con sus ojos profundamente oscuros y su cabello brillante. Imaginaba la incertidumbre que dominaba a la muchacha en aquellos momentos. Hacia veinticuatro horas que debía haberla encontrado. Pero no se atrevía. Giselle era el único eslabón que le había unido a la organización durante los últimos tiempos, y siguiéndola a ella podían llegar hasta él...

En el largo y húmedo corredor permaneció inmóvil, escuchando, durante algunos segundos. Si no se había producido alguna interferencia, a aquellas horas el campo estaría libre. Podría buscar un automóvil de alquiler, encontrarse con Giselle y abandonar San

Diego, sin temer que los sabuesos que estaban sobre sus talones alcanzaran ya a morderle.

Su propio instinto de cazador era suficiente arma defensiva; durante los últimos años había ejercitado con demasiada frecuencia su sexto sentido para que ahora le fallara. Y fue, precisamente, esa vaga e imprecisa sensación la que en aquel momento le salvó.

Estaba a punto de doblar en el extremo del corredor, cuando algo pareció detenerlo, avisándole con la insistencia de un timbre de alarma. Los pelillos de su nuca se erizaron y, pegándose a la húmeda pared, prestó atención, sin apenas respirar. Primero no oyó nada, pero siguió inmóvil, atento. Transcurrió un minuto; luego, un sonido leve llegó hasta él. Algo así como el roce de una tela contra una superficie áspera. Alguien se acercaba, pegado a la pared.

Desenfundando la pistola, la empuñó con fuerza.

Luego, las cosas se sucedieron con tanta celeridad que Peter actuó casi por una acción voluntaria. Un hambre grueso y alto apareció ante él por el corredor.

— ¡Oh! —exclamó el gordo. Fue su última palabra por un buen rato. La pistola cayó sobre su frente con ruido sordo, derribándolo, bañado en sangre, privado del conocimiento.

Peter dio un salto hacia adelante, dispuesto a hacer fuego sobre cualquiera que intentara cortarle el paso.

El corredor estaba aparentemente desierto; conteniendo la respiración, corrió hacia el ascensor. Estaba a dos pasos de la puerta metálica, cuando una sombra se proyectó desde la escalera que rodeaba al tubo del ascensor.

Rápido como un rayo, Peter se dejó caer de bruces. La bala pasó por encima de su cabeza con silbido desagradable. El pistolero que tiraba conocía su oficio: usaba arma con silenciador Con una interjección a flor de labios, Peter rodó sobre la gastada alfombra y, al mismo tiempo, hizo fuego con su pistola La detonación no fue muy fuerte, pues se trataba de un calibre 7’65 mm. Pero bastó. Un gemido llegó desde la escalera y se oyó el sonido de un cuerpo rodando pesadamente.

Peter se reincorporó ágilmente y corrió hacia adelante. En el rellano de la escalera, tendido en forma poco natural, empuñando aún un enorme revólver de caño recortado, había un hombre. En su frente se acababa de abrir un pequeño orificio oscuro que todavía

no sangraba.

Era un desconocido. Probablemente, un pistolero alquilado para atraparlo. Como el hombre gordo... Peter reflexionó, tratando de imaginar cómo lo habían ubicado. Tal vez se trataba de una casualidad. Quizá la organización había hecho vigilar todos los hoteles donde podía alojarse. Dinero era lo que sobraba, y con suficiente cantidad de dólares era posible conseguir un ejército de matones de alquiler.

De un salto, pasó por encima del cadáver y bajó la escalera de dos en dos peldaños por vez. Tenía que marcharse de allí antes de que apareciera la policía. No le iba a resultar difícil hacerlo, pues no tema equipaje y había dado un nombre supuesto al inscribirse en el hotel. Todo se reducía a que su disparo no hubiera llamado la atención, dos pisos más abajo, en la gerencia del hotel.

Al llegar al primer piso se detuvo para escuchar; inmediatamente, se apartó de escalera y corrió por el pasillo que llevaba a la sarda posterior, de emergencia. Sin perder un instante, oyendo los murmullos de varias personas que subían, evidentemente atraídos por el disparo, abrió una puerta sobre la que había un letrero rojo: «INCENDIOS». Un minuto después, estaba bajando por la estructura metálica de la escalera de emergencia.

Una vez en la calle, Peter miró en derredor. Había salido a un callejón posterior, atiborrado de latas con basura y cajones viejos. Nadie lo había visto. Más tranquilo, guardó la pistola, se acomodó la corbata y se dirigió hacia la calle Maine. Giselle se alojaba en el Hotel Luxor. Si quería buscarla, tendría que arriesgarse.

Caminando con paso ligero, recorrió dos" cuadras. Luego, detuvo a un taxímetro que por allí pasaba y subió.

— ¡Hotel Luxor! —ordenó al chófer.

El auto arrancó y algunos minutos después se detenía ante el lujoso edificio del hotel.

— ¡Listo, señor! —dijo el chófer.

Peter descendió, pagando, y entró en el amplio *hall* del lujoso hotel. Un portero uniformado abrió enormemente los ojos y se le acercó, sonriéndole obsequiosamente.

— ¿Ya está de regreso, señor? —le dijo—. ¿Ha olvidado algo?

Peter frunció el ceño. Aquella era la primera vez que iba a ese sitio. Pasó por alto las palabras del hombre, tornándolas por una

confusión casual, y le preguntó:

—La señorita Duprés está en este hotel, ¿verdad?

—Sí, señor Crawford.

¿Crawford? Aquello no tenía sentido. Peter hizo un resto, y estaba por hablar, cuando una voz resonó a sus es raídas, suave y profunda:

—La señorita Duprés lo espera en el bar del hotel, señor Crawford..., venga.

Peter se volvió como si la hubiera picado una víbora, llevando instintivamente la diestra al bolsillo donde guardaba la pistola. Pero no llegó a desenfundarla. Sus ojos se abrieron enormemente, y murmuró:

— ¡Usted! ¡Tendría que habérmelo imaginado!

CAPITULO IV

— ¿Te das cuenta que hemos salido de San Diego sin probar bocado? —dijo Bill, después de media hora de silencio. Janice siguió mirando por la ventanilla hacia el mar.

—No lo advertí —repuso con acemo soñador—. ¡Esto es tan hermoso!

Bill miró de reojo a su rubín esposa y lanzó un gruñido, asintiendo.

—Tienes razón... ¡Pero con hermosuras naturales no se llena el estómago!

— ¡Oh, Bill!

Los ojos del escritor se iluminaron. A un costado de la carretera, a un centenar de pasos de distancia, se alzaba un restaurante para automovilistas, rodeado de pinos y cedros.

—Oye... Ya nos arelamos bastante de San Diego —dijo—. ¿Qué te parece «i hacemos un alto para comer algo? El sitio parece agradable...

—Como prefieras, querido —Janice seguía con aire lejano—. Yo puedo beber una taza de café.

— ¡Magnífico! —Bill hizo trazar al convertible una curva cerrada y volvió hacia atrás. Casi al mismo tiempo que ellos, otro coche se detuvo ante el restaurante. Era un auto negro, grande y de poderoso motor.

Ni Bill ni Janice prestaron atención a los cinco hombres que descendieron del vehículo y entraron tras ellos en el restaurante.

En el salón, amueblado rústicamente, había casi una docena de parroquianos. Los recién casados escogieron una mesita junto a una

ventana.

—Buenos días... —era una bonita camarera, que sonriente aguardaba el pedido.

Bill le sonrió y Janice la observó impersonalmente,

—Queremos comer... ¿Qué nos aconseja?

—Bueno... La especialidad de la casa es el pollo a la Maryland... Además, tenemos ostras frescas...

— ¡Alto ahí! —exclamó Bill, alegremente—. Traiga esas ostras y haga preparar pollo para dos... —miró a Janice, que ya no parecía tan indiferente—. ¿Bebes un aperitivo?

—Un martini...

—Traiga dos, señorita. Y con las ostras una botella de vino del Rhin helado.

—Sí, señor.

La camarera se marchó y Bill tomó las manos de su llamante esposa.

—Bueno..., ¿pasó el mal humor?

— ¡No era mal humor, querido! —se defendió ella— Pero no me gusta que ocurran cosas raras, sin que yo me entere...

El escritor lanzo un suspiro.

—No vamos a empezar de nuevo... —dijo.

— ¡No! Pero me gustaría saber quién es Peter Field... Mira que tener un sosias metido en negocios poco claros,

Bill asintió. También él experimentaba curiosidad por saber a qué se debía todo aquello. ¿Qué delito había cometido Peter Field para correr peligro? ¿Quiénes eran los que buscaban a su sosías para matarlo? Su mirada reparó en los cinco hombres, recién llegados, que se acababan de sentar cerca de la puerta, y frunció el ceño.

Entonces se le ocurrió la idea de que alguien podía haberlos seguido desde San Diego, a causa de su extraordinario parecido físico con Peter Field.

— ¿Qué te pasa, querido? —la voz de Janice le volvió a la realidad. Su esposa siguió con la mirada a la camarera que se les acercaba llevando una gran bandeja—, Linda chica, ¿verdad?

—Sí... —Bill esbozó una sonrisa—. Pero no es mi tipo...

Las ostras eran fresquísimas y los cócteles estaban perfectamente preparados. Por unos minutos, Bill Crawford olvidó sus preocupaciones y se dedicó a comer con excelente apetito. Janice, por su parte, pese a sus anteriores afirmaciones, le imitó alegremente,

Pero una vez que terminaron, mientras esperaban el pollo, el escritor volvió a mirar hacia los cinco hombres que estaban junto a la puerta. Una idea le asaltó.

—Olvidé cerrar el coche, querida —dijo, poniéndose en pie—. En seguida regreso.

—Apresúrate… Me parece que nuestro pollo ya debe estar a punto —repuso Janice, sin demostrar ninguna sospecha.

Con paso indiferente —por lo menos él así lo creyó— Bill se dirigió hacia la puerta y pasó junto a la mesa donde estaban los cinco desconocidos. Salió y caminó hasta el convertible, buscando con la mirada. Inmediatamente el coche negro le llamó la atención. Sus sospechas le hacían tomar todo con cierta suspicacia, pero en ese momento hubiera jurado que había visto aquel vehículo por el espejo retrovisor de su auto, al abandonar San Diego dos horas antes.

Volvía ya al restaurante, cuando vio que la puerta se abría y aparecían en el umbral dos de los cinco desconocidos que viajaban en el auto negro. Bill no era ningún cobarde. Durante la guerra, en Corea, lo había demostrado en media docena de oportunidades. Pero en aquellos momentos sintió algo desagradable en la boca del estómago: la idea de que aquellos individuos estaban allí para terminar con él, o mejor dicho con Peter Field, le asaltó en forma harto molesta. Porque, en tal caso, ¡para ellos, el era Peter Field!

Mirando en derredor, advirtió que en un extremo del restaurante se abría la puerta de la cocina. Mentalmente, calculó sus posibilidades. Estaba a veinte pasos de allí y a casi la misma distancia de la entrada al salón, donde acababan de detenerse los dos desconocidos. Tal vez, si se apresuraba, lograría llegar antes que lo detuvieran. Después de todo, lo más probable era que sí tratara de una jugarreta de sus nervios. Aquellos hombres no podían estar buscándolo a él; parecía imposible… Y, sin embargo, ¿por qué lo miraban tan fijamente, como si hubieran querido tener la certeza

de que no le perderían movimiento? Por una fracción de segundo, que le pareció interminable, permaneció absolutamente inmóvil. Entonces advirtió que transpiraba profusamente.

Haciendo un esfuerzo, se dominó y comenzó a caminar hacia la entrada de servicio del restaurante.

Pero, al mismo tiempo, los dos desconocidos avanzaron hacia él.

CAPITULO V

—Giselle lo espera en el bar —insistió suavemente el hombre parado frente a Petar. El rostro de este había adquirido una coloración ceniza. Dejando caer las manos a los costados asintió.

—Está bien, Merrill —dijo—. Vamos allá.

Caminaron en silencio basta el pequeño bar. La morena que un par de horas antes había confundido a Bill Crawford con Peter Field estaba sentada ante la misma mesa donde se produjera el mal entendido.

Al ver entrar a Peter se incorporó y sus ojos negros brillaron intensamente.

— ¡Oh, *cheri*! —exclamó, echándole los brazos al cuello—. ¡Por fin eres tú!

Peter la besó ligeramente y se volvió a mirar al hombre que llamara Merrill.

— ¿Tú dijiste a nuestro amigo que vendría a buscarte?

Giselle lo soltó fastidiada.

— ¿Me tomas por tonta? El mismo vino a esperarte aquí... Acabo de encontrarlo...

—Usted está en una situación muy seria, Field —dijo Merrill—. En cualquier momento puede recibir una bala en la nuca.

—No. mientras tenga en mi poder lo que usted sabe —replicó fríamente Peter, que había recuperado el dominio de sí mismo—. Ni «ellos» ni usted osarán tocarme. «Ellos» por temor a que si me matan eso caiga en manos de las autoridades. Usted, porque quiere tenerlo y si yo desaparezco se arriesga a no encontrarlo nunca,

Se sentó junto a la morena, sacando un cigarrillo y tendiéndolo.

Merrill entrecerró los ojos y se inclinó hacia él.

— ¡Pero nunca podrá estar tranquilo! ¿Qué es lo que pretende?

Peter lanzó una bocanada de humo.

—Que la organización pague. Tienen suficientes millones como para asegurarse de mi silencio dándome una pensión vitalicia.

—Más seguro será que lo hagan callar metiéndolo en un barril lleno de cemento y tirándolo al mar —repuso suavemente Merrill—. Además, usted tiene obligaciones. Debe cumplirlas o de lo contrario...

— ¿De lo contrario...?

Los dos hombres se observaron en silencio, fijamente Por fin, Merrill se encogió de hombros.

—En nuestro trabajo, los traidores tienen que pagar... ¡Y hay un solo castigo!

Su acento no era amenazador. No había nada de siniestro o dramático en su voz. Simplemente expresaba una verdad irrebatible. Peter se estremeció a pesar suyo, pero con un esfuerzo pudo controlarse.

— ¿Cuál? —preguntó. Conocía de memoria la respuesta pero no se le ocurría nada mejor para ganar tiempo.

—La muerte —repuso sencillamente Merrill. Hizo una pausa y se sentó frente a la pareja. La morena aferro al brazo de Peter, atemorizada por la tensión que trinaba en el ambiente.

—Abreviemos —exclamó Peter—. ¿Qué diablos quiere de mí?

—Usted lo sabe perfectamente. Démelo y márchese de aquí. Váyase a Sudamérica, donde nadie lo conozca, y olvídese que estuvo en contacto con nosotros.

Peter hizo un gesto negativo.

—No puedo —repuso. Su cerebro trabajaba velozmente—. Si le entrego eso, la organización me eliminara sin misericordia, pues habré perdido mi única defensa.

Merrill hizo un gesto con las manos.

—De la organización nos ocuparemos nosotros. Probablemente ni siquiera sabe que usted ya ha llegado a San Diego.

— ¡Eso se cree usted! Para venir aquí tuve que eliminar a dos de les gorilas a sueldo de «ellos». No hay caso, Merrill. No puedo darle eso.

Merrill se puso de pie.

—Usted sabe que puedo hacerlo detener en cualquier momento, ¿verdad?

—Si me detiene, no encontrará lo que busca. No pensará que soy tan tonto como para llevarlo conmigo, ¿verdad? —mintió Peter, sintiendo cómo la cajita que tenía en el bolsillo lateral del pantalón presionaba contra su cuerpo. Un millón de dólares... o la vida de mucha gente. Suspiró. Tenía que jugarse el todo por el todo y sostuvo firmemente la mirada inquisitiva de Merrill.

—Está bien... Imagino que lo habrá ocultado en algún sitio. Pero nosotros somos especialistas en soltar lenguas demasiado tercas. Usted lo sabe perfectamente.

— ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos, Merrill? —replicó Peter, sonriendo duramente.

—Bueno..., unos doce años. Desde la Segunda Guerra.

— ¿Le parece que alguien puede soltarme la lengua si no quiero hablar?

Merrill lo estudió atentamente unos segundos. Luego sacudió la cabeza.

—No —reconoció—. Claro que tampoco me parecía que pudiese convertirse en un traidor después de tanto tiempo, y sin embargo lo es...

Peter palideció.

—No me gustan sus palabras —exclamó—. No me gustan nada.

— ¿Cómo califica usted sus acciones, Field?

—Peter se encogió de hombros.

—Digamos que me cobro mis servicios utilizando informaciones que yo mismo conseguí para ganarme una pensión para la vejez… Usted mismo podrá obtener lo que busca sin arrancármelo a mi —se puso en pie y Giselle lo imitó—. Ahora me marcho y espero que no trate de detenerme... De nada le serviría.

Merrill miró a la muchacha. En sus ojos comenzaba a reflejarse cierta velada desesperación.

—Se da cuenta de que esto no puede resultar bien, ¿verdad? —murmuró—. Convénzalo usted, si es que puede. ¡Está cometiendo un verdadero suicidio y lo peor es que él lo sabe!

Giselle tomó a Peter del brazo, cada vez más asustada.

— ¡Por favor! —dijo—. Tengo miedo...

—No hay nada de que atemorizarse, querida. Mi amigo tiene

temperamento juguetón, eso es todo…

—Usted ha trabajado con nosotros, Giselle —insistió Merrill. Toda incertidumbre había desaparecido en su expresión—. Si quiere a Peter, hágale comprender que nada bueno resultará de esto. El único final es la muerte.

Pero Peter no dejó hablar a la joven. Enfrentándole con Merrill dijo:

—No será usted quien me mate, ¿verdad? Por algo somos antiguos amigos…

—Fuimos amigos, Field. Pero ya no. Los traidores no tienen amigos… Además, no tendremos que eliminarlo nosotros. Lo hará la organización directamente, los muertos no hablan, Peter…

—Por el momento he podido defenderme bastante bien, gracias.

Merrill lanzó una risita socarrona.

—Porque nosotros le cuidarnos las espaldas… ¿Sabe por qué pudo llegar hasta aquí sano y salvo?

—Tuve suerte…

—Se equivoca. La suerte no existe. Nosotros fuimos su buena suerte. En estos momentos, los agentes de la organización están persiguiendo a Peter Field en el camino de Los Ángeles…

—No comprendo…

Giselle abrió enormemente los ojos y pareció perder la respiración.

— ¿Quiere decir que persiguen al hombre que hoy…? —se interrumpió, cubriéndose la boca con la mano.

—Exactamente… —Merrill parecía satisfecho. Peter, sin comprender, los miró.

— ¿Qué quiere decir? ¿A quién están siguiendo?

—A Peter Field, señor Crawford —repuso serenamente Merrill.

—No entiendo una palabra.

—Hoy entré en el bar para ver si habías llegado y encontré a un hombre idéntico a ti —se apresuró a contestar Giselle—. Tan parecido es, que tuvo que mostrarme sus documentos para convencerme…

Peter entrecerró los ojos.

— ¿Y se prestó a pasar por mí? —preguntó a Merrill—. ¿Voluntariamente?

—Tanto como voluntariamente, no…

— ¿Y entonces? ¿Quiere decir que estaba en San Diego al mismo tiempo que yo por pura casualidad?

—La casualidad, como la suerte, no existe… —Merrill se encogió de hombros—. Nosotros teníamos que protegerlo a usted…, hasta tener eso…

—Gracias…pero nada conseguirán de mi. Y si me perdona, quisiera hablar a solas con Giselle.

Merrill aspiró profundamente. Por un instante pareció a punto de golpear el rostro sonriente de Peten Pero volvió a encogerse de hombros.

—Peor para usted —dijo—. Seguiremos pisándole los talones hasta que busque eso Y cuando se lo podamos arrebatar, puede tener la certeza de que su vida no valdrá ni dos centavos…Hasta la vista.

—Adiós —repuso Peter, con una entonación burlona que no lograba disfrazar por entero su preocupación.

Merrill abandonó el bar y la pareja volvió a sentarse. El *barman,* que hasta ese momento permaneciera tras el mostrador ordenando botellas, se les acercó:

— ¿Qué desea? —preguntó. Entonces vio a Peter y frunció el ceño—. Supongo que quiere un «whisky sour».

—No, gracias… Tráigame whisky solo.

—Yo no quiero nada —dijo Giselle.

Cuando quedaron a solas, la muchacha agitó vehementemente la cabeza.

— ¿Ves? El *barman* te ha confundido… Quiere decir que los agentes de la organización también tienen que haberse engañado.

Peter frunció el ceño.

—Sí, y eso no me gusta mucho… No tengo interés en que se dediquen a matar a todos los tipos que se parecen a mí. Si vine a San Diego, fue para negociar con la rama del Pacifico de la organización. Es la única forma en que podemos salir de esto…

— ¿Qué piensas hacer? —la muchacha estaba asustada.

—Muy sencillo. Voy a seguir el camino de Los Ángeles, para entrar en contacto con esos asesinos antes de que eliminen a ese pobre diablo que tiene la desgracia de parecerse a mí… Nos iremos a Sudamérica, a Brasil o Argentina. Cualquier sitio suficientemente alejado como para que podamos vivir tranquilos.

Giselle lo tomó del brazo con gesto nervioso.

— ¡Te matarán, Peter! Por favor… Merrill tiene razón. ¡Entrégale eso y huyamos de aquí!

—No tengas miedo… Mientras guarde en sitio seguro la información, nada me ocurrirá… Y después, no les daremos tiempo.

El *barman* depositó una copa de whisky sobre la mesa, recibió un billete y se marchó. Peter bebió de un largo trago el licor.

—Escúchame bien…—dijo—. Antes de entregar eso s la organización, debo entablar negociaciones. Tú vas a ayudarme… —asegurándose que nadie le observaba, sacó del bolsillo la cajita y la abrió. En su interior había dos sobres cuadrados, cerrados y asegurados con tela adhesiva. Entregó uno a la muchacha y guardó el otro—. Toma…, conserva esto…

— ¿Qué es? ¿Acaso…?

—Sí, eso. La mitad… Yo me llevo el resto para mostrarlo y hacerles comprender que tienen que pagar.

— ¿Dónde nos encontraremos? —el temor de Giselle parecía haber desaparecido como por encanto. Peter la observó un instante, pensando que no en vano habían trabajado juntos en muchos casos tan difíciles como aquél.

—En el camino a Los Ángeles hay una hostería… Está a unos doscientos kilómetros de aquí. Se llama Traveler’s Rest. Espérame allí. Inscríbete en el registro como… —pensó un momento y sonrió —. Señora Crawford. ¿Comprendido?

—Perfectamente. ¿Cuándo vendrás?

Peter se encogió de hombros. Una expresión decidida se dibujó en su rostro.

—Supongo que dentro de las próximas veinticuatro horas todo habrá terminado —dijo—. Me llevaré tu auto. Alquila tú uno que te lleve hasta la hostería.

Se incorporó y Giselle lo imitó, acercándose mucho a él.

—Cuídate, por favor… —la voz de la muchacha era suplicante.

—No temas —repuso él, besándola.

Tras el mostrador, el *barman* los miraba con desagrado. Pero cuando la pareja se hubo marchado y el pequeño bar quedó desierto, abandonó su puesto con rápidos movimientos y tomando el teléfono, disco un número:

—Si —dijo al que contestó—. Soy yo… P. F. entregó un sobre a

la chica y se guardó otro en el bolsillo. Sí. Acaba, de salir. Perfectamente…

Corlando la comunicación, se quitó velozmente la chaqueta blanca, se puso un saco «sport» y salió a la calle sin perder un instante.

CAPITULO VI

Bill vio a dos hombres moverse rápidamente, como para cortarle el paso. Durante una fracción de segundo permaneció inmóvil y luego cerró los puños y continuó caminando.

— ¡Un momento, Field! —dijo uno de los dos hombres, el más corpulento. Bill siguió avanzando, como si no hubiera oído. Pero el segundo individuo se separó un tanto de su compañero y se cruzó frente a la puerta, cerrándole el paso.

—Cuando a uno le hablan es conveniente contestar —exclamó entre dientes.

—Perdón, pero yo me llamo Crawford, no Field —replicó Bill—. William Crawford, de Nueva York...

— ¡Y yo soy el Ratón Mickey! No me haga reír, Field. Hemos venido a buscarlo para dar una vuelta..., ¿comprende?

Un escalofrío recorrió la columna vertebral del escritor, Muchas veces había imaginado situaciones como aquella. Pero, generalmente, sus personajes eran fornidos detectives privados o atléticos periodistas. Ahora que enfrentaba a los hombres con todo el aspecto de los matones profesionales, se sintió totalmente inadecuado para resistir.

—Oiga..., yo puedo demostrarle quién soy... —exclamó, llevando la mano derecha al bolsillo interior del saco. Pero no llegó a introducirla. El más cercano de los dos forajidos dio un salto hacia él y, tomándolo de las solapas, le abofeteó. El ataque fue tan repentino que Bill no atinó a defenderse siquiera. Sorprendido, advirtió que comenzaba a sangrarle la nariz.

—Eh, ¡qué demonios...! —comenzó. Pero su agresor lo revisó

con mano hábil, Luego se volvió hacia el otro matón, que presenciaba la escena a dos pasos de distancia.

—Oye, Larry... Este pájaro no tiene armas encima.

—Las habrá dejado en el coche, Moe... Fíjate si lleva papeles... Ya sabes lo que hay que buscar.

— ¿Por qué no se molestan en leer los documentos que tengo en el bolsillo..., suponiendo que sepan leer? —inquirió Bill, fastidiado, sintiendo que su amor propio comenzaba a reaccionar ante semejante tratamiento—. Verán que se trata de un mal entendido...

Su atacante le quitó la cartera y le dio un empellón para apartarlo. Esta última violencia fue excesiva. Bill no había practicado deportes durante los últimos años y sus actividades eran sedentarias. Pero en aquel momento no lo pensó. Cuando el pistolero lo empujó y bajó la vista para revisar la cartera, avanzó un paso y le tiró un soberbio gancho al mentón. Luego, sin esperar los resultados, giró hacia su izquierda y se zambulló sobre Larry, que, al ver caer a su compañera, había desenfundado un corto revolver de grueso cañón.

Todo sucedió entonces con tal rapidez, que Bill casi no pudo darse cuenta de lo que hacía. Cuando el pistolero desenfundó su arma, el lo atacó con alma y vida, enlazándolo por la cintura con ambos brazos y empujándolo hacia atrás. El hombre cayó y Bill rodó sobre él. Al mismo tiempo le asesto un soberbio puñetazo con todo el peso de sus ochenta kilos impulsando su brazo. El efecto le resulto sorprendente. El pistolero lanzó un gemido ahogadamente y quedó inmóvil.

Bill se reincorporó de un salto, girando sobre sí mismo para defenderse del primer pistolero. Pero el hombre yacía en tierra inmóvil. Maravillado ante su increíble buena suerte, Bill recogió el revólver del segundo pistolero, lo guardó en el bolsillo y entró en el restaurante apresuradamente.

— ¡Bill! ¡Se enfría el pollo! —exclamó Janice al verlo—. ¡Eh! ¿Qué haces?

Sin contestarle. Bill dejó dos billetes sobre la mesa la tomó por la mano y se limitó a decirle:

— ¡Vamos! No podemos perder un segundo... —y de un tirón la forzó a seguirlo.

La muchacha, sorprendida por el gesto brusco de su marido,

quiso protestar, pero no pudo. Bill la arrastró casi. Al pasar junio a la mesa ocupada por los otros tres hombres, el escritor apresuró más aún su paso.

En el exterior todo seguía como tres minutos atrás; los dos pistoleros aún no se habían movido del sitio donde los dejara Bill.

— ¿Qué ocurre, Bill? —inquirió Janice, alarmada.

—Corre al auto… Tenemos que pedir protección a la policía... Cuando estemos en viaje te explicaré.

Subieron al convertible y Bill alcanzó a ver a los tres desconocidos saliendo del restaurante corriendo agitadamente, deteniéndose un momento al ver a sus dos compañeros tendidos en tierra. Pero, de inmediato reaccionaron y, mientras dos subían al automóvil negro, el tercero se dirigió a los caídos para ayudarles. El auto negro partió, sin perder un instante, en persecución del convertible.

Janice, con los ojos dilatados por el temor, se había aferrado a su marido, que manejaba aplicando todos sus cocimientos pata arrancar un poco más de velocidad al auto.

— ¿No quieres decirme qué ocurre, querido? —la voz de la muchacha era ligeramente temblorosa.

—Yo mismo no lo sé, nena... Supongo que esos pájaros que en estos momentos comienzan a seguimos —involuntariamente, miró por el espejillo retrovisor y vio confirmar sus sospechas—, son los que, según nos explicó el inspector Hawkins, quieren liquidar a mi sosías. Lo malo es que no nos fuimos a tiempo de San Diego.

Los verdes ojos de Janice estaban muy claros y [abiertos.

— ¡Bill! —exclamó—. ¿Quieres decir que te han tomado por Peter Field?

—Exactamente —repuso el escritor—. Dejé a dos tundidos frente al restaurante, pero los demás nos están siguiendo.

— ¿Qué haremos?

—Trataremos de llegar hasta algún puesto de la policía, querida...

— ¿Y si nos alcanzan antes? —en la voz de Janice la nota de temor se había acentuado.

Bill se encogió de hombros y entrecerró levemente los ojos.

—Habrá que pelear —dijo, sencillamente—. Esa clase de gente no acepta razonamientos.

— ¡Oh, Bill! —exclamó la muchacha, humedeciéndose los labios. Bill sintió deseos de bromear a costillas de su esposa. Era absurdo, pero con llorar y quejarse nada solucionarían...

—Tú querías un poco de acción... —le recordó suavemente—. Ahora parecerá que vas a tener más de la necesaria...

—No te burles. Bill... Estoy asustada...

— ¡Bah! Así podrás contar algo diferente a nuestros nietos... Si es que alcanzan s a tenerlos, naturalmente.

El silencio volvió a hacerse entre ellos; pronto, el único sonido que se escucho fue el de las cubiertas del coche al rodar sobre la carretera caldeada por los rayos del sol, mezclado con el rumor de las olas. El camino bordeaba la orilla del mar y Bill recordó de pronto un sueño que había tenido años atrás, cuando combatía en las trincheras de Corea. Por un instante trató de aclarar sus ideas y sin advenirlo casi, dijo:

—Una vez soñé que me mataban en la orilla de mar...

— ¡Bill...! —gritó Janice.

—Perdona... —exclamó el escritor rápidamente— Pero no era un día de sol, sino una noche con una gran luna llena... Así que si fue un presagio, no ocurrirá todavía.

Los reproches de su esposa le llegaron algo disimulados por sus propios pensamientos. ¡Qué situación absurda! En su vida había corrido más de un peligro. Periodista viajero desde la adolescencia, voluntario en la Guerra Mundial, oficial en Corea. En cualquier momento hubiera podido morir violentamente sin que él hubiera resultado extraño. Pero ahora, sin tener nada que ver con el asunto, por un simple parecido físico con alguien llamado Peter Field, que para él era tan sólo un nombre y un apellido, verse perseguido por un grupo de asesinos..., era absurdo, demasiado fantástico para tomarlo en serio. ¡Y sin embargo, era real!

— ¡Se acercan, Bill! —gimió Janice, que miraba hacia atrás.

Nuevamente buscó con sus ojos en el espejo retrovisor y vio que el coche negro ganaba terreno rápidamente. Con una maldición apenas murmurada entre dientes, trató de acelerar más, pero no pudo. El pedal estaba hundido hasta el fondo. El convertible estaba dando todo lo que podía.

El camino seguía serpenteando junto a la orilla del mar, solitario y brillante bajo la intensa luz del sol del Pacifico. Ningún policía,

nadie a la vista... Y el automóvil de los perseguidores se acercaba cada vez más.

Bill prosiguió manejando sin dejar de mirar en derredor en busca de una vía de escape. De pronto, sus desesperados ojos se clavaron en un camino lateral, bordeado de árboles, que se abría a su derecha.

— ¡Agárrate fuerte!- —exclamó. Y sin más, viró bruscamente.

Las ruedas del auto chirriaron, protestando por la violencia a que eran sometidas, pero por suerte resistieron. El convertible pasó como un bólido entre los árboles que bordeaban el camino, que era poco más que un atajo.

— ¿Adónde vamos? —preguntó tímidamente Janice.

—No sé... Pero tal vez podamos despistar a nuestros perseguidores —repuso Bill sin mayor convicción.

En ese momento estalló la cámara derecha delantera.

— ¡Cielos...! —fue todo cuanto alcanzó a decir Bill Crawford.

Luego todo pareció girar frente a él y el convertible, lanzado con la fuerza de una bala de cañón, salió del camino y rodó, estrellándose contra los árboles.

Cuando el auto negro llegó al sitio del accidente, el convertible estaba incrustado contra un enorme pino, casi arrancado de sus raíces. Un silencio profundo reinaba sobre el lugar y radie se movía dentro del coche volcado.

CAPITULO VII

El pequeño automóvil europeo de Giselle era muy veloz. Peter sonrió mientras aceleraba, saliendo de Sah Diego. Era una sonrisa sin alegría, dura. Estaba por jugar su carta más peligrosa. Si ganaba, lodo se solucionaría. Los largos años cargados de angustia, las luchas constantes, el peligro que fuera su compañero desde la adolescencia, todo quedarla perdido en un pasado que no deseaba recordar. Seria rico. Podría empezar una nueva vida, con Giselle a su lado. Pero, si fracasaba, su única recompensa seria la muerte.

Pensó en Merrill. El desprecio demostrado por ese hombre lo había afectado más de lo que quería reconocer. Tenía un deber que cumplir. Eso no le pertenecía... Hubiera debido entregarlo a quienes lo utilizarían para limpiar el país... y no para hacerse rico. Con un gesto inconsciente de cabeza acalló a su conciencia. Después de todo, a lo largo de doce años había fingido, matado y vivido en medio de la violencia, cumpliendo siempre con su deber. Había arriesgado centenares de veces la vida por seguir el camino recto. Que una vez se desviara no alcanzaría a borrar su pasado por completo. Pero trataba de engañarse... Merrill se lo había dicho claramente. Era un traidor y le aguardaba un solo castigo. La muerte. Su sonrisa dura se acentuó 1.a organización le quería muerto para mayor seguridad. Merrill y la gente del Servicio, también. Pero ninguno se atrevería a matarlo hasta no entrar en posesión de aquello. El juego era delicado, pero ya no le quedaba otro remedio que seguirlo hasta el fin...

Tomando la carretera ni borde del mar, corrió velozmente, su

coche devorando kilómetros. De vez en cuando se volvió hacia atrás, para vigilar a sus espaldas, en previsión de que alguien lo siguiera. Pero el camino estaba desierto.

Tras correr así casi una hora y media, con el velocímetro señalando constantemente los ciento veinte kilómetros, llegó a un punto donde la carretera se bifurcaba. Allí aminoró su marcha y dobló. Estaba cerca… Pronto podría jugar su carta de triunfo.

Pero en ese momento llegó hasta sus oídos el sonido de un motor que se acercaba a toda marcha. Sus ojos se entrecerraron levemente. Podía tratarse de algún turista que viajaba por la carretera…, de cualquier inocente automovilista que tomaba aire. Sin embargo. Peter había logrado sobrevivir hasta aquel momento no sólo por su extraordinaria buena suerte, sino también porque sabía adoptar medidas adecuadas, para que esa suerte no se esfumara. Durante tres kilómetros más siguió avanzando, sintiendo cada vez más cercano el motor del otro auto. Por fin, una curva del estrecho camino bordeado por árboles le permitió detenerse sin temor de ser visto y descender del coche pistola en mano. Se situó detrás de un grueso pino.

No tuvo que esperar mucho. Casi inmediatamente, envuelto en una nube de tierra, apareció un convertible rojo. Peter trató de ver el rostro del hombre que lo manejaba, pero no lo logró, pues al mismo tiempo uno de los neumáticos estalló y el coche pareció empujado hacia un costado del camino por una mano invisible y poderosa. Tras dar cuatro o cinco tumbos, se estrelló contra un pino y quedó colgado casi convertido en una masa de metal retorcido.

Peter siguió inmóvil, esperando. Después del estrepito y de la nube de tierra que siguió al choque, el silencio se restableció sobre el camino Luego, dos o tres minutos más tarde, una de las portezuelas del auto se abrió para dar paso a un hombre vestido con ropas de «Sport», que salió tambaleándose, seguido por una mujer rubia y evidentemente joven. Peter dudó un momento. Su propia seguridad dependía de la velocidad conque se moviera. Pero algo no le permitió seguir adelante. Primero pensó que tal vez aquella pareja necesitaría ayuda… y luego vio el rostro del hombre. Un estremecimiento le recorrió la columna vertebral y casi sin darse cuenta de lo que hacía, salió de su escondrijo.

Bill, aturdido por el golpe, ayudó a Janice a salir del automóvil

destrozado.

—Buena la hemos hecho... —exclamó—. Si esos buitres nos han seguido, nos atraparán sin remedio...

— ¡Bueno! Por lo menos podrías preguntarme cómo estoy —se quejó Janice, renqueando.

— ¿Para qué? Si veo perfectamente que estás linda como de costumbre y... —el escritor se interrumpió y llevó la mano al bolsillo donde guardaba el revólver que arrebatara al pistolero. Pero no llegó a desenfundar. Inclinó algo el cuerpo hacia adelante y alzando el dedo, señaló nerviosamente.

—Mira, Janice... No cabe duda... ¡Es Peter Field!

— ¡Oh! —exclamó la rubia atragantándose—. ¡Fantástico!

Peter se adelantó.

—Me parece que la situación es clara... Ustedes ya me conocen y yo tuve noticias sobra la existencia de un presunto sosías —dijo, procurando ocultar su sorpresa—. Pero no me imaginaba ni remotamente que sería tan parecido a mí.

—Me llamo Crawford —dijo Bill, sonriendo a pesar suyo—. ¡Caramba! ¡Es extraordinario! ¡Me siento como si estuviera hablando con mi propia imagen!

El sonido de un motea en marcha, acercándose a toda velocidad por el tortuoso camino, lo interrumpió. Hizo un gesto con la cabeza.

—Creo que son sus amigos que me están siguiendo —afirmó.

—Lo siento —repuso sinceramente Peter—. Vayan a mi auto, que está tras la curva. Yo me entenderé con ellos. ¿Cuántos son?

—Dos o tres... Eran cinco, pero yo reduje su número —contestó Bill. Volviéndose a su esposa, agregó—: Vete al auto del señor Field y espéranos...

Peter lo miró mientras Janice obedecía, ahogando una protesta.

— ¿Qué piensa hacer?

—Voy a ayudarlo, Field... Esos hombres son asesinos.

—Tal vez yo también lo sea... —repuso Peter, sonriendo sin alegría.

—Puede ser... Vamos a ocultarnos entre los árboles —asintió Peter—. ¿Tiene algún arma?

Bill exhibió su corto revólver.

—Tomé esto prestado —dijo sencillamente.

Cuando el automóvil negro llegó al sitio del accidente, todo

estaba tranquilo y silencioso. Los dos hombres bajaron empuñando sus armas y avanzaron cautelosamente. Al llegar al auto, uno de ellos se adelantó dos pasos y luego miró a su compañero con expresión furiosa.

— ¡Han desaparecido! —gritó—. ¿Dónde estarán?

— ¡Aquí! —repuso una voz serena a espaldas de ambos—. Suelten las armas y alcen las manos.

El pistolero que estaba más cerca del auto quedó como clavado en su sitio y comenzó a alzar lentamente las manos, pero su compañero giró sobre sus talones, lanzando una interjección y levantando el revólver. Sonó un estampido seco y ahogado. En la boca de la pistola que empuñaba Peter Field se formó un fogonazo anaranjado y el hombre lanzó un alarido, aferrándose el brazo derecho, mientras dejaba caer su revólver.

— ¡He dicho quietos! —ordenó con voz serena Peter. Los dos forajidos nada contestaron. Peter agregó—: Quíteles las armas, Crawford.

Bill salió de la maleza y se adelantó. Entonces, en el rostro de los dos hombres se pintó una expresión que, pese a lo dramático de la situación, podía considerarse ridícula, El asombro, la incredulidad, una confusión tremenda pasaron claramente por sus facciones. Peter lanzó una carcajada.

—Ahora ven doble, ¿verdad? —dijo—. Ocurre que estaban siguiendo a un hombre que no tiene que ver conmigo. Yo soy Peter Field. Mi amigo es Bill Crawford. Pero gracias a esta confusión tienen el placer de conversar conmigo unas palabras...

Bill les revisó, quitándoles las armas. El herido se sujetaba el brazo derecho con expresión de dolor.

— ¡Por favor, Field...! —exclamó finalmente—. ¡Me estoy desangrando! ¡Necesito un médico!

—Primero vamos a hablar unos minutos, mi estimado amigo —replicó duramente Peter. Volviéndose a Bill, hizo un gesto—: Usted puede irse. Si quiere, llévese mi automóvil y déjelo en la estación de servicio más próxima a una hostería que está a pocos kilómetros de aquí... Se llama Traveler's Rest. Allí encontrara ayuda para rescatar su coche.

Bill dudó un momento. No sabía de qué se trataba, pero experimentaba una instintiva simpatía hacia aquel hombre tan

parecido a él, por lo menos en el aspecto físico.

— ¿No me necesita? —le preguntó, sintiéndose tonto al decirlo. Era evidente que si había alguien capaz de bastarse a si mismo ése era Peter Field.

—Ya le he dicho que no, Márchese, pues lo que va a ocurrir aquí puede que sea desagradable, y recuerde que su esposa está a unos pasos de distancia.

— ¿Quiere que avise a la policía?

Peter sonrió duramente.

—Hace mucho tiempo que me arreglo sin ayuda policial. Gracias.

Dominado por una sensación de intensa frustración, Bill se volvió y sin agregar palabra, fue a reunirse con Janice. La muchacha aguardaba en el pequeño automóvil, temblando de excitación.

—Oí un disparo... —dijo—. ¿Qué pasó?

—Nada parece que mi sosías es un hombre de acción —repuso Bill, subiendo al coche y poniendo el motor en marcha—. Ahora tenemos que buscar a alguien que se ocupe de nuestro auto.

— ¿Dónde está Field?

—Ha quedado con los dos ocupantes del automóvil que nos perseguía —Bill maniobró hábilmente y, haciendo virar al pequeño vehículo en una curva cerrada, volvió atrás. Un minuto después pasaba por el lugar del accidente, Peter y los dos pistoleros estaban a un costado del camino. Los dos hombres miraban ceñudamente a Field, que sonreía duramente. Al verlos pasar, agitó la mano izquierda, sin mover la derecha, en que empuñaba la pistola.

— ¿Qué va a hacerles? —preguntó en voz baja Janice, asustada.

Bill se encogió de hombros.

—Supongo que los someterá a lo que llamamos en las novelas un «hábil interrogatorio» —repuso.

—Pero..., ¿quién es ese hombre? —inquirió la muchacha, con los verdes ojos muy dilatados.

—Me gustarla saberlo... Tal vez sea un detective privado... O el jefe de una banda de maleantes enemiga de la que lo persigue ¿Quién sabe? Una cosa te puedo decir. Tiene una puntería endemoniada y una sangre fría a toda prueba.

—Lo horrible de todo es que tal vez no lo volvamos a ver mas y

nos quedaremos sin saber qué ha ocurrido —exclamó Janice, más tranquila—. Quisiera…

Se interrumpió. A espaldas de ellos, más allá de un recodo del camino, había sonado un disparo.

CAPITULO VIII

Giselle pidió un automóvil desde la gerencia del hotel y diez minutos después subía a una larga limousine verde.

—Quiero ir a un sitio que está a doscientos kilómetros de aquí —dijo al chofer.

El hombre se volvió para mirarla, echándose la gorra de visera rígida hacia atrás.

— ¡Señora! —exclamó—. S. ha equivocado de vehículo... ¡Usted tiene que tomar un ómnibus!

Giselle sonrió a pesar suyo.

—No se preocupe... Le pagaré el viaje de vuelta —repuso—. Mi esposo me espera en la hostería Traveler's Rest, en el camino de Los Ángeles. ¿Me llevará?

El chofer la miró y asintió.

—Es su dinero, no el mío —dijo, poniendo el coche en marcha.

Giselle se echó hacia atrás, sumergiéndose en sus pensamientos y sin prestar atención al camino que seguían. Así no alcanzó tampoco a ver que a cierta distancia tras ellos otro automóvil había echado a andar. Sus preocupaciones eran demasiado grandes para permitirle observar lo que podía ocurrir fuera de su propia angustia. Sabía que en aquellos momentos Peter corría un serio peligro... Tal vez no volvería a verlo más. ¿Por qué tenían que vivir así, constantemente amenazados, intranquilos, sin detenerse en ningún sitio ni poder descansar jamás? Con un esfuerzo se serenó; no era dejándose dominar por los nervios como ayudaría a Peter. Una y otra vez se repitió mentalmente que era inútil preocuparse. Todo terminaría bien como siempre..., todo.

—Usted no es de aquí, ¿verdad? —la voz del chofer

La sacó de su ensimismamiento.

—No —repuso distraídamente—. Estoy de paso...

—Quiero decir, no es norteamericana, ¿no es cierto?

—Soy francesa —contestó Giselle, sacando un cigarrillo y encendiéndolo con movimientos nerviosos.

Su mirada paseó por la carretera y se clavó en el mar. Hacía ya algunos minutos que habían abandónalo la ciudad y se dirigían hacia el norte, a aquella hora no había casi tránsito de vehículos y sobre el asfaltado camino flotaba un silencio profundo. El taxímetro continuaba acelerando, como si el chofer hubiera tenido prisa en llegar a destino. Pero el repentino silencio de ese hombre hizo que Giselle le prestara más atención, entonces advirtió que la estaba mirando por el espejo retrovisor. Como se sabía bonita, no le podía llamar la atención que un hombre joven la mirase, pero algo había en la expresión de los ojos oscuros del chofer que no le agradó.

«Soy una tonta... Me estoy dejando dominar por los nervios», se dijo mentalmente.

Con gesto fastidiado, miró nuevamente por la ventanilla.

— ¿Qué le pasa, simpática? ¿Está preocupada por algo? —la voz del chofer ya no era amable.

Parecía que con cada kilómetro recorrido alejándose de la ciudad, hubiese experimentado un sutil cambio. Giselle enarcó el ceño, aturdida, comenzando a experimentar cierto vago temor.

— ¿Cómo dice? —preguntó.

— ¡Oh, no finja...! Yo sé perfectamente lo que le ocurre... Supongo que a estas horas su amiguito estará con media docena de balas en el cuerpo. Pero una preciosidad como usted no tardará en conseguir otro que la admire.

Giselle, aterrada, dejó caer su cigarrillo y se inclinó hacia adelante.

— ¿Qué quiere decir? —preguntó—. ¿Quién es usted?

El chofer sonrió en forma desagradable.

—Puede imaginarlo... No pensará que la organización es tan mala que no lo calcula todo. Nunca dejarnos un cabo suelto. Y usted, querida, es un cabo suelto...

El gran coche viró bruscamente, saliendo de la carretera y tomando un camino lateral de tierra. Pero al hacerlo tuvo que

aminorar la marcha. Entonces, Giselle demostró que pese a su temor y la excitación nerviosa que la dominaba, todavía conservaba suficiente presencia de ánimo como para ponerse a la altura de las circunstancias. Abriendo la portezuela, se dejó caer del auto.

El golpe, por fortuna, no fue tan fuerte, pues cayó sobre un macizo vegetal que le recibió, produciéndole tan sólo algunos rasguños superficiales, sacudiendo la cabeza para quitarse el mareo, se reincorporó prestamente Al mismo tiempo, el auto frenó con un fuerte chirrido de gomas y el chofer salló a tierra lanzando una sarta de maldiciones.

Giselle miró en derredor. No tenía escape. Pero cuando el hombre saltó sobre ella, con una sonrisa de triunfo a flor de labios, la diestra de la joven se movió con increíble velocidad. Un objeto pequeño y brillante apareció entre sus dedos y resonó una detonación. El chofer se detuvo como si una barrera invisible, pero poderosa, le hubiera frenado. Una expresión de inmensa sorpresa se dibujó en su rostro brutal y luego se desplomó lentamente. En su cadera izquierda se había incrustado una bala de poco calibre, pero disparada con absoluta precisión. Giselle guardó la pequeña pistola niquelada que sacara de la manga y sin detenerse a mirar al hombre que se retorcía sobre la tierra, corrió hacia el automóvil, subió y, poniéndolo en marcha, volvió a la carretera.

Dos minutos después se perdía a lo lejos, su pie firmemente clavado en el acelerador. Segundos más tarde llegaba al sitio aquel otro coche, el mismo que saliera de la ciudad en persecución de Giselle. El herido se había arrastrado hasta la carretera y el conductor del segundo auto frenó bruscamente.

— ¡Mira quién es! —dijo, hablando con su acompañante—. Bájate y préstale ayuda,.. Yo seguiré adelante para no perder de vista a ese demonio con faldas,

—Bien. ¿Dónde te encontraré?

—Consíguete un vehículo y llama al jefe apenas llegues a un sitio poblado. Yo me mantendré en contacto.

El auto se alejó. El hombre que había bajado se inclinó al herido, sonriendo con extraña expresión.

— ¡Hola, Charlie! —dijo—. Es un mundo pequeño este, ¿eh?

Pero el chofer no podía contestarle. Había perdido el conocimiento.

CAPITULO IX

Peter miró a los dos pistoleros y sonrió duramente. El auto manejado por Bill Crawford pasó a su lado velozmente, pero él se limitó a saludar al matrimonio con la mano izquierda.

— ¿Donde está Ackermann? —premunió luego a los dos pistoleros.

—Averígualo tú —replicó el que estaba más cerca— Oye..., mi amigo necesita asistencia médica. Está perdiendo mucha sangre.

— ¡Qué pena...! ¿Dónde está Ackermann? —insistió sin conmoverse, Peter. Les forajidos lanzaron un torrente de maldiciones y el que seguía ileso hizo ademán de moverse. La pistola de Peter ladró secamente y una bala silbó con sonido siniestro al rozar una piedra—. ¡Quieto! No estoy dispuesto a gastar municiones inútilmente... Por última vez, ¿dónde está?

— ¿Para qué lo quieres?

—Tengo que hablarle... Para ofrecerle algo que le interesa tener.

— ¿Como la otra vez? ¡Traidor! Te ganaste la confianza de todos y después nos vendiste.

Peter avanzó un paso y moviendo la diestra con aterradora rapidez asestó un feroz golpe con el caño de la pistola en el rostro del facineroso, cuyas rodillas se doblaron, cayendo de bruces.

— ¡No me gusta que me hablen así, rata de albañal!

— ¡Maldito seas, Field! ¡Me estoy desangrando! —gimió el otro pistolero, sin mirar siquiera a su compañero que, aturdido, trataba de reincorporarse sin lograrlo. Peter lo miró inexpresivamente.

—Habla y te vendaré... ¿Dónde está Ackermann? Sé que su escondrijo se encuentra por aquí. ¿Dónde?

— ¡Por favor...!

— ¡Habla!

Mientras el segundo pistolero comenzaba a reincorporarse, el herido, mirándose la mancha de sangre que seguía creciendo en su brazo, lanzó un quejido.

—Está bien... El sitio de reunión es una cabaña de caza en medio del bosque, a diez kilómetros de aquí, en un atajo de la Ruta 15. La cabaña se llama Paradise...

— ¡Esto te va a costar caro, Field! —exclamó el otro pistolero, que se había puesto en pie y se tambaleaba.

Su rostro estaba bañado en sangre y tenía una fea cortadura que le cruzaba la mejilla en el sitio donde le golpeara el caño del arma de Peter.

—No hagas que me asuste... —la pistola se movió lentamente, de un forajido al otro—. Llévate a tu compañero a algún sitio donde lo curen... Ahora hazle un torniquete para pararle la sangre. Puedes usar tu cinturón.

Con estas palabras, Peter se dirigió al auto negro, el herido lanzó un grito desesperado.

— ¡Field! ¡No nos dejes! ¡Llévanos a algún sitio donde haya gente!

Peter no se molestó en contestar. Subió al automóvil, lo puso en marcha. Sabía que la herida del pistolero no era tan grave como para que peligrara su vida si no tenía atención médica. Sonrió y al pasar junto a los dos hombres parados al borde del camino, agitó burlonamente una mano en gesto de despedida.

«Ahora, al negocio», se dijo.

Tenía que proceder con rapidez. Por el momento podría sorprender al jefe de la organización, despistado gracias a la confusión provocada por Bill Crawford y su extraordinario parecido físico con él. Al pensar en Crawford, frunció el ceño. Merrill le había dicho que no era una casualidad. Pero su sosías no parecía hallarse a gusto remplazándole. La mano de la gente del Servicio era evidente. Había que protegerlo a él hasta tener aquello...

Alguien había descubierto el parecido entre Field y Crawford, y como consecuencia lógica, lo había utilizado. Era un movimiento clásico del que aparentemente no quedarían responsables si algo llegaba a pasarle a Bill Crawford.

Peter encendió un cigarrillo y apretó el acelerador basta que el velocímetro señaló cien kilómetros por hora. No podía perder tiempo. En aquellos momentos Giselle debía de estarlo esperando en el Traveler's Rest. Sabía por propia experiencia la eficiencia que alcanzaba la organización y estaba seguro de que alguien habría sido encargado de seguir a la muchacha. Tenía que cerrar trato antes de que pasara algo serio.

Pronto el auto negro llego a la Ruta 159, que cortaba la carretera de la costa. Peter dobló sin frenar y hundió algo más el pedal del acelerador, sintiéndose dominado por una extraña ansiedad. Recién entonces se le ocurrió que Giselle podía estar corriendo tanto peligro como el mismo... Y la idea le resultó aterradora.

* * *

Cuando Bill derribó a Moe y Larry y huyó del restaurante al borde del camino, perseguido por el coche negro, el pistolero que quedó atrás no perdió tiempo en hacer reaccionar a sus compañeros. Sacudiéndolos violetamente, los forzó primero a uno y luego a otro a mantenerse en pie.

— ¡Imbéciles! —exclamó— Esperen a que Ackermann se entere de eso...

—Deja que \o eche mano a ese tipo... —gruñó Moe—. Me tomó desprevenido...

—Ya sabías que con Peter Field no se pueden correr riesgos... ¡Es dinamita!

Una expresión de extrañeza apareció en el rostro brutal de Moe. Inclinándose, recogió la cartera de Bill, que quedara caída a su lado.

—Lo curioso es que ese tipo me mostró papeles que tenían otro apellido. Mira —dijo, mostrando la documentación del escritor a su compañero.

El pistolero leyó el nombre de William Crawford y se encogió de hombros.

—No quiere decir nada... Será un nombre supuesto. Vamos...

— ¿Qué hacemos? ¿Tienes instrucciones para un caso así?

—Voy a alquilar un coche y seguiremos a los demás. En algún punto los encontraremos.

Diez minutos después, los tres pistoleros corrían velozmente en un auto que habían conseguido alquilar al dueño del garaje del restaurante.

CAPITULO X

Bill y Janice llegaron al Traveler's Rest minutos después de haber dejado atrás a Peter Field con los dos pistoleros. El disparo los había alarmado algo, pero recordando que el único que estaba armado era Field. Crawford trató de tranquilizar a su esposa.

—Seguramente tiró él mismo para atemorizar a esos dos criminales —dijo.

—Puede ser... Pero creo que hubiéramos debido quedarnos para prestarle ayuda —protestó Janice, sacudiendo la rubia cabeza.

— ¡Por favor, querida! —Bill lanzó un suspiro—. Creo que Peter Field pueda bastarse a sí mismo... ¿Quién demonios será?

—Es terrible esto de haber estado mezclados, aunque sea por casualidad, con una intriga semejante Y que no sepamos absolutamente nada —comentó ella.

A medio centenar de metros de la hostería había una estación de servicio. Bill detuvo allí el coche de Giselle y bajó, seguido de Janice.

—Supongo que tendré que guiar a los que vayan a buscar nuestro auto, querida —le dijo—. Tú podrías esperar en la hostería. Creo que necesitas un baño y cambiarte de ropa...

Pero la rubia sacudió vehementemente la cabeza.

— ¡Ni lo pienses! —exclamé—. Tú necesitas un baño con tanta urgencia como yo y además tienes desgarrado el pantalón... Cuando hayamos llevado a los mecánicos hasta nuestro auto podremos volver y pedir una habitación para descansar. Pero, por el momento, no tengo intenciones de quedarme sola.

Bill sonrió y pellizcó a su esposa en la mejilla.

— ¡Está bien, linda! —asintió—. «Hasta que la muerte nos separe», ¿eh?

Un mecánico de rostro pecoso y mameluco blanco manchado de grasa se les acercó.

—Buenas tardes… —saludó Bill—. Necesitamos ayuda…

— ¿Qué puedo hacer por ustedes?

El escritor explicó brevemente que había tenido un accidente a pocos kilómetros de distancia.

— ¿Su coche quedó en la carretera? —inquirió el mecánico.

—No… En un camino lateral. Si quiere, puedo conducirlo hasta el lugar. ¿Tiene un camión grúa?

El mecánico asintió.

—Venga…

Bill lo siguió y Janice se negó a él. El mecánico frunció el ceño y luego rió.

— ¿Recién casados? —afirmó más bien que preguntó.

— ¿Cómo se ha dado cuenta? —quiso saber Bill.

—Oh, se nota… Suponen que estaba demasiado distraído para mirar por donde iba el auto y por eso chocaron, ¿verdad?

Bill lanzó un gruñido y se apartó para dejar pasar a Janice, que subió al camión remolque sin hablar.

En aquel momento una limousine verde se detenía unte la hostería Traveler's Rest, Giselle Duprés, bonita y elegante, sin la menor señal de lo que había ocurrido un rato antes, excepto por la tierra que ensuciaba sus zapatos, descendió del auto y entró.

—Necesito una habitación —dijo al empleado de la agencia—. Soy la señora de Crawford. Mi esposo vendrá más tarde a reunirse conmigo.

—Bien, señora… ¿Tiene equipaje?

—Lo dejé en el auto. Hágame el favor de ordenar que lo bajen.

—Por aquí, señora… —asintió el empleado.

Giselle lo siguió, mirando disimuladamente a los demás ocupantes del amplio *hall* rústico. Turistas y viajeros ocasionales. No había ninguno que pudiera ser sospechoso. Y sin embargo… cualquiera de aquellos hombres y mujeres podía ser un miembro de la organización enviado tras ella, como el falso chofer. Un vertebral.

Jugaba con fuego. En cualquier momento poda quemarse. Pero lo hacía por Peter. Pensando en él, se sintió más tranquila y desechó

sus temores. Nada les ocurriría. Nada podía ocurrirles. Era tan poco lo que pedían. Veinticuatro horas de buena suerte. Eso solamente.

Claro que, a veces, puede ser demasiado.

* * *

Peter detuvo el auto negro a un centenar de metros de la cabaña. En realidad se trataba de una construcción al estilo de los antiguos pabellones de caza utilizados por la aristocracia del imperio austrohúngaro a fines del siglo XIX. Un gran edificio de troncos, con techo de pizarra, con dos macizas chimeneas de piedra en ambos extremos. Un poste sostenía un cartel con un nombre: «Paradise»

Antes de bajar del coche Peter Field reemplazó las balas gastadas en el cargador de su pistola. Luego accionó la recámara y quito el seguro. Estaba preparado. De cualquier forma, estaba seguro de que a menos que algún subordinado de Ackermann cometiera un estupidez, nadie tiraría contra él mientras la organización no tuviera la certeza de quitarle aquello.

Con paso firme recorra la distancia que lo separaba de la cabaña. El camino era de granza y estaba bordeado de rosales blancos. Resultaba irónico ver llores blancas en semejante sitio…

Cuando llegó ante la puerta, alzó la mano para llamar, pero no tuvo tiempo de hacerlo. La hoja de madera se corrió suavemente. En el umbral apareció un hombre de edad indefinible, de cabeza totalmente afeitada y cuello de loro, enfundado en un uniforme de mayordomo.

—Adelante, señor Field… —dijo con tono sepulcral y marcado acento extranjero.

—Hola, Otto Parece que volvemos a encontrarnos… —sonrió Peter, la mano derecha en el bolsillo empuñando la pistola—. ¿Está su amo?

—El señor Ackermann lo espera desde hace un rato. Pase por aquí…

Peter hizo un gesto de asentimiento. Nada podía sorprenderle. Ni siquiera encontrar al jefe de la organización en aquel sitio alejado del radio de sus habituales actividades. No era, pues, extraño que Ackermann supiera que él se dirigía hacia allí.

Atravesaron un amplio *hall,* en cuya parte central ardía un fuego totalmente inútil en aquella época del año, pero muy decorativo. Peter sonrió. Ackermann cuidaba el detalle.

El criado se detuvo ante una puerta de roble patinado y golpeó suavemente. Desde el interior una voz agradable y cuidadosamente educada, dijo:

—Adelante.

Otto se volvió hacia Peter, abriendo la puerta y apartándose:

—Pase, señor...

—Gracias...

El estudio era amplio y estaba confortablemente amueblado. En el piso había una gran piel de tigre y las paredes de troncos estaban cubiertas de trofeos de caza y armas de toda clase. Rifles, escopetas, pistolas, azagayas y puñales daban marco al hombre que de pie, junto a la ventana arreglaba un jarrón lleno de rosas blancas. Se trataba de un gigante de anchos hombros y cabeza leonina, largo cabello rubio y facciones regulares. Lo único que chocaba en el eran sus ojos. Claros, transparentes casi, tenían una mirada tan fría que parecía golpear casi con prestancia física.

—Pase, Field—dijo, terminando de colocar una rosa en el vaso y haciendo un gesto con la cabeza—. ¿Qué quiere tomar? ¿Whisky? ¿Brandy?

Peter se adelantó, siempre con la diestra en el bolsillo. Pese al ambiente fuera de lo común en que se encontraba Ackermann, se sentía seguro de sí mismo. Si aquel hombre era un extraordinario cazador de fieras, él había sido durante doce años cazador de seres humanos. Estaban a la reciproca.

—Por el momento, no deseo nada, Ackermann. Usted sabe a qué vine...

El gigantón sonrió, pero sus ojos siguieron imperturbables y helados, corno dos estalactitas que colgaban de una caverna prehistórica.

— ¿Por qué no me lo dice y así ganamos tiempo, Reíd? —insinuó.

—Peter se encogió de hombros.

— ¿Por qué no? —asintió. Con la mano izquierda buscó la cajita y la arrojó sobre una mesa de bambú—. Mire eso... Es la mitad del microfilm. Quiero dos millones de dólares.

Ackermann asintió. Con movimientos naturales, sin prisa alguna, tomó la caja y la abrió. Del interior del sobrecito saco diez pequeñas placas de celuloide negro y las miró a trasluz. Eran negativos.

—No alcanzo a comprender por qué me pide semejante suma para devolverme algo que me quitó y que ahora vuelve a estar en mi poder, Field… —dijo suavemente—. Esto no tiene sentido…

—Sí que lo tiene. Dije «la mitad del microfilm» —repuso en el mismo tono Peter—. No me tomará por tan tonto como para venir aquí trayéndolo todo.

— ¿Y si en lugar de cerrar trato con usted lo hago matar aquí mismo? —Ackermann hablaba como si estuviera resolviendo la fecha de un partido de golf con algún amigo casual,

—Temo que no nos hemos comprendido bien… Si yo no salgo de aquí antes de diez mininos, el resto del microfilm será entregado a las autoridades. Y si bien es la mitad, contiene suficiente evidencia como para destruir la organización y mandarlo a usted a la cárcel… o a un sitio peor.

Ackermann sonrió nuevamente.

—Comprendo, ¿Me dará plazo para pensarlo?

— ¿Y darle así tiempo para buscar el resto del microfilm? —Peter se encogió de hombros—. No lo encontraría nunca… Quiero dos millones de dólares en billetes de a mil. Mañana a esta misma hora pasaré a buscarlos.

Con estas palabras se dirigió hacia la puerta. Ackermann, inmóvil, con las placas en la mano, lo miró abrir la puerta. Peter se detuvo un instante y entrecerró los ojos.

— ¿Y bien? ¿Qué resuelve? —inquirió.

— ¿Sabe, Field? Usted ya nos engañó una vez…, Tal vez lo está haciendo por segunda vez.

— ¿Qué quiere decir?

Ackermann hizo un gesto separando las manos.

—A lo mejor el resto del microfilm lo lleva encima… Y en tal caso…

—En tal caso, usted no puede darse el lujo de intentar verificarlo, Ackermann —lo interrumpió Peter firmemente—. Si miento, con matarme soluciona todo. Pero si digo la verdad y me elimina, firma la sentencia de muerte de la organización… y también la suya.

El gigante se volvió hacia la ventana y acarició unas magníficas rosas,

—Hasta mañana, Field —dijo con acento ausente—. Le espero aquí a esta misma hora.

Peter se marchó, sintiendo un alivio extraordinario., Había ganado el primer encuentro.

CAPITULO XI

El pequeño automóvil se detuvo en la parte posterior de la hostería. El hombre que lo manejaba descendió y miró en derredor. Tenía que actuar con rapidez. Sobre todo no podía perder la cabeza. Los otros podías llegar en cualquier momento. El necesitaba encontrar primero a Giselle.

Con paso rápido entró en la hostería. El empleado de la gerencia lo atendió amablemente.

— ¿Ha llegado ya la señora Crawford?

—Oh, sí, señor… ¿Usted es el esposo?

El hombre comprendió que Giselle estaba sola.

—No — repuso—. Soy el cuñado... Sabía que vendría y quise saludarla. ¿Qué habitación tiene?

—La 126, señor... Lo haré acompañar.

El hombre sonrió con gesto campechano.

—No hace falta, gracias... Conozco esta hostería. Precisamente yo la recomendé a mi hermano y mi cuñada,

Con paso elástico subió las escaleras que llevaban al primer piso y recorrió el corredor principal, deteniéndose ante la puerta rotulada «126». Tras asegurarse de que nadie le veía, probó el picaporte suavemente. La puerta no se abrió: estaba cerrada con llave.

Eso no le amilanó. Con los nudillos llamó dos veces, suavemente, y espero.

— ¿Quién es? —preguntó desde dentro la voz de Giselle.

—Un mensaje para usted, señora Crawford... Acaban de dármelo por teléfono —repuso sin alzar la voz.

De inmediato la llave giró en la cerradura y la puerta se entreabrió, apareciendo el rostro de Giselle. Los enormes ojos negros se dilataron enormemente al comprender la muchacha que había sido engañada. Con rápido movimiento intento cerrar nuevamente la puerta, pero no pudo hacerlo. El hombre le dio un empellón y la empujo hacia atrás, penetrando y cerrando tras él. La cerradura rechino y oigo cayó al suelo, aparentemente una silla.

Luego, el silencio volvió a reinar en el corredor.

* * *

Mientras Peter Field se alejaba de la cabaña, el timbre del teléfono distrajo la atención de Ackermann.

—Hola —atendió.

—Habla Larry, jefe... —repuso del otro extremo de la línea la voz del pistolero—. Tengo malas noticias para usted.

— ¿Si? —exclamó imperturbable Ackermann—. Ya sé que fracasaron, Field acaba de marcharse.

—Es que el tipo que estuvimos siguiendo no era Peter Field —grito el pistolero—. Primero nos despistó s Moe y a mi... —el matón no quería reconocer que labia sido vapuleado por un hombre que ni siquiera era el que creían—... y luego se encontró con el verdadero Field y baleó a Clay... Acabamos de encontrarlas en Burton, a la miseria los dos.

Las desordenadas palabras del pistolero no tenían mayor sentido. Ackermann hizo un gesto de cólera contenida.

— Vamos por puntos... ¿Quién era el hombre que ustedes tomaron por Field?

—Un tal Billy Crawford —repuso Larry—. Aquí tenemos sus documentos, que se le cayeron mientras luchaba con nosotros. Es un escritor o algo por el estilo. Clay y Burton le oyeron decir que iba con una muchacha rubia a una hostería que está aquí cerca. Al Traveler’s Rest.

—Conozco el lugar —la mente ágil de Ackermann trabajaba rápidamente—. ¿Parece amigo de Field ese tal Crawford?

—Por lo menos, le ayudó a dejar fuera de combate a Clay y Burton, jefe...

Los ojos claros se clavaron a través de la ventana sobre un

pájaro que revoloteaba por encima de los canteros de rosas.

—Escucha bien lo que deben hacer... Vayan inmediatamente al Traveler's Rest y capturen a esa pareja. Cuando los tengan seguros, los traen aquí. Puede que nos sirvan de algo.

Sin esperar oír más, cortó la comunicación. Todavía podía ser que lograra sacar un as de la manga para derrotar a Peter Field. Además, Charlie debía de tener ya a Giselle Duprés en sus manos... Field iba a aprender de una vez por todas que no era buen negocio ponerse en el camino de la organización.

Volvió a mirar hacia afuera. Decididamente, necesitaba algo para ahuyentar a esos condenados pájaros que le picoteaban los rosales estropeándole los pimpillos.

CAPITULO XII

El camión remolque llegó al sitio donde se estrellara con el convertible de los Crawford. Tras media hora de trabajo el mecánico ayudado por Bill, consiguió enganchar la parte posterior del coche, y maniobrando cuidadosamente, lo sacó de la delicada posición en que estaban.

—Esto va a necesitar un trabajo a fondo antes de poder marchar nuevamente —fue el comentario desalentador del mecánico. Bill asintió.

—Me lo imaginaba —repuso, lanzando un suspiro—. Lo malo es que debemos continuar el viaje a Los Ángeles lo antes posible... ¿Podrían alquilarnos por aquí «otro auto?

—Difícil... Pero a primera hora de la mañana pasa el ómnibus de la Greyhonund, que los llevará en ocho horas de viaje

—Gracias. Supongo que tendremos que conformarnos.

El camioncillo emprendió el represo hacia la estación de servicio. Al pasar frente a la hostería, el conductor aminoró la velocidad de la marcha hasta detenerse.

—Si quieren bajar aquí... —dijo—. Después les diré cuánto tiempo lardare en tenerles arreglado el cacharro…

Janice descendió, pero Bill recordó al auto que les facilitara Peter Field y permaneció en el camioncillo.

—Pide una habitación y ponte bonita —Exclamó sonriendo—. Yo voy a buscar el auto que nos prestaron... Recuerda que Field nos pidió que lo dejáramos en la hostería.

La muchacha rio se sintió muy feliz al escuchar a su marido, pero la mirada curiosa del mecánico le forzó a obedecer.

—Está bien —asintió—. Pero no tardes...

Janice caminó hacia la puerta de la hostería y Bill siguió hasta el garaje. Allí subió al auto de Giselle, lo puso en marcha y virando en un amplio círculo, avanzó la media cuadra que mediaba entre la estación de servicio y el Traveler's Rest. Una vez que hubo estacionado, bajó y esperó que una familia que acababa de llegar en una camioneta rural se resolviera a entrar, para hacerlo. Distraído mirando al matrimonio anciano, sus hijos y nietos que se derramaban por la puerta de la hostería, no advirtió que un automóvil que parecía haber estado esperando algo, arrancaba y se alejaba a toda velocidad, rumbo al sur.

Bill entró y tras echar una ojeada en busca de su mujer, no viéndola, se acercó al mostrador de la gerencia.

—Buenas tardes —dijo—. Mi esposa debe de haber pedido una habitación... Soy Bill Crawford.

—Ah, sí, señor Crawford... La habitación 126, en el primer piso —repuso el sonriente empleado, señalando hacia la escalera—. Si así lo desea, lo acompañaré...

—No, gracias... No se molerte —contestó Bill.

Se sentía agotado. La tensión nerviosa de las últimas horas y el trajín desacostumbrado comenzaban a hacerle efecto. Pensando en un prolongado baño caliente *y* una reconfortable copa de whisky con hielo, lanzó un suspiro y consiguió suficientes energías como para subir de a dos peldaños por vez la escalera.

Una vez en el corredor, miró a derecha e izquierda para orientarse y se dirigió hacia el extremo donde estaba la puerta del número 126. Despreocupadamente; tomó el picaporte, pero no pudo abrir. Estaba cerrada con llave. Bill sonrió y sacudió la cabeza. Los nervios de Janice...

—Abre, nena... —dijo en alta voz, golpeando con los nudillos—. ¡Soy yo!

Esperó un momento y como no recibió respuesta, volvió a golpear. Una vaga inquietud lo asaltó.

— ¡Janice...! —exclamó—. ¡Abre! ¡Soy yo...! ¡Bill!

Nadie contestó. Preocupado, presintiendo algo malo, llamó por tercera vez. A sus espaldas resonaron pisadas suaves: se volvió y enfrentó el rostro sonriente del empleado de la agencia

—Ocurre algo, señor Crawford?

—Mi mujer no me oye. Estoy llamando desde hace en buen rato y no abre —repuso Bill.

—Tal vez se está bañando y no alcanza a oír los golpes…

—No lo creo... Me esperaba de un momento a otro. ¿No hay posibilidad de abrir la puerta?

El empleado hizo un gesto dubitativo,

—Tenemos una llave maestra señor Crawford pero...

— ¿Pero qué? —Bill comenzaba a perder la paciencia—. Supongamos que mi esposa ha sufrido un ataque, o se siente mal y no puede oír.

—Si la llave de la habitación está del lado de adentro de la cerradura, no podremos abrir Mire. —el empleado sacó un llavero y escogiendo una de las llaves, la introdujo en el ojo de la cerradura, haciéndola girar. La puerta se abrió con un chasquido.

El hombre miró a Bill, sorprendido.

—Es extraño... —exclamó—. Estando cerrado por dentro no hubiera debido abrir.

La llave de la puerta no estaba en el lado interior de la cerradura. Los dos cambiaron una mirada.

—Espere un momento —dijo Bill—. Tal vez lo necesitemos...

Y sin aguardar una respuesta, entró, llamando a su mujer en alta voz.

— ¡Janice...! ¡Janice!

Su voz resonó en la habitación desierta. Aterrado, el escritor corrió hacia el cuarto de baño y miró. Tampoco había nadie. ¿Qué ocurría? Algo tremendo y siniestro, espantoso. Algo... como si una fuerza misteriosa lo hubiera atraído irresistiblemente, se volvió y clavó sus ojos en la pared opuesta. Allí, sobresaliendo bajo la cama, se veía una pierna femenina enfundada en una media de nylon, descalza. Con el corazón oprimido, el escritor avanzó lentamente. La tremenda inmovilidad de aquella pierna no le permitió hacerlo más rápido.

—Janice... —sollozó.

El empleado de la hostería, atraído por la exclamación, entró y, viéndolo, corrió hacia él. Bill cayó de rodillas junto a la cama. Suavemente trató de sacar a su esposa: el cuerpo estaba frio. Con una sensación de horror invencible, siguió tirando del brazo. Tras él, mude por la sorpresa, estaba el empleado del hotel.

Por fin el cuerpo femenino quedó al descubierto. Y el helado horror que dominara a Bill Crawford se convirtió en un asombro lleno de egoísta alivio, que inmediatamente acentuó su espanto.

—Pero..., ¡esta no es mi esposa! —murmuró.

Porque la mujer aquélla era la morena que por la mañana, en San Diego, le había contundido con Peter Field. Y estaba muerta… Estrangulada...

CAPITULO XIII

Todo había ocurrido tan rápidamente, que Janice no tuvo tiempo de hacer nada, ni siquiera de gritar. Al bajar del camión remolque, a veinte pasos escasos de la hostería, tuvo que apartarse para dejar pasar a un auto que se cruzó en su camino. Pero el vehículo, en lugar de proseguir, frenó bruscamente. La portezuela posterior se abrió y salieron dos hombres. Janice, aturdida, trató de seguir adelante. Pero los dos desconocidos le interceptaron el paso. Cuando la muchacha comprendió lo que ocurría, era demasiado tarde. Una mano le había aferrado brutalmente de un brazo y otra le tapaba la boca, impidiéndole pedir auxilio.

— ¡Rápido, Moe! ¡Arriba…! —llamó alguien desde el auto.

Janice luchó, tratando de soltarse. Pero todo fue inútil. Diez segundos después estaba en el interior del coche, atada y amordazada.

—Estaciona más cerca de la puerta, Larry —dijo el mismo hombre que hablara antes.

El coche arrancó y recorrió algunos metros, para detenerse nuevamente, manteniendo siempre el motor en marcha. Janice, dominada por un terror insano, comprendió que se trataba de los cinco hombres que los persiguieron una hora antes. De reojo advirtió que uno de ellos era el que Peter Field hiriera en el lugar del accidente. El pistolero tenía el brazo derecho en cabestrillo y estaba muy pálido. Un estremecimiento recorrió el cuerpo de la muchacha. ¡Aquellos criminales estaban esperando a Bill! No cabía duda.

Durante cuatro o cinco minutos, la joven creyó que se volvería

loca de desesperación; el auto, inmóvil, aguardaba como un buitre que revolotea en torno a un animal moribundo en el desierto. Los cinco forajidos no hablaban. Todas las miradas estaban atentas, acechantes.

Por fin se escuchó el sonido de un motor. Pero no era el auto manejado por Bill, sino una gran camioneta rural de la que descendieron dos matrimonios y media docena de niños. Al mismo tiempo apareció Bill con el coche de Giselle. Uno de los pistoleros lanzó una maldición entre dientes.

— ¿Qué hacemos? —preguntó, sin dirigirse a nadie en particular —. Hay demasiada gente...

—No podemos seguir perdiendo tiempo. Si no le captúranos ahora, tenemos que marcharnos. Ese tipo provocara un revuelo tremendo cuando descubra que su mujer ha desaparecido.

—Moe tiene razón —asintió el herido—. Mejor nos vamos..., ya no podremos apoderarnos de ese hombre.

El que manejaba no hizo comentario alguno. Soltando el freno, desembragó y lanzó el coche a velocidad hacia el camino. Una vez allí, viró rumbo al sur. Ackermann tendría que conformarse con la mitad de su pedido.

* * *

Peter manejó como de costumbre a toda velocidad. Se sentía mucho más tranquilo de lo que era imaginable. Después de todo, Ackermann parecía haberse rendido. Lo que Ackermann resolvía, la organización realizaba. Los dos millones estaban prácticamente en su bolsillo... Una sonrisa divertida apareció en sus labios. ¡Pensar que había estado a punto de pedir un millón sólo! Cuando Giselle lo supiera, se reiría. Peter imaginó a Giselle y movió suavemente la cabeza. Pobrecita... En realidad, había llevado una vida terriblemente agitada desde que uniera su destino al de él. Pero ahora todo estaba a punto de terminar. Con el dinero en la mano, podrían alejarse de aquello e iniciar una existencia distinta en algún país lejano...

Abandonando casi el auto a sus propios medios, Field reflexionó. Lo que hacía era reprobable. Al entrar al Servicio doce años atrás, había jurado ser digno y no ceder a la tentación de la riqueza fácil

que podía presentársele frecuentemente. ¡Y ahora, en lugar de cumplir con su deber, caía en semejante proceder!

Involuntariamente, pensó en Merrill, su rostro vulgar y sus ojos inteligentes. Merrill lo despreciaba. También lo despreciarían los demás. ¿Y qué? Con dignidad y comportamiento honesto no había conseguido nada… Por lo menos nada tangible. Y estaba cansado. Quería abandonar lodo. Pero aquél era un camino que podía dejar atrás tan sólo teniendo posibilidades de alejarse mucho del teatro de las actividades y poseyendo una buena suma de dinero. De lo contrario, el fin era irremediable. La muerte…

Encendiendo un cigarrillo, aminoró la velocidad del auto. Ya en lontananza se alcanzaba a divisar la silueta de la hostería. Allí lo esperaba Giselle. Esta sola idea era suficiente para borrar todo el mal humor y la amargura.

Pero cuando llegó a media cuadra del edificio, una arruga apareció en su frente. Ante la puerta del Traveler's Rest había dos coches de la policía patrullera y una ambulancia. ¿Qué habría ocurrido? Instintivamente, su pie se dirigió al freno, pero se controló y en lugar de detener el auto, siguió de largo. Otros cincuenta metros más allá, ante el surtidor de nafta de la estación de servicio, frenó.

—Llene el tanque —dijo al mecánico que corrió a atenderle. Luego, procurando demostrar tan sólo una curiosidad distraída, preguntó—: ¿Qué pasó en la hostería? ¿Algún drama pasional?

El mecánico se encogió de hombros.

—Estrangularon a una mujer —contestó—. Dijo el portero que han detenido al marido. Un tal Crawford…

Peter aferró con fuerza el volante, hasta que sus nudillos se pusieron marmóreos.

—Me parece haber oído ese apellido —dijo suavemente—. ¿La muerta es una muchacha rubia?

El mecánico sacudió la cabeza con aire de persona bien informada.

—No… Según parece, se trata de una morena preciosa que llegó hace un par de horas. Una lástima…

CAPITULO XIV

Aquello era, para Bill Crawford, una pesadilla horrenda. Sentado sobre una incómoda silla, rodeado por media docena de hombres de rostro duro, luchaba desesperadamente por hacerse comprender.

— Pero, ¿no se dan cuenta de que mientras perdemos el tiempo aquí, el asesino de esa pobre muchacha y los secuestradores de mi esposa están alejándose? —repitió por vigésima vez.

—No se preocupe, Crawford... Si es que ése es su apellido —le contestó uno de los policías—. Nosotros siempre atrapamos a los culpables.

— ¿Y por qué demonios me retienen aquí? ¿No les dijo el empleado de la hostería que descubrimos el cadáver juntos?

—Sí, pero usted puede saber más de lo que quiere hacernos creer —el policía que llevaba la voz cantante era el más joven de todos, pero su rostro resultaba tan Indescifrable como el de sus compañeros—. ¿Cómo explica la presencia de la muerta en esta hostería, haciéndose pasar por su esposa?

Bill sacudió la cabeza, desesperado.

—Lo ignoro —repuso.

— ¿Cómo puede demostrar que usted es, realmente, William Crawford? —salló otro de los policías.

—Ya les dije ene me robaron la cartera con todos mis documentos al salir de un restaurante al borde del camino —una Idea surgió de pronto en el torturado cerebro del escritor— Hable a San Diego . Pregunte por el inspector Hawkins, de la policía metropolitana. El me identificará.

— Está bien— El más joven de los policías hizo un gesto y uno

de sus compañeros salió de la pequeña habitación. Se trataba del escritorio destinado a la gerencia del «Traveler’s»—. ¿Por qué ha venido a esta zona, Crawford?

—Ya le he dicho que soy escritor. Me invitaron de la Asociación de Escritores del Pacífico a realizar el viaje... Puede verificarlo, poniéndose en contacto con Los Ángeles.

—No se preocupe, que así lo haremos —repuso el policía, sin variar de expresión. Con movimientos deliberadamente lentos, encendió un cigarrillo. Un silencio pesado se hizo en el interior del despacho. De pronto, Bill advirtió que transpiraba profusamente.

Por fin, la puerta se abrió con un crujido y reapareció el policía que saliera para hablar a San Diego.

—Ya lo hice, teniente —dijo, dirigiéndose al policía más joven.

— ¿Y bien?

Los ojos impasibles del hombre se clavaron en el rostro sudado de Bill.

—En la policía de San Diego no hay ningún inspector Hawkins..., y lo que es más, ¡no hay ningún hombre de ese apellido en toda la fuerza del Estado...!

Las palabras cayeron sobre el escritor como un balde de agua fría. Qué significaba eso... «Soy el inspector Hawkins, señor Crawford... Policía del Estado». Por qué le habría mentido Hawkins, o como se llamara.

—No alcanzo a comprender... —balbució—. Tengo la certeza de que me dijo que pertenecía a la policía de San Diego...

El rostro del teniente no se alteró, pero Bill comprendió que no le creía.

—No tengo motivos para mentir —insistió—. ¡Haga algo, por favor! ¡Mi esposa ha desaparecido!

— ¿Insiste en su relato sobre el sosías y los pistoleros? —inquirió otro de los policías.

Bill señaló las dos fotos de Peter Field que entregara al teniente y que estaba sobre el escritorio.

—Esas son las fotografías de Peter Field —repuso.

—Hemos comprobado con los archivos, y, por el momento, no ha aparecido ningún «Peter Field» complicado en asuntos de índole delictuosa —aclaró el teniente. Luego se volvió hacia otro de sus hombres—: Maloney, hable telefónicamente con la Asociación de

Escritores del Pacifico, en Los Ángeles. Verifique si ha existido esa invitación.

Bill Crawford ahogó un suspiro. Todo eso significaba una pérdida de tiempo tremenda, una pérdida de tiempo que podía ser fatal para Janice. No alcanzaba a comprender bien lo ocurrido. ¿Cómo había desaparecido su esposa? ¿Por qué la habían raptado? ¿Qué relación tema la muchacha muerta con Peter Field?

—Usted no puede… —estuvo por decir «no puede ser tan tonto», pero se contuvo—. Usted no puede creer que yo soy el asesino de esa pobre mujer… Tengo el testimonio del mecánico de la estación de servicio, sobre el momento de mi llegada a este sitio; y cuando entré en el dormitorio, lo hice acompañado por un empleado de la gerencia…

—Hay algunos puntos oscuros en todo esto, Crawford —por la forma en que pronunció el apellido, era evidente que dudaba—. Demasiadas coincidencias… A usted le roban la cartera con sus documentos… Luego, la persona que puede identificarlo en San Diego, es alguien que no existe. Su esposa desaparece sin dejar rastro, y una muchacha que dijo llamarse «señora de Crawford», es asesinada. En este caso hay demasiados elementos extraños. Estoy convencido de que usted sabe algo más. Por lo menos, respecto al motivo que llevó a esos pistoleros a perseguirle hasta el extremo de hacerle volcar con su automóvil. ¿Quién es Peter Field?

La última pregunta fue formulada abruptamente, en un grito. ¿Quién era Peter Field? Bill se tomó la cabeza entre las manos y la sacudió. Era una pesadilla, una pesadilla atroz, pegajosa como una telaraña. Pero no podía ser real.

— ¡No sé! ¡No sé! —gritó—. ¡Lo único que comprendo es que mi mujer puede correr peligro de muerte!

El teniente encendió un cigarrillo y lanzó una larga bocanada de humo.

— ¿Y si su mujer fuera la autora de la muerte de la morena del dormitorio 126? —preguntó suavemente.

Bill se puso en pie, pero uno de los policías le obligó a sentarse nuevamente, dándole un empellón. El teniente avanzó un paso. Su rostro había adquirido una expresión desagradable,

—No se mueva, Crawford —dijo, sin alzar el tono—, ¿Le molesta nuestra teoría?

— ¿Cuál? —gritó Bill, tratando de buscar una salida, de encontrar una explicación que bastara a aquellos sabuesos en busca de presa.

—Su esposa estrangulo a la morena y huyó, mientras usted preparaba una coartada, inventando el cuento del secuestro…

— ¡Usted está loco! —exclamó el escritor—. ¡Janice nunca podría matar a nadie, y menos aun estrangular a un ser humano!

—No estoy tan seguro…, y usted tampoco —el teniente aplastó su cigarrillo sobre la esquina del escritorio, quemando la madera.

— ¡Esto es absurdo!

—Puede ser… —en ese momento se abrió la puerta y entro un hombre, desconocido para Bill. El teniente se volvió con aire deferente—. ¿Y bien, doctor?

—Ya hemos retirado el cadáver… Le haré la autopsia ahora mismo —se trataba del médico forense—. Pero pensé que podía resultarle interesante lo que encontré en las uñas del cadáver.

— ¿Qué es?

—Trocitos de piel y trazas de sangre. La muchacha arañó a su asesino y debe de haberle dejado una buena señal.

El teniente se volvió para mirar a Bill. El escritor no tenía señal de arañazo alguno en el rostro.

—Levántese los puños de la camisa, Crawford… —dijo suavemente—. Quiero ver sus muñecas.

Bill obedeció, agradeciendo mentalmente al cielo no tener ninguna lastimadura. El teniente hizo un gesto afirmativo, como si lo hubiera imaginado con anticipación.

—Está bien —asintió—. Después de todo, usted no puede haber sido el ejecutor material del crimen.

Cuando el médico salió del despacho, se cruzó con el policía que regresaba.

— ¿Y bien, Maloney? ¿Habló con Los Ángeles?

—Sí, teniente —los ojos duros del policía se clavaron en el rostro de Bill, que presintió una novedad desagradable. Las siguiente palabras confirmaron sus temores—: ¡La Asociación de Escritores del Pacífico nunca Invitó a Bill Crawford a viajar por el oeste!

CAPITULO XV

Ackermann estaba sentado tras la gran mesa del estudio, ojeando una revista dedicada a la caza mayor, cuando el coche alquilado por los pistoleros se detuvo frente a la entrada de la cabaña El timbre sonó insistentemente y luego se escucharon los pasos suaves de Otto que se dirigía a abrir.

— ¿El jefe? —era la voz ronca de Moe.

—Pasen... iré a avisar al señor de que han llenado

Ackermann sonrió. Otto siempre creería que estaba en Europa, de mayordomo en el viejo castillo...

Un discreto golpecito resonó sobre la puerta del estudio.

— ¿Está usted visible, señor? —preguntó Otto, asomando la cabeza.

—Sí. Que pasen...

Los cinco pistoleros entraron. Larry llevaba a Janice Crawford, que tenía las manos atadas a la espalda y una mordaza en la boca.

Ackermann frunció el ceño.

— ¿Y el hombre? —preguntó.

Moe hizo un gesto significativo.

—No pudimos hacer nada, jefe. Había demasiada gente...

—Está bien. Dejen a la señora aquí y retírense... —sus ojos se clavaron en el herido—. Otto te curará ese brazo mejor que un médico

Los pistoleros salieron, dejando a la aterrada Janice de pie, en el centro del estudio, sobre la piel de tigre. Ackermann sonrió amablemente y se le acerco.

—Mis muchachos son un poco groseros —dijo, quitando la

mordaza que cubría la boca de la rubia—. Le pido disculpas por ellos... No saben tratar a una dama.»

— ¡Oh! —balbució Janice, confundida—. ¿Por qué se han apoderado de mí? ¿Quién es usted?

—Puede llamarme Ackermann Cuanto menos sepa de mí, mejor será para usted... Permítame que la desate... ¡Así! —el gigante cortó las ligaduras de la muchacha, que se frotó las muñecas, donde las cuerdas habían dejado profundas señales.

—No comprendo nada —murmuró ella—. Creí que esos hombres ya sabían que mi esposo nada tiene que ver con Petar Field.

Los ojos de Ackermann se entrecerraron. Con un gesto amable señaló uno de los cómodos sillones de bambú.

—Siéntese, señora, pues deseo hablar con usted... —Janice obedeció como hipnotizada— ¿Está usted segura que no tiene nada que ver con Field?

— ¡Naturalmente!

Ackermann hizo un gesto y abriendo un pequeño bar adosado a la pared, sacó una botella de coñac francés y dos copas

—No estoy muy convencido de sus palabras, señora..., ¿Crawford era su apellido, verdad?

—Sí, pero le aseguro que…

—Tome este coñac... Le hará bien —la interrumpió el gigante, tendiéndole una copa.

Janice así lo hizo El gusto cálido del licor le devolvió parte de su presencia de ánimo. Después de lodo, aquel hombre elegante y buen mozo no podía ser un criminal. En todo aquello debía haber algún monstruoso malentendido.

—Veamos, señora Crawford... —Continuó diciendo el hombre—. No me tome por impertinente, pero querría formularle algunas preguntas...

Janice hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Como usted quiera.

— ¿Por qué han venido a esta región?

—Mi esposo es escritor... Nos invitó la Asociación de Escritores del Pacifico a viajar a Los Ángeles, pasando por San Diego...

Ackermann estudió el fondo de su copa. Sus ojos pálidos seguían inexpresivos cuando se clavaron en el rostro de Janice. Empero, la muchacha volvió a sentir miedo bajo aquella mirada fría.

—Perdóneme, señora Crawford, pero no puedo creerla — las palabras seguían siendo pronunciadas con acento suave, tan suave como el ronroneo de la pantera—. Sería demasiada coincidencia que en el momento en que Peter Field vino a San Diego para buscarme, ¡su esposo haya recibido esa invitación!

— ¡Pero es verdad! —exclamó, nerviosamente, Janice.

Los ojos del gigante la estudiaron durante algunos Segundos

— Usted cree que dice la verdad, señora —asintió por fin— Yo sigo dudando... Entretanto, le rogaré que acepte mi hospitalidad. Queda usted en libertad de moverse por la casa, con tal que no intente salir al exterior. Otto le indicará su habitación

Mientras hablaba, tocó un timbre. Casi al instante, se abrió la puerta y penetró el criado.

— ¿Me llamaba, señor?

—Sí, Otto… Lleva a la señora Crawford a la habitación de huéspedes y trátala con la mayor consideración. Avisa a los demás que no quiero que se la moleste en lo más mínimo.

—Comprendido, señor. ¿Algo más?

Ackermann iba a contestar, cuando el timbre del teléfono le interrumpió. El criado se dirigió hacia el aparato.

— ¿Hola? ¡Sí..., ah, sí! En seguida, señor...

— ¿Sí? —exclamó Ackermann, tomando el teléfono. Su rostro no se alteró, pero entrecerró los ojos—. ¿Tuvo que matarla? Con tal que no haya dejado huellas... ¿Cómo? —una expresión de salvaje alegría le iluminó el rostro—. ¿Tiene el resto del microfilm? ¡Extraordinario! Entonces, cuando Peter Field venga a recibir el dinero, se llevará una sorpresa..., ¡una sorpresa sumamente desagradable! ¡Hasta luego!

Cortó la comunicación y se volvió hacia Janice, que había escuchado la conversación, paralizada en su asiento. No comprendía claramente lo que pasaba, pero estaba segura de que algo espantoso, frío y siniestro, se gestaba dentro de los muros de aquella alegre cabaña.

—Lleva a la señora Crawford a su habitación, Otto —dijo Ackermann, alegremente—. Tal vez no tenga que aceptar nuestra hospitalidad durante mucho tiempo, y no quiero dejarle un mal recuerdo.

CAPITULO XVI

Peter escuchó las palabras del mecánico como si hubieran llegado hasta él a través de un muro de algodón. A la desazón producida por la idea de que la esposa de Bill Crawford había pasado a engrosar la lista de víctimas de la organización, pese a ser ajena a todo, sucedió la certeza de que la muerta no era Janice, sino Giselle. Todo coincidía. Una morena, inscrita en el registro de la hostería como «señora de Crawford»... ¡Cielos! ¡Qué estúpido había sido! ¡Qué criminal! Porque era como si él mismo hubiera apretado la blanca garganta de Giselle... Al dejarle el microfilm había contribuido con tanta eficacia a su muerte, como si hubiera pronunciado su sentencia final... Cerrando los ojos echó la cabeza hacia atrás. Las palabras se negaban a cobrar sonido en sus labios, pero repiqueteaban en su cerebro con la fuerza de cañonazos. ¡Giselle, muerta! ¡Giselle, muerta!

—Oiga..., ¿se siente mal? —le preguntó el mecánico con alarmado gesto.

Peter comprendió que su cuerpo temblaba y su frente estaba bañada en sudor.

— No es nada —dijo—. Tengo un poco de fiebre... ¿A quién han detenido por ese crimen?

—Al marido..., o, por lo menos, a un tipo que dice llamarse Crawford... Lo curioso es que hace un ralo lo vi en compañía de otra mujer, una rubia preciosa. Me dijeron que eran recién casados.

— ¿Y esa mujer?

—Ha desaparecido como si se la hubiese tragado la tierra. Hace unos minutos vinieron a interrogarme de la policía... Mire, allí se va

la ambulancia.

Peter siguió con la mirada al largo y blanco vehículo, donde realizaba su último viaje la mujer que había muerto por confiar en él, y un nudo se formó en su garganta. Pero no podía dejarse dominar por el dolor. A los muertos no se les llora… Se les venga. Por lo menos, cuando existen vínculos como los que unieran a Giselle y a él, vínculos más fuertes que el mismo amor. Ante todo, tenía que revisar el equipaje de la muchacha para ver si el microfilm había escapado a la atención del asesino. Después vería… Una duda surgió en su mente… ¿Cómo supieron los miembros de la organización que Giselle tenía la otra mitad de aquello? Durante su entrevista con Ackermann, no cabía duda alguna, lo ignoraban. De lo contrario, no hubiera salido con vida de la cabaña. ¿Habría cometido Giselle alguna indiscreción fatal? Era difícil…

—Voy a comer algo, antes de seguir viaje —dijo al mecánico—. Le dejaré mi auto para que cambie el aceite y revise la presión de los neumáticos.

—Sí, señor.

Bajó y caminó hacia la hostería. Sabía que se arriesgaba, pues su extraordinario parecido con Bill Crawford llamaría la atención: pero especuló con la excitación general. Además, el comedor estaba ubicado en un pabellón lateral. Tal vez, allí no habrían visto a Crawford. Una vez en el interior de edificio, ya se las compondría para introducirse en la habitación que ocupara Giselle. Pero primero tenía que averiguar el número… Esto sería lo más difícil.

Frente a la puerta principal de la hostería había tres policías patrulleros, conversando. Peter se les acercó audazmente.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó con tono ligero.

—Un asesinato en el dormitorio 126 —repuso uno de los policías con acento aburrido—. ¿Usted se aloja aquí?

—No —se apresuró a contestar Peter—. Quiero comer un bocado… Estoy de paso.

—Pues le aconsejo que vaya al salón de *lunch* por la puerta lateral… Esta parte de la hostería permanecerá clausurada hasta que hayan interrogado a tocios sus ocupantes.

—Gracias —Peter arrojó una mirada al interior del local y siguió caminando hacia la cafetería pegada al edificio principal. No podía permitirse el lujo de llamar la atención de los policías. Además, le

convenía buscar un sitio donde poder meditar tranquilamente unos minutos. Se sentía confundido y dominado por una angustia tan intensa que casi no le dejaba pensar.

Entrando, se sentó en un rincón del local y pidió un whisky doble. El alcohol no le ayudaría a olvidar lo ocurrido, pero contribuiría a serenarlo. Además, no deseaba olvidar nada. Al contrario, quería grabárselo en el cerebro con tanta intensidad que le resultara imposible pensar en otra cosa…. Giselle muerta… Asesinada…De un trago vacio la copa de licor y con un gesto pidió otra al mozo.

Si quería hacer algo, tendría que esperar un buen rato, y el whisky era la mejor compañía que podía desear.

* * *

Ya no cabía duda. Aquello era una pesadilla, una pesadilla prolongada y aterradora. Bill Crawford sacudió violentamente la cabeza y nuevamente intentó ponerse en pie, pero el policía que tenía a su lado no se lo permitió.

—No comprendo. —balbució—. La Asociación de Escritures del Pacifico me envió dinero para el viaje y reservó alojamiento en los distintos hoteles donde nos detuvimos mi esposa y yo… Hablen a San Diego, al Luxor Hotel… Pueden pedir informes a…

El teniente y el oficial Maloney se miraron.

—Me parece que este tipo tiene la manía de hacer que se pidan informes… —dijo Maloney significativamente

— ¡Por favor! —comenzó Bill, pero se interrumpió y murmuró para sí mismo—Es inútil… Todo esto es absurdo, pero no querrán creerme.

El teniente se echó el sombrero hacia atrás. Traspiraba.

—Vamos a ver —dijo suavemente—. Conviene recapitular todo nuevamente. Yo no tengo por qué dudar de su palabra, pero reconocerá que las cosas se presentan bastante confusas para usted. ¿Insiste en su declaración de hoy?

Bill hizo un gesto afirmativo.

—Si —dijo—. Le juro que todo lo que le expliqué, es verdad.

— ¿Y sostiene que usted es William Crawford y que la mujer muerta no es su esposa?

— ¡Efectivamente!

El teniente miró a los otros policías, Maloney se encogió de hombros.

—Yo creo que lo más razonable sería llamar al doctor Pierce para que lo revise. Este tipo está tocado...—murmuró.

Bill se sentía totalmente exhausto. Lanzando un suspiro, se secó la traspiración que le empapaba la trente.

—Estoy agotado, teniente —dijo—. ¿No podría suspender un momento el interrogatorio y dejarme descansar? Mientras tanto, sería interesante que se pusiera a buscar a mi esposa... —estaba desesperado, pero ya no tenía fuerzas ni siquiera para indignarse. Sabía que era inútil. El peligro que pocha estar corriendo Janice le mantenía alterado, pero había comprendido que nada ganaría gritando y protestando.

El teniente frunció el ceño un instante. Luego se volvió hacia uno de los agentes de civil.

—Quédese vigilándolo, Dixon —ordenó—. Ya le hemos dedicado bastante tiempo... Más tarde volveremos a hablar con él. Ahora conviene que interroguemos a los demás ocupantes del edificio.

Bill vio como el teniente, Maloney y los demás policías abandonaban la oficina, dejándole con Dixon, un hombre alto y grueso, de rostro colorado y frente bañada de transpiración. El policía no había abierto la boca durante el interrogatorio y parecía profundamente aburrido.

El escritor se echó hacia atrás en su silla y cerró los ojos. Le dolía la cabeza y no podía ordenar sus pensamientos. En realidad, una sola idea giraba en su cerebro, como si hubiera estado dentro de un laberinto sin salida. Janice corría peligro... y la policía no parecía dispuesta a prestarle crédito... Abrió los ojos, Dixon se había acercado a la ventana y miraba hacia el exterior.

— ¿Tiene un cigarrillo? —preguntó Bill.

El policía se volvió indolentemente, llevando la mano al bolsillo, y le ofreció una caja arrugada. Bill se incorporó, haciendo ademán de servirse; pero en lugar de tomar el cigarrillo que sobresalía, aferró la mano del desprevenido Dixon y tiró hacia él con todas sus fuerzas, dejándose caer hacia atrás. El policía, tomado por sorpresa, trastabilló; Bill no le dio tiempo de reaccionar. Con el dorso de la mano derecha le asestó un fuerte golpe en el costado del cuello y

antes de que terminara de caer, repitió la dosis. Se trataba de un golpe de yudo aprendido en el Ejército y que, para su profunda sorpresa, aún recordaba.

El policía quedó tendido convertido en una masa informe de carne y ropas. Bill se inclinó sobre él, algo atemorizado, pero pronto verifico que no le había hecho realmente daño. Más tranquilo, se apropió de la pistola de reglamento y guardándola, se acercó a la puerta, para escuchar. En el corredor se oían voces. Por aquel sitio no podía salir. Con cierta ansiedad apenas contenida, miró en derredor. ¡La ventana! No le quedaba otra vía de escape. ¿Y si al otro lado había alguien? Vaciló un instante, pero se resolvió encogiéndose de hombros. Tendría que arriesgarse.

Cautelosamente, abrió la ventana y miró al exterior. La oficina daba a la parte posterior de la hostería. Con un suspiro advirtió que no había nadie. Ante la posibilidad de escapar y ponerse a buscar a su esposa sin más pérdida de tiempo, todo su cansancio pareció esfumarse. Por fortuna, la ventana estaba a nivel del suelo. Sin ninguna dificultad pasó una pierna sobre el alféizar y balanceándose un instante, se dejó deslizar.

Al mismo tiempo oyó sonidos de pasos. Con cierta desesperación miró en derredor, buscando un sitio donde ocultarse, A cinco o seis metros de distancia del edificio había una pequeña casilla de madera evidentemente en desuso. De dos saltos corrió a buscar refugio allí; lo hizo justo a tiempo. Caminando pegados a la hostería aparecieron dos hombres. Uno de ellos parecía muy excitado, pero el otro estaba más tranquilo.

—Ya ves... ¡Una vez más que se nos han adelantado!

—decía el primero.

Bill creyó reconocer la voz y con mucho cuidado asomó el rostro y miró. Una sensación extraña le recorrió la columna vertebral. El que acababa de hablar era nada menos que Timothy..., el *barman* del Hotel Luxor.

Confundido, el escritor trató de identificar al otro hombre, pero no pudo, pues estaba casi de espaldas a él. Un movimiento de Timothy le forzó a ocultarse nuevamente para no ser descubierto. Con el corazón latiéndole desesperadamente, se pegó a la pared de la casilla. ¿Qué significaba la presencia de ese hombre allí? Todo parecía concluir en una misma dirección, como si se tratara de una

obra de teatro planeada y ejecutada por una fuerza superior, que moviera los personajes sin misericordia alguna. Y él era uno de los peones en la trama… Pero, ¿por qué…? ¿Qué quería decir la negativa de la Asociación de Escritores del Pacífico? Si la invitación aquella había sido falsa, ¿a qué se debía? ¿Quién la había formulado? Ahora aparecía en escena un nuevo personaje. ¿Qué papel jugaba?

—De cualquier manera, Field no puede estar lejos de aquí —era el segundo hombre que hablaba, en voz tan baja, que apenas era posible comprender sus palabras.

— ¿No vamos a intentar ver el equipaje de Giselle Duprés?

— ¿Cómo? La policía lo vigila todo…

—Podríamos darnos a conocer…

—No conviene. Vamos a hablar con el encargado de la estación de servicio… Tal vez nos diga algo más.

Los dos hombres se alejaron, dando un rodeo para evitar la parte anterior de la hostería, Y entonces, Bill alcanzó a ver al segundo.

Era el falso inspector Hawkins.

CAPITULO XVII

Peter bebió su tercer whisky, pagó y se levantó. Sin demostrar prisa alguna, camine hasta el baño y lo estudio. No tenía comunicaciones con el resto del edilicio; tendría que buscar otra vía de entrada.

Tras peinarse, nuevamente volvió al bar, tomó su sombrero y salió. Los policías continuaban montando guardia en la puerta principal de la hostería, Sin embargo, nadie prestaba atención a lo que ocurría en torno al lugar. Peter encendió un cigarrillo y comenzó a caminar hacia la parte posterior del Traveler's Rest, con todo el aire de quien desea estirar las piernas. Nadie lo detuvo.

Así llegó hasta la parte posterior del edificio. Su cuerpo vibraba de excitación apenas contenida. Si encontraba una ventana abierta, se filtraría al interior. Era algo que había hecho tantas veces durante los últimos años, que no representaba nada nuevo para él.

Un silencio anormal reinaba sobre aquel lugar. De tanto en tanto llegaba el sonido de algún automóvil cruzando la carretera para perderse a lo lejos, pero parecía ser cosa de otro mundo, separado de éste por algún velo aterciopelado y transparente, pero real.

Peter se pegó a la pared de ladrillo rústico de la hostería y avanzó hasta la primera ventana. La persiana corrediza estaba cerrada y por temor a llamar la atención se atrevió a intentar abrirla. Camino cinco metros más hacía otra; esta vez la encontró abierta. Cautelosamente, miró al interior. Se trataba de un escritorio. Probablemente la gerencia de la hostería. Estaba ya por saltar adentro, cuando su vista tropezó con algo que sobresalía por debajo de la mesa de escritorio. Los pelillos de la nuca se le erizaron

y una gran arruga se dibujó en su frente. Porque aquello era un pie humano… La pierna desaparecía tras el mueble.

— ¡Field! —la voz resonó a sus espaldas, poco más que un susurro.

El corazón pareció darle un vuelco al oírla y, lentamente, la mano derecha acariciando la culata de la pistola, se volvió. Desde una pequeña casilla de madera a la que no había prestado atención, un hombre lo llamaba.

— ¡Demonios…! —murmuró Peter, soltando el arma. Se trataba de su sosías, Bill Crawford.

Bill hizo un gesto lleno de urgencia y Peter se le acerco.

— ¿Qué hace usted aquí? —le preguntó—. Creía que estaba detenido…

—Escapé. Usted estaba a punto de entrar en la oficina donde me dejaron preso… —el rostro de Bill estaba surcado por profundas arrugas y su frente perlada en sudor. Peter sintió lástima de él.

— ¿Qué sabe del crimen? —le preguntó.

—Mataron a una morocha que hoy por la mañana me confundió con usted en San Diego —el escritor lo miró con aire de sospecha—. Creen que estoy complicado en el asesinato… Mi mujer ha desaparecido. ¡Usted tendrá que darme unas cuantas explicaciones, Field!

En su voz había cierta nota de rencor. Peter comprendió los motivos y se encogió de hombros.

—Después hablaremos —repuso—. Pero ahora quiero entrar en el hotel. Necesito revisar el equipaje de Giselle.

— ¿Giselle era la muchacha asesinada?

—Si.

Bill lo observó más tranquilo.

— ¿Usted la conocía?

Peter hizo un gesto afirmativo. Un enorme peso parecía haber caído sobre su espalda. El hablar de Giselle en tiempo pasado le resultaba terriblemente penoso, absurdo.

—Sí —volvió a decir.

— ¿Tiene idea de quién puede haber sido el asesino?

—No puedo seguir hablando, Crawford. Cada minuto que perdernos es importante. Después le explicaré.

Peter hizo ademán de volver hacia la hostería, pero Bill lo tomó

con tuerza del brazo.

— ¿Quiere toparse con la policía? —le preguntó—. Tal vez usted pueda dar alguna clave... ¿O no tiene interés en hablar con las autoridades?

— ¿Qué quiere decir? — inquirió en voz baja Peter.

Bill lo soltó. En sus ojos se dibujaba una expresión dura.

—Mire, Field... Mi esposa ha desaparecido y las cosas se plantean en tal forma que parecería que yo tengo algo que ver con la muerte de esa muchacha. . Todo se debe a nuestro parecido. Alguien me ha tomado por tonto haciéndome venir a esta región con una falsa invitación. Y me parece que las cosas llegaron demasiado lejos.

Peter frunció el ceño.

— ¿Y entonces...? —preguntó.

Bill hizo un movimiento y en su diestra apareció una oscura pistola policial.

—Usted me aclarará todo. De lo contrario, iremos a conversar con la policía, que sentirá sumo interés en hablar con alguien que conoció a la mujer asesinada.

— ¿Por qué hace eso, Crawford?

—Mi esposa ha sido secuestrada... ¡Tengo que salvarla!

— ¿Y piensa que yo tengo algo que ver con el secuestro?

—Con el secuestro y con el asesinato, Field. Alguien ha explotado mi parecido físico con usted y las cosas han ido demasiado lejos...

Peter hizo un gesto con las manos.

—Tengo la certeza de que si la policía se apodera de mí y me relaciona con la muerte de Giselle, usted no volverá a ver con vida a su esposa, Crawford... —dijo lentamente.

Bill vaciló.

— ¿Por qué dice eso? —balbució, temblando a pesar suyo—. ¿Dónde está mi mujer? ¿Quién la ha secuestrado?

—Probablemente, los asesinos de Giselle.

Bill bajó el arma desorientado.

—No sé qué pensar —murmuró—. ¿Quién era Giselle? ¿Por qué la mataron?

Una expresión triste se dibujó en el rostro de Peter Field.

—La asesinaron por mi culpa, Crawford —repuso en voz baja—.

Voy a vengarla...

Bill enarcó el ceño.

— ¿Significaba mucho para usted?

Peter asintió en silencio. Luego tomó al escritor del brazo.

—Me parece que va es inútil que intente entrar en la hostería —dijo—. Guarde esa pistola y vámonos.

— ¿Adónde?

—Usted quiere rescatar a su esposa. Yo necesito vengarme. Creo que nuestro camino es el mismo.

Bill hizo un gesto significativo. señalando hacia la hostería.

—Para salir de ahí, tuve que golpear a un policía... —dijo—. Cuando recupere el conocimiento dará la alarma y me buscarán por todas partes... Y si lo ven a usted, lo tomarán por mí y lo detendrán.

—De acuerdo.

Peter le volvió la espalda y se dirigió al garaje; Bill permaneció un momento inmóvil, pensativo. Ya no confiaba plenamente en aquel hombre, pero no tenía otra posibilidad de rescatar a Janice. Con un gesto de impotencia, dio un gran rodeo para evitar un posible encuentro con la policía y corrió hacia la carretera.

Desde una de las ventanas de la hostería, el teniente y el oficial Maloney lo observaron silenciosamente. Luego, el teniente sacudió la cabeza.

—Sígalo con todo cuidado Puede que nos lleve hasta el asesino de esa muchacha —dijo. ¡Ah! Avísele a Dixon que ya puede levantarse. No es necesario que siga fingiendo.

Maloney asintió y salió sin hacer ruido.

— ¡Qué oficio más asqueroso! —murmuró, masticando las palabras—. Hubiera tenido que quedarme de granjero con mi padre… Trabajaría menos.

—Es curioso cómo la gente quiere saber lo que pasa cuando se comete un asesinato —comento el mecánico pecoso, hablando con el encargado de los surtidores de la estación de servicio. .

—Forma parte de la sicología colectiva, Jim...

— ¿De qué?

—La sicología. Lo leí en «Selecciones». Mira, aquí vienen otros dos tipos. Seguramente son de la policía.

Timothy y su compañero llegaron a la estación de servicio.

—Buenas tardes... —saludó el segundo.

—Buenas... —el mecánico lo miró sin interés—. Son policías, ¿verdad?

—Sí —contestó el hombre rápidamente—. Necesitamos hacerles algunas preguntas que tal vez sirvan para aclarar este asunto.

El encargado se encogió de hombres.

—Ya dijimos todo lo que sabemos, que es bastante poco —repuso—. ¿Qué quieren saber?

El hombre hizo un gesto vago.

— ¿Advirtieron algo anormal en el curso del día? ¿Algún tipo sospechoso pasó por aquí?

El encargado señaló al mecánico.

—Jim acompañó al tipo que ustedes arrestaron hasta el bosque a buscar un convertible que había chocado. No sé si tendrá algo que ver con el asumo... Yo no alcancé a verlo.

Timothy y su compañero se miraron.

—Debe ser el auto de Crawford... —dijo el segundo—.

¿Podemos verlo?

El mecánico asintió con la cabeza y los guió hasta el taller, donde el convertible aguardaba ser reparado.

—Aquí está... —dijo.

—Gracias Mira, Tim... No cabe duda. Deben de haber tenido un accidente.

Los dos hombres saludaron al mecánico y salieron. De pasada, el encargado de la estación se les acercó.

— ¿Qué...? —quiso saber—. ¿Consiguieron arrancarle algo?

— ¿A quién?

—Al tipo que mató a la morena... Dice Jim que vino aquí con una rubia... Hay hombres con suerte, ¿eh?

—Todavía no sabemos si es culpable. Bueno, muchas gracias por su cooperación. Hasta luego.

—Ya saben que quedo a sus órdenes. Y si les he servido de algo, recuerden mi nombre para decírselo a los periodistas. Me llamo Antón Kurtz.

— De acuerdo, Kurtz. Vamos, Tim...

Se alejaron algunos pasos, pero no se dirigieron hacia la hostería. Timothy tomó del brazo a su compañero.

— ¿No sería conveniente que identificáramos a Crawford, para evitarle este mal rato? —le preguntó—. Después de todo, el pobre

tipo debe de estar maldiciendo el día en que nació.

— ¡No! Mientras esté preso, estará seguro. Déjalo, que nadie ha muerto por quedarse un par de días a la sombra

Timothy sonrió, haciendo un gesto.

—Tú eres el jefe… —dijo—. Pero, cuando lo suelten, no quisiera estar cerca de él… ¡Va a estar hecho una fiera!

—Me lo imagino… Vamos, estamos perdiendo mucho tiempo.

—Vamos…

CAPITULO XVIII

El coche se detuvo en un recodo del camino. Peter Field paró el motor *y* prestó atención. Bill, a su lado, lo miró,

— ¿Qué ocurre?

— ¡Schissst…! —Peter hizo un gesto para forzarlo a guardar silencio. Una expresión sombría se dibujó en su rostro—. Nos siguen. Hemos salido de la carretera principal hace un buen rato y es difícil que otro auto recorra este atajo.

— ¿Quién podrá ser? —inquirió en voz baja el escritor, los ojos brillantes ante la perspectiva de entrar en acción.

—Temo que la policía no sea tan tonta como usted creé, Crawford. Posiblemente nos están siguiendo desde que salimos del Traveler's Rest.

Bill se sintió perplejo. No había pensado en la posibilidad de una intervención policial.

— ¿Qué hacemos?

—Tenemos que despistarlos. De todas formas, hasta la noche no podremos intentar el rescate de su esposa.

¡Hasta la noche! Bill apretó los labios con fuerza. Field tenía razón, pero le resultaba terrible verse obligado a esperar esas horas.

Peter volvió a poner en marcha el coche. El sonido del motor del otro auto ya era perfectamente audible. Si seguían adelante serían alcanzados rápidamente, pues no podían arriesgarse a llegar a la cabaña de Ackermann durante el día. A ambos lados del camino había gruesos pinos, pero de tanto en tanto se abrían senderos apenas trazados y demasiado estrechos para ser utilizados corrientemente, Peter no vaciló. Calculando con un golpe de vista el

espacio necesario, aminoro la velocidad y viró, sumergiéndose en el primer sendero a su derecha. Las ramas bajas de los pinos rozaron el techo y los costados del coche, volviendo a tenderse a su paso corno una verdadera cortina. Así recorrieron doscientos metros, trazando un verdadero zigzag y desapareciendo entre la maraña. Entonces Peter cerró el contacto y el auto se detuvo.

— Bajemos —dijo— Quiero ver quién nos sigue.

Bill asintió sin hablar, y silenciosamente volvieron atrás. Llegaron al camino en el momento en que un convertible pasado de moda cruzo frente al sendero y siguió de largo. Pese a la velocidad del coche, Bill reconoció al hombre que lo manejaba. Era el oficial Maloney.

—Es uno de los policías que me interrogaron —comentó en voz baja—. Seguramente nos vieron cuando subí a su auto.

—O lo dejaron escapar para seguirlo —le corrigió Peter—. Es una treta que a veces da resultados. Volvamos al coche.

Así lo hicieron. Peter miró hacia el sol, entrecerrando tos ojos.

—Me hubiera gustado que el día fuera menos hermoso —murmuró—. Esta noche habrá luna.

— ¿Y qué tiene eso de malo?

Peter sacó una cigarrera de platino y ofreció un cigarrillo al escritor, tomando otro.

—Usted estuvo en la guerra, ¿verdad?

—Sí, pero no comprendo...

—Muy sencillo. Cuando había luna llena resultaba más peligroso atacar las posiciones enemigas, ¿no es asi?

—Es cierto... —Bill frunció el ceño mientras aspiraba el humo de su cigarrillo—. Dígame, Field... ¿Quien esta vez el enemigo?

Peter frunció el ceño y luego se encogió de hombros.

—Tiene razón. Ya no hay motivos para mantener un secreto absurdo. Usted, está envuelto en esto como si hubiera sido de la partida desde el principio. Le explicaré, tal vez sea mejor así. Por lo menos, pudra saber a qué atenerse y comprenderá la clase de gente que vamos a combatir...

Bill lo observo en silencio, estudiando aquel rostro tan parecido al suyo y, sin embargo, tan distinto, con líneas pronunciadas en las comisuras de los labios y bajo los parparlos. Era el rostro de un hombre de acción, con la mirada dura del cazador de fieras.

— ¿Qué piensa que soy yo? —la pregunta le llegó clara y neta.

—El escritor se encogió de hombros.

—No se...Un investigador privado... Un contrabandista... un gánster... — hizo un gesto con las manos—. No sabría definirlo.

Peter Field volvió a lanzar los ojos al cielo como si estuviera mirando algo muy distante.

—Ha pasado mucho tiempo, que a veces me que siempre lleve esta vida —murmuro—. Y sin embargo, comenzó de manera bastante sorpresiva para mí. Cuando estallo la guerra era estudiante de histona... hablaba ocho idiomas actuales y cuatro lenguas muertas. Supongo que esa facilidad decidió un destino.

—No alcanzo a comprender...

—YA vera... Me aliste en la Infantería de Marina y comencé a realizar el entrenamiento habitual, hasta que cierto día me llego una citación del comando... —sonrió como si se burlara de sí mismo y aplasto el cigarrillo bajo el taco—. Todavía recuerdo que emoción me produjo. Cuando uno es muy joven siempre da excesiva importancia a ciertas cosas que no la tienen.

Bill asintió sin interrumpirlo. Pese a su preocupación por Janice, se sentía profundamente interesado ante la revelación que estaba por producirse.

—Me cuesta cierto trabajo contarle todo esto... Me acostumbre tanto a guardar silencio sobre mi vida, que me parece como si estuviera cometiendo un delito o un sacrilegio... —una larga arruga le surcaba la trente. Llevando la mano al bolsillo interior de la chaqueta, sacó una pitillera de platino, la abrió y. quitando los cigarrillos, le mostro a Bill—. ¿Ha visto algo parecido a esto?

El escritor observó el interior del objeto, cuyo fondo se deslizaba dejando al descubierto una diminuta plaqueta de oro y repentinamente comprendió.

CAPITULO XIX

Otto condujo a .ionice hasta un dormitorio situado en el extremo oeste del pabellón de caza. Se trataba de una habitación pequeña, amueblada con sencillez y buen gusto. El criado se detuvo en la puerta,

— ¿Necesita algo, señora? —preguntó humildemente.

La muchacha hizo un gesto negativo. El terror del primer momento había cedido paso a una angustia inmensa, que formaba un verdadero nudo en su garganta. Si al ser secuestrada violentamente por los pistoleros en la misma puerta de la hostería había temido por su vida, ahora se preguntaba qué sería de Bill. Las palabras excesivamente suaves de Ackermann no le habían tranquilizado en lo más mínimo. Intuitivamente adivinaba que aquel hombre era más peligroso que los cinco forajidos juntos. Además, lo que había alcanzado a comprender de la conversación telefónica sostenida por aquel gigante en su presencia, parecía cobrar un siniestro significado cuanto más lo pensaba.

« ¿Si? ¿Tuvo que matarla? — ¿Quién era el interlocutor? ¿Algún cómplice? ¿A quién había tenido que matar? Sin duda, una mujer... —. ¿Cómo? ¿Tiene el resto del microfilm? Cuando Peter Field venga a buscar el dinero, se llevará una sorpresa sumamente desagradable.»

Si le hubiera quedado alguna duda sobre la participación de Field en aquel asumo, la última afirmación del gigante la habría convencido. Y por lo visto, no se trataba de amigos del misterioso sosías de Bill...

Otto salió del dormitorio, cerrando la puerta silenciosamente.

Janice, sumida en sus pensamientos, se dejó caer sentada sobre la cama. Pero al alzar la vista, vio la ventana, protegida por cortinas de alegres colores. Una idea absurda la forzó a levantarse y correr hacia allí. Tal vez conseguiría huir de esa casa. Era difícil, pero sí lograba salir... Un suspiro de desaliento escapó de sus labios cuando corrió la cortina y miró hacia afuera. En el jardín, trente a la ventana, se paseaba un hombre de elevada estatura y rostro duro Vestía mameluco de jardinero, pero su porte era el de un centinela.

Evidentemente, Ackermann era un hombre cuidadoso.

Con una expresión consternada, Janice se aparto y cerró la cortina. ¿Qué podía hacer? La respuesta, desoladora, pero real, se la dio ella misma: nada. No podía hacer nada, excepto esperar.

* * *

Ackermann esperó a que los cinco pistoleros se sentaran. Otto, de pie cerca del escritorio, aguardaba sus órdenes.

—Sírvenos algo de beber... ¡Ah! Te felicito... Has Trabajado bien con la herida de Clay. Ya tiene otra cara.

—Gracias, señor. ¿Sirvo whisky?

—Sí.

La bebida circuló y durante algunos minutos reinó en profundo silencio. Luego, Ackermann dijo:

—Los planes que nos trazamos deben ser alterados... ahora tenemos la sartén por el mango —sus dedos largos y fuertes palparon el pequeño sobre donde guardaba el microfilm, mientras una sonrisa fría se dibujaba sobre sus delgados labios—, Peter Field lo ignora y seguramente vendrá en busca de los dos millones de dólares a cambio de algo que ya no tiene en su poder.

— ¿Qué pasó, jefe? —preguntó Moe, dejando su copa vacía sobre una baja mesita—. ¿Tiene el resto del microfilm?

Ackermann hizo un gesto afirmativo.

—Pronto estará en mis manos. Así que podemos ir preparando una calurosa recepción para brindarle a nuestro amigo Field

— ¿Vendrá solo, jefe?

Ackermann asintió.

—Peter Field es como el lobo estepario... Caza sin acompañantes. Pero nosotros no podemos permitirnos el lujo de

darle la oportunidad de que salga con vida de aquí. Vendrá mañana a primera hora de la tarde, Es conveniente planificarlo todo cuidadosamente.

Larry se encogió de hombros y lanzó una risotada

—Somos seis contra uno… Me parece que Field necesitarla tener algo más que buena suerte para salvarse,

Ackermann lo miró fríamente y sus ojos claros relampaguearon. Por una fracción de segundo el odio que experimentaba hacia Peter se transparentó en su expresión, pero al instante volvió a ser tan imperturbable como una máscara.

—Contando a Otto y a Hans, somos ocho —corrigió— Pero Peter Field sigue siendo demasiado peligroso para subestimarle.

— ¿Y qué hacemos con la muchacha que trajimos hoy jefe? —inquirió Moe, esbozando una sonrisa desagradable—. Me gustaría poderle hacer compañía un rato…

—Nada de eso —lo interrumpió secamente Ackermann. Es un rehén valioso, por si acaso nuestros planes fallan. Yo sé que Field no dejará a una mujer en peligro, sobre todo si ese hombre, Crawford está en combinación con él.

— ¿Y cuando hayamos liquidado a Peter Field?

Ackermann miró hacia el techo y se encogió de hombros.

—Es una lástima —murmuró—, pero sabe demasiado para conservarse sana… Ustedes ya conocen mi lema.

Otto, que permanecía de pie a su lado, se incliné respetuosamente.

—Si me permite, creo recordarlo, señor… «Los muertos no hablan», ¿verdad?

— Exactamente. Otto. Los muertos no hablan.

Larry lanzó una risita, pero los demás lo miraron de tal forma, que pareció atragantarse y calló Un pesado silencio flotó entonces en el interior del estudio, semejante al que reina en un tribunal donde se ha dictado una sentencia inapelable. Una sentencia de muerte.

CAPITULO XX

—«W. 42» —leyó Bill en alta voz—. «S. S.».

Levantando la vista, miro a Peter, que lo observaba.

— ¡Servicio Secreto! —murmuró—. ¡Usted es agente secreto!

—Era —lo corrigió Peter, suavemente—. Lo fui durante la guerra y continué luego trabajando en el Servicio, porque me acostumbré demasiado a la acción y la aventura. ¡Es como una droga, que se apodera de todo y no lo deja libre nunca más!

Bill asintió. El asunto comenzaba a cobrar forma en su mente.

— ¿Y Giselle?

—La conocí en Francia —repuso— Era la única persona en el mundo en quien confiaba… Al terminar este asunto pensábamos casarnos. En realidad, lo hice por ella…

Se interrumpió, pero Bill no le formuló ninguna pregunta: prefirió seguir escuchándolo, esperando que se resolviera a continuar. Peter se llevó un cigarrillo a los labios y lo encendió. Sus ojos brillaban intensamente.

— ¡Y ahora la mataron, Crawford! ¡Malditos sean, la mataron! —exclamó—. Pero la culpa es mía, como si yo mismo hubiera sido el asesino… ¡Cuando le confié se microfilm, la condené!

— ¿Microfilm? —repitió Bill.

Peter Field lo miró y asintió.

—Todo partió de eso. Le dije que era agente secreto. Ahora soy un renegado. ¿Sabe por qué? Porque pensé que era muy inteligente y podía ganar una fortuna corriendo el mismo riesgo de siempre… Fracasé… —Peter parecía hablar consigo mismo, como si estuviera solo—. Cuando me encomendaron la misión de desenmascarar al

jefe de la organización, creí que sería muy sencillo descubrirlo y sacarle dinero —lanzó una carcajada—. ¡Mucho dinero! ¡Dos millones de dólares!

— ¿Qué organización? —Inquirió Bill—. No alcanzo a comprender.

Peter se serenó.

—Desvariaba —le dijo—. Se trataba de investigar el contrabando de dólares falsos que se realiza a través de toda América y varios países de Europa. Se trata de un verdadero problema internacional. La organización de falsificadores es poderosa, pero si se conseguía descubrir al jefe, lo demás era cuestión de tiempo… Trabajé intensamente, en colaboración con la Interpol y el F.B.I. hasta que cierto caso en que había tomado parte durante la guerra me abrió los ojos… ¿Recuerda usted la falsificación de billetes extranjeros que habían realizado los nazis a fines del conflicto?

Bill asintió con la cabeza.

—Sí —dijo—. Utilicé el tema para un folletín radial que escribí hace tiempo.

—Se trataba de billetes tan perfectos, que algunos países tuvieron que actualizar su papel moneda para evitar que los propios bancos nacionales se vieran engañados. Pues bien, el cabecilla de la organización es uno de esos artistas de la falsificación que trabajaban para los nazis. No voy a contarle cómo entré en contacto con él, pero pude hacerlo y hasta ingresé en la banda…

— ¿Y el microfilm?

—Contiene la nómina de miembros de la organización en todo el mundo… Además, reuní pruebas de los crímenes cometidos por ellos. Bastarían para colgarlos a casi todos, empezando por Ackermann, que es el jefe, y terminando por el último peón. No son solamente monederos falsos. Son asesinos, muchos de ellos con juicio como criminales de guerra pendientes.

Peter volvió a interrumpirse; Bill esperó que continuara, pero cuando el silencio se prolongó demasiado.

— ¿Qué más? —le preguntó.

—Cuando tuve todo listo y fotografiado, en lugar de entregarlo a mis superiores y ayudar a capturar a esos bandidos, desaparecí, haciendo avisar a uno de los agentes de Ackermann que tenía esa

evidencia contra él, en mi poder. Lo demás es sencillo. Tanto la organización como el Servicio Secreto se lanzaron tras de mí, pero ninguno de los dos grupos se atrevió a matarme hasta tener en sus manos el microfilm con las pruebas.

— ¿Y lo tiene usted?

—Lo tenía... Cometí el error de entregar la mitad a Giselle, dejando el resto en manos de Ackermann, para demostrarle que no le mentía —lanzó un suspiro—. Ahora, Giselle está muerta y, probablemente, la organización tenga todo el microfilm. Pero ya no interesa. Voy a matar a Ackermann y todos sus secuaces, uno por uno...

Hizo esta última afirmación con la ferocidad sencilla del tigre en acecho, no como una amenaza, sino como un hecho fatal e ineludible.

Durante un par de minutos se hizo el silencio en torno a los dos hombres. El sol avanzaba lentamente hacia el cénit y las sombras de los altos pinos se hacían más alargadas y fantasmagóricas.

—Lo que no alcanzo a comprender es mi intervención en este asunto —dijo por fin Bill—. Yo nada tengo que ver y, sin embargo, parece que hubiera calculado todo para mezclarme contra mi voluntad...

—Usted se parece demasiado a mí para su propia seguridad —observó Peter.

Bill recordó algo y buscó en su chaqueta el sobre con las fotos que el falso inspector Hawkins olvidara sobre la mesa del bar del Hotel Luxor.

—Eso mismo me dijo un hombre que simuló ser inspector de policía para hacerme marchar de San Diego —afirmó—. Me dejó estas fotos suyas.

Peter las miró y su ceño se arrugó.

—Son ampliaciones de las que hay en el archivo del Servicio —murmuro—. No comprendo... —se interrumpió y sus ojos se iluminaron—. ¡Claro! Todo encaja perfectamente...

— ¿Qué?

—Merrill, uno de mis superiores en el Servicio, me dijo que habían adoptado todas las medidas destinadas a protegerme para evitar que el microfilm con las pruebas contra la organización se les escapara. Seguramente, alguno de los agentes tuvieron oportunidad

de verlo a usted, y comprendiendo que se trataba de un sosías perfecto, prepararon su viaje a la costa del Pacifico para despistar a los falsificadores.

— ¿Y por qué me advirtieron que corría peligro?

—Precisamente para que saliera a toda velocidad de San Diego... ¡Así los sabuesos puestos por la organización para vigilarme, se echarían sobre usted! Es un plan perfecto...

Bill se sintió estupefacto. Todo se explicaba así fácilmente. Pero no podía creerlo. Era demasiado fantástico.

— ¡Pero es increíble! —exclamó—. ¿Sugiere usted que las autoridades del Servicio Secreto son capaces de poner en peligro la vida de un inocente ciudadano para llevar adelante un plan así? ¡Imposible!

Peter se encogió de hombres.

—Estoy seguro que si conociera las cosas como yo, no le resudaría tan difícil de creer —repuse—. Para pertenecer al S. S. es necesaria desprenderse de toda consideración humana. Lo único que interesa es cumplir...

—Sin embargo, cuando Janice y yo nos accidentamos, usted nos ayudó, Field... ¿Por qué no nos dejó abandonados a nuestra suerte y siguió su viaje?

—Usted olvida que yo soy un ex agente secreto —sonrió Peter—. Y nunca fui de los mejores. Merrill siempre decía que concedía demasiada importancia a mis semejantes.

—Comprendo —Bill miró en derredor, como si recién entonces descubriera que anochecía—. ¿A qué hora seguimos viaje?

—Pronto... No nos conviene esperar que se haga demasiado tarde.

— ¿Por qué?

—Ackermann es un hombre excesivamente cauteloso. Por eso ha podido sobrevivir hasta ahora. Pero no imaginará que apenas puesto el sol alguien lo irá a atacar... Lo lógico sería aguardar hasta después de medianoche, cuando todos duermen.

—Tiene razón.

—Subamos al auto... —Peter hizo ademán de entrar en el coche, pero se detuvo con la mano en la portezuela—. ¿Qué tal tira usted?

—Regular... Puedo defenderme.

—Perfectamente. ¡Arriba, entonces!

Los últimos rayos de sol se filtraban desde el horizonte a través de los troncos de los árboles, tiñéndolos de rojo como si hubieran reflejado un monstruoso incendio lejano.

CAPITULO XXI

La noche era hermosa, clara, transparente, con un cielo azul tachonado de estrellas que brillaban con el resplandor que tan sólo en el mar o la alta montaña pueden alcanzar, hubiera resultado ideal para los amantes de la Naturaleza. Una brisa tibia y perfumada con aroma a pino soplaba desde el bosque hacia la costa.

Pero Peter Field y Bill Crawford no estaban de humor para mirar estrellas; sumidos en sus pensamientos, no hablaban. El escritor se sentía acongojado al imaginar los temores por los que pasaría Janice, en el supuesto caso de que viviera aun. En cuanto a Peter, sabía que iba en busca de su destino y presentimientos nada agradables lo asaltaban sin tregua.

El coche corría a regular velocidad por el camino de tierra, iluminando con el resplandor patente de los faros delanteros.

—No debe faltar mucho —murmuró por fin Peter, aminorando la marcha y apagando las luces.

Su acento era opaco. Probablemente ésa iba a ser su última noche sobre la tierra. Sabía que estaban a punto de intentar algo desesperado, pero la idea de la muerte ya no podía atemorizarlo. Simplemente, deseaba cumplir con su misión antes de terminar. Y si era posible, salvar a Janice Crawford.

—Allá está... —exclamó de pronto Bill, señalando hacia la izquierda—. Esa es la casa, ¿verdad?

Peter miró y asintió con la cabeza. Luego, recordando que su compañero no podía verlo, dijo:

—Sí, esa es...

El pabellón de caza, rodeado de cuidados rosales, se destacaba

en el espacio libre de árboles. En cuatro de sus ventanas había luces.

—Vamos a sorprenderles mientras comen... —susurró Peter, deteniendo el auto—Mire, parece que Ackermann tiene visitas. Hay un auto en la puerta.

— ¡Vamos! —exclamó Bill, nerviosamente, bajando del coche.

Peter lo siguió, tomándole del brazo.

—Espere un momento... No podemos ir así, sin prepararnos. La casa debe estar vigilada —dijo.

— ¿Entonces...?

—Usted de un rodeo y vaya por la parte posterior

Yo seguiré por el costado que mira al sur y tratare de introducirme por una ventana. Conviene que usted busque a su esposa mientras yo me dedico a Ackermann. Pase lo que pase, dentro de diez minutos nos encontraremos en el auto. Si consigue rescatar a su mujer y yo no estoy aquí, suba al coche y huya a toda velocidad en busca de la policía. Explique lo que le he contado y pida que lo pongan en contacto con Merrill, del Servicio Secreto. ¿Comprendido?

—Si... —Bill vaciló un instante—. Pero me parece desagradable la idea de abandonarle aquí...

—Todavía no llegó usted de regreso antes que yo... Además, mi suerte está echada. No se preocupe y haga lo que le dije.

—Perfectamente —Bill vaciló un instante y luego extendió su diestra, que se la estrechó en silencio—. Buega suerte...

—Gracias..., igualmente. Si sale de esto con vida, escriba algo al respecto...

Sin decir una palabra más, los dos hombres se separaron.

Bill, comenzó a dar un gran rodeo, agazapándose para tratar de pasar inadvertido. En la diestra llevaba a pistola que arrebatara al policía horas antes y estaba resuelto a utilizarla. Con cierta ansiedad, mezclada con una intensa excitación nerviosa, aguzó tanto sus sentidos, que casi presintió la presencia de un guardia antes de verlo. Se trataba de un hombre alto y corpulento, pero no parecía vigilar la casa para prevenir la entrada de algún intruso, sino cuidar una de las ventanas. El escritor se agazapó un instante tras un macizo de rosas y, sin pensarlo casi, saltó sobre el individuo, alzando la pistola. Un solo golpe fue suficiente; el arma cayó sobre

la cabeza del hombre, que se desplomó pesadamente.

Bill lo revisó, quitándole un revólver de grueso calibre, que guardó en su bolsillo, y luego corrió hacia la casa, pegándose a la pared apenas llegó. Allí permaneció un par de minutos, tratando de serenar su respiración, y luego tanteó la ventana. Estaba entreabierta. Cuidadosamente, tratando de no hacer ruido, empuja la hoja libre y luego pasó una pierna para entrar. En la habitación había una luz tenue, disimulada por la pesada cortina. Bill apartó la tela y asomó la cabeza, inclinando su cuerpo hacia adelante. Casi al mismo tiempo algo pareció estallar contra su nuca y oyó un crujido, seguido de una exclamación ahogada, que no alcanzó a distinguir, pues la oscuridad pareció engullirlo y perdió el conocimiento.

* * *

Peter corrió en zigzag, confiando ciegamente en la suerte. En aquel momento, cualquiera que se asomara a una de las ventanas del frente del pabellón de caza, lo descubriría; matarlo en semejantes condiciones sería como cazar conejos a la luz de un reflector.

Pero nadie lo descubrió y consiguió llegar hasta la pared delantera. A ambos lados de la puerta de entrada había una ventana. La de la derecha estaba iluminada. La de la izquierda, en cambio, no tenía luces. Sin hacer el más mínimo sonido, aplicando toda su experiencia de años en tareas semejantes, probó la resistencia de la persiana y con poco trabajo la forzó. Las hojas de la ventana estaban abiertas hacia dentro. Petes recordó que aquello debía ser el *hall.* Desenfundando la pistola, entró. Hasta él llegaron voces en una habitación contigua había varios hombres, posiblemente cenando, a juzgar por los sonidos que se dejaban oír.

Por un instante, estuvo tentado de ir hasta allí y emprenderla a tiros, pero se contuvo. Tenía que pensar en Bill Crawford y Janice. Además, sería interesante recuperar el microfilm... Sonriendo sin alegría, se deslizó por el *hall* en penumbras hacia la puerta del estudio. Recordaba con absoluta precisión la ubicación de cada mueble y adorno; de algo le servía el pesado y constante entrenamiento recibido en el Servicio.

La puerta del estudio se abrió sin hacer ruido. Tampoco allí

había luces, pero no las necesitaba. Cerrando, sacó del bolsillo una diminuta linterna, poco mayor que un lápiz algo grueso. Sin perder tiempo buscando, se dirigió hacia el escritorio. Si su impresión era real, Ackermann no debía haber ocultado el microfilm, pues era absurdo imaginar que alguien podía ir a robárselo a su propio cubil. A menos que lo hubiera destruido... Pero, no, conociendo al jefe de la organización, lo lógico era suponer que esperaría a tener todo junto para comprobarlo antes de hacerlo desaparecer.

Sin dificultad alguna, abrió el cajón central del escritorio y buscó entre los papeles. Una vez más la fortuna le ayudó. El pequeño sobre estaba en el fondo del cajón, cuidadosamente cerrado. Rápidamente lo abrió y observó a la luz de la linterna los negativos. Estaban todos. Sin perder un instante, colocó el sobrecito dentro de su cigarrera y se irguió. Al mismo tiempo, la luz de la habitación se encendió y en la puerta se materializó la cuadrada figura de Otto, que lo miraba fríamente. En su diestra empuñaba una oscura pistola «Lugger» y su dedo comenzaba a curvarse sobre el disparador.

CAPITULO XXII

— ¡Bill! ¡Oh, Dios mío! ¡Bill, despierta!

La voz parecía llegar desde muy lejos. ¿Era Janice hablándole desde la región de los sueños? En lentas oleadas de dolor, volvió a asaltarlo, y con el dolor, la noción de las cosas. Abrió los ojos y la luz le obligó a cerrarlos. Una mano suave le tocó él rostro y luego sintió que lo sacudían.

— ¿Qué diablos...? —comenzó a decir con la lengua trapajosa.

—Bill...

No cabía duda... ¡Era Janice! Abrió los ojos y esta vez pudo mantenerlos así. El rostro de su esposa se inclinaba sobre él con expresión angustiada. Sonrió.

— ¡Hola, linda! —murmuró.

Entonces recordó todo y al mismo tiempo que Janice se abrazaba a él llorando, abrió enormemente los ojos. Estaba sentado en el suelo de un dormitorio, con la espalda apoyada contra la pared. Por encima de él se abría una ventana.

— ¡Gracias al cielo! —exclamó la muchacha, sus ojos enrojecidos por el llanto.

— ¿Qué pasó? ¿Quién me golpeó?

—Yo. Creí que eras uno de esos hombres horribles y te pegue con un banquito.

Bill se frotó la cabeza.

— ¿Hace mucho?

Janice sacudió la cabeza negativamente.

—Pocos minutos... Cuatro o cinco. ¡Oh, no sé! ¡Menos mal que viniste!

Bill recogió la pistola y tomó a su esposa de la mano.

—Vamos —dijo—. Antes de que el tipo que está afuera se despierte...

Janice se pegó a él, atemorizada.

— ¿Lo... desmayaste?

—Sí. Vamos..., tendrás que correr como nunca, querida.

—Con tal de salir de aquí, soy capaz de volar.

Bill sonrió y apartó la cortina.

—Yo saldré primero. Sígueme y déjate caer al suelo apenas estés al otro lado...

Estaba pasando una pierna por el alféizar de la ventana cuando sonó el tiro.

* * *

Cuando se encendió la luz del estudio, Peter se irguió parpadeando, la pistola en la diestra. Otto, de pie en el umbral de la puerta, alzó una negra «Lugger» y sin decir nada, casi involuntariamente, disparó. Pero al mismo tiempo, Peter se dejaba caer tras el escritorio y hacía fuego con su «Walther». Los dos estampidos casi se confundieron. Luego, el criado abrió enormemente los ojos y, dejando caer su arma, se llevó las manos al pecho, rodando sobre la piel de tigre.

Al instante se escucharon gritos y rumor de pasos. Peter miro en derredor. Tras él se abría una ventana que daba al jardín. De un salto estuvo allí. Una sonrisa extraña se dibujó en sus labios; a la luz de las estrellas alcanzó a divisar a Bill y Janice que, tomados de la mano, corrían desesperadamente hacia los árboles. Con un poco de suerte podrían llegar al auto.

En ese instante, una exclamación ahogada partió de la puerta. Peter giró rápidamente, haciendo fuego con su pistola contra el rostro que ya desaparecía tras la hoja. La bala se incrustó en la madera con un chasquido seco.

— ¡Maldito seas, Field! — gritó la voz de Ackermann—. ¿Qué has venido a hacer? ¡Te esperábamos mañana!

—Para matarme tranquilamente, ¿eh? Por eso me adelanté, asesino... Entra, que quiero hablarte en privado.

Una mano armada de un grueso revólver asomó por el umbral.

Peter disparó rápidamente y el arma saltó por los aires, mientras Moe lanzaba un juramento colérico y de dolor.

Peter volvió a mirar por la ventana. Bill y Janice ya habían desaparecido. Ahora le tocaba a él. Viendo el auto de los pistoleros estacionado ante la puerta principal, tuvo una idea. Alzando una silla, la arrojó contra la ventana. Una lluvia de vidrios cayó hacia afuera y él saltó, cerrando los ojos. A sus espaldas resonó otro grito de cólera.

La tierra húmeda de un cantero de rosas mitigó la caída. Be un salto estuvo de pie y volviéndose para efectuar otro disparo contra la ventana, corrió hacia el automóvil. Un sólo pensamiento cruzó por su mente: con tal de que la llave estuviera colocada.

Estaba. El motor rugió. Al mismo tiempo, en la ventana del estudio apareció la silueta de un hombre y las balas silbaron. Con una maldición, Peter se volvió y, apuntando un instante, disparó. El pistolero lanzó un alarido y, doblándose sobre sí mismo, se desplomó.

Entonces, Peter dedico toda su atención al automóvil. Apretando el acelerador, lo puso en primera y soltó el treno. El coche dio un verdadero salto hacia adelante. Peter dio un brusco viraje y dirigió el auto hacia el camino, perseguido por una verdadera granizada de balas.

Ackermann, seguido por tres de sus hombres, salió a la puerta.

— ¡Rápido! —vociferó—. Saquen el coche grande del garaje... ¡Lo alcanzaremos en seguida!

Mientras Larry corría a obedecer, entró nuevamente, descolgó un pesado rifle de caza mayor, colocó dos balas en la recámara y, asomándose a la ventana, apuntó hacia el auto que se alejaba y, tras centrarlo cuidadosamente, disparó dos veces consecutivas.

Peter sintió que una bala pasaba silbando junto a su cabeza, destrozándole el parabrisas. La otra no alcanzó a oírla, pues se había incrustado en la parte posterior de la carrocería. Lo que no pudo imaginar fue que la punta del cromoniquel había perforado el tanque del combustible.

— ¡Malditos sean! —murmuró entre dientes—. Tengo que conseguir ayuda antes de que me alcancen.

Pero en el fondo sabía que no tenía tiempo. Para nada.

Cuando sonó el primer disparo, seguido inmediatamente del

segundo, Bill se descolgó de la ventana y esperó a que Janice lo siguiera. La muchacha, temblando como una hoja, se dejó caer y se tomó de su brazo.

— ¿Que hacemos, Bill? —susurró.

— ¡Corramos! Tal vez Peter se esté tiroteando y tengamos tiempo de llegar al bosque... Allí tengo un auto.

Mientras cruzaban el sendero bordeado de rosas blancas, en el interior de la cabaña resonaron nuevos disparos. Bill, llevando de la mano a su esposa, aumentó la velocidad de su carrera. Jadeantes y agitados, llegaron a los primeros árboles Allí. Bill hizo alto. La masa oscura del automóvil se distinguía, pese a las sombras.

— ¡Sube y pon el coche en marcha! —ordenó a su esposa.

Janice obedeció sin responder. Bill miró hacia atrás, esperando ver aparecer la figura de su sosías. El motor del automóvil aulló y la voz de Janice llamó urgentemente.

Ya está, Bill... ¡Vamos!

—Espera… Peter Field estaba allí dentro. No podemos abandonarlo así.

En la casa sonaban más tiros. De pronto, una de las ventanas saltó hecha trizas y a través del espacio abierto paso un hombre. Era Peter. Bill, lleno de excitación, lo vio correr hacia el auto estacionado, disparar sobre una silueta humana que acababa de asomarse, poner el motor en marcha y maniobrar bruscamente. Janice volvió a llamarlo.

—Bill... Por favor... ¡Ven! —esta vez le hizo caso.

Tras él resonaba, mezclado con el estruendo de los disparos, el sonido del motor del auto manejado por Peter.

— ¡A toda velocidad, querida! —gritó Bill, subiendo al automóvil—. Creo que Petar nos seguirá.

— ¿Hacia dónde vamos?

— ¡A cualquier sitio donde haya un policía!

* * *

Peter hundió el acelerador del coche hasta el fondo, El vehículo, saltando y rateando, se introdujo entre los árboles y se dirigió velozmente hacia el camino de la costa. Tras él, rugiendo con todo el poder de su largo motor, un coche de gran «sport» lo seguía acomendo distancias.

Durante diez minutos la carrera continuó ininterrumpida. Cuatro o cinco veces el auto de Peter pareció estrellarse contra un imprevisto tronco cruzado en el camino, pero la pericia del conductor impidió el accidente. De tanto en tanto, los faros del coche perseguidor alcanzaban a iluminar la parte posterior de su vehículo, para distanciarse nuevamente; Peter tenía el acelerador aplastado contra el piso y le era imposible cobrar más velocidad. Una sonrisa amarga le curvó los labios. Mientras el camino fuera accidentado, conservaría cierta ventaja, merced a su mayor audacia, pero cuando llegara a la carretera, todo terminaría. A menos que consiguiera ayuda.

Par fin, el camino desembocó en la carretera desierta; el sonido de las olas golpeando la playa era el único ruido que quebraba el silencio nocturno. Ese y el rugido del motor.

Peter dio la curva sin aminorar su marcha. Tras él, a cuatrocientos metros de distancia, apareció el coche de Ackermann. Fue entonces cuando su auto volvió a ratear. Pero esta vez se detuvo. Con una maldición, Peter advirtió que el tanque de gasolina estaba vacío.

Sin prisa aparente, abrió la portezuela. No vaha la pena apresurarse, pues ya no le quedaba tiempo Con suma lentitud, sacó del bolsillo la pistola «Walther» y verificó su carga. Tenía tres balas. Volvió a enfundarla y bajó del auto. Luego, sin elegir camino, pues todos conducían al mismo sitio, cruzó la carretera y bajó a la playa

azotada por la marea.

El otro automóvil detuvo suavemente su marcha. Los cuatro hombres se apearon sin cambiar palabra y encendiendo sus linternas, buscaron el fango del borde de la carretera. Allí Habían marcadas las pisadas de Peter Field. Tras observar un instante, apagaron las linternas y echaron a correr hacia la playa.

Peter se detuvo, jadeante.

«Esto se acabó», pensó sin sentir miedo.

Con ojos cargados de presagios miró la larga costa, batida por las olas del océano. No había sitio alguno donde ocultarse. ¡Quién hubiera dicho que en una noche como aquélla, tibia, agradable, la muerte rondaba la orilla del mar! La luna iluminaba todo con plateada claridad. Peter pensó en lo que dijera a Bill horas atrás. Las noches de luna eran peligrosas para atacar a un enemigo... Miró hacia el firmamento estrellado, en busca de una nube que cubriera el rostro del astro nocturno. Inútil. Tragando saliva, se volvió. La pistola «Walther» apareció entre sus dedos largos y delgados, parecida a una prolongación de su propio «yo».

Entonces aparecieron las cuatro sombras perfiladas por la luna. Peter pensó en el microfilm. Tenía tres balas para cuatro enemigos. Nunca conseguiría salir con vida de aquello... Sacando del bolsillo la cigarrera con el sobrecito dentro, miró en derredor. Por fin se resolvió y en un último gesto lo arrojó lejos, hacia la costa.

Las sombras avanzaron.

—Sabemos qué tiene eso encima —gritó una voz indefinible. Peter comprendió que era Ackermann, agitado por la carrera—. Entréguelo y nada le ocurrirá.

Al mismo tiempo se escuchó el sonido seco del cerrojo de una automática al ser accionado para pasar una bala a la recámara.

Peter no contestó. Sabía que era inútil, pero no podía dejarse matar sin defenderse. Era un luchador y aceptaba su última pelea como venía, sin posibilidades de ganarla.

—Le damos una última oportunidad —insistió Ackermann.

Hubo una pausa. Después resonó un disparo, quebrando el silencio de la playa. El fogonazo perforó las tinieblas, delineando la silueta de la sombra que empuñaba el arma.

Peter sintió que la bala pasaba silbando sobre su cabeza y oprimió el disparador de la «Walther», rogando mentalmente que

Ackermann recibiera su dosis de plomo. Una de las sombras se dobló lentamente, lanzando un gruñido que quería ser una maldición. Simultáneamente nuevos disparos trazaron rojas estrías y Peter sintió que algo parecido a un hierro candente le tocaba el pecho. Ningún dolor, tan sólo la fuerza del impacto arrojándolo hacia atrás inexorablemente. Otros dos disparos dejaron oír su voz ronca bajo el firmamento tachonado de estrellas; el índice de Peter Field siguió oprimiendo el disparador de su pistola, ya descargada, mientras su cuerpo caía en un abismo que no parecía tener fin.

Con esfuerzos espasmódicos, trató de tirar una vez más, pero el arma era demasiado pesada para sostenerla. Y, de pronto, comprendió que estaba tendido contra la arena húmeda y que algo viscoso bajaba lentamente por su costado izquierdo, pata ir a formar un pequeño charco tibio y oscuro, que parecía latir con su corazón, cada vez más débilmente.

El mundo de cosas materiales comenzó a debilitarse paulatinamente, hasta quedar separado de sus ojos por un velo tan tenue que no podía existir más que en su cerebro. Comprendió que ya pronto pasaría todo. Su capacidad para asombrarse se había agotado, junto con el temor y la fatiga. Y. sin embargo, le pareció extraño que tardaran tanto en llegar hasta él. El presente ya comenzaba a convertirse en pasado, y los recuerdos se tornaban irreales…, vagos…, lejanos… Demasiado lejanos…

Las estrellas seguían brillando en lo alto, eternas, inmutables en su frialdad de gemas milenarias. Pero para Peter Field ya no había estrellas, su rostro achatado contra la arena, incrustado en mil granos que no sentía. Como no sentía ya los pasos que se acercaban, confundidos con el rumor de las olas. Y un nombre de mujer. Giselle… Giselle…

Ackermann y sus dos secuaces se acercaron cautelosamente. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en los finos labios del falsificador al mirar el cuerpo de su enemigo.

—No perdamos tiempo —dijo fríamente—. Revisemos el cadáver… Debe de tener el microfilm en sus ropas.

CAPITULO XXIII

Bill aceleró su auto al máximo y lo lanzó entre los árboles, sin preocuparse por los tumbos y saltos que daba al pasar sobre las raíces sobresalientes y los numerosos baches del camino de tierra. A su ludo, Janice se pegaba a él, pálida y silenciosa, el corazón latiéndole aceleradamente. Los faros de coche cortaban las espetas sombras proyectadas por los altos pinos y el motor rugía, forzado al máximo. Por fin llegaron al camino costero y Bill dobló hacia el oeste. El sitio más cercano para pedir ayudo era la hostería Traveler's Rest, donde todavía debía de haber policías montando guardia.

Durante varios kilómetros continuaron la enloquecida carrera. De pronto, tras una curva cerrada, se encontraron ante un inesperado obstáculo. A un centenar de metros de distancia dos automóviles cruzados en el centro de la carretera cerraban el tránsito. Junto a los mismos había varias siluetas humanas y tres motocicletas Un tercer coche que viajaba de norte a sur había sido detenido.

— ¿Qué es eso? —preguntó Janice.

Bill lanzó una exclamación de alegría.

— ¡La policía! —dijo—. Han tendido una barrera para controlar a los que viajan. Es para detenerme a mí...

— ¿A ti? ¿Por qué? —el escritor recordó que no había contado a su esposa lo ocurrido en el Traveler’s Rest. Ya no tenía tiempo de hacerlo.

—Ya te explicaré —se limitó a decirle—. Si te interrogan, explícales lo que ha ocurrido en San Diego... — ¿Comprendes?

— ¡No!

Un policía con el uniforme de los patrulleros se adelantó agitando una linterna para hacer aminorar la marcha del coche de los Crawford. Bill frenó a pocos metros y sacó la cabeza por la ventanilla. Dos hombres se le acercaron. Uno era un agente y el otro estaba de civil. Bill sonrió contra su voluntad al reconocer al oficial Maloney…

— ¡Hola! —lo saludó—. Lo estaba buscando…

Maloney perdió su aire imperturbable. Abriendo enormemente los ojos apoyó la diestra sobre la puerta del auto como si temiera que fuera una ilusión óptica.

— ¿Usted? —dijo—, ¡Bájese inmediatamente! ¡Está detenido!

—No podemos perder tiempo con tonterías —repuso Bill, obedeciendo—. Aquí traigo a mi señora… Conseguí rescatarla gracias a la ayuda de Peter Field…, el hombre que según ustedes no existía.

—Cuando lleguemos junto al teniente podrá explicárselo… ¡Andando!

— ¡Un momento! Si quiere atrapar al responsable de la muerte de la muchacha del dormitorio 126, venga conmigo… Y traiga gente, pues es un trabajo peligroso…

Había hablado con tanta seguridad que Maloney frunció el ceño. Pero inmediatamente sacudió la cabeza.

—Usted trata de marearme… —replicó—. ¡Kelly! Haga bajar a esa señora y tráigala al coche número 7.

— ¿Con qué objeto voy a intentar engañarle? —insistió, irritado, Bill—. ¿No se da cuenta que vine directamente hacia aquí? Estaba buscando ayuda…, además, esos asesinos matarán a mi sosías si no le ayudamos pronto·

Maloney se rascó la cabeza dubitativo.

—Si está tratando de jugarme alguna treta, se arrepentirá —dijo, sin mayor convicción.

—Pero, ¿por qué iba a hacerlo? —gritó casi Bill, tomando del brazo. Algo había en su expresión o en su acento que logró convencer al policía.

—Está bien…, haremos la prueba ¡Pero que Dios le ayude, si me está mintiendo! ¿De qué se trata?

—Es algo relacionado con el servicio secreto… Se trata de una

banda internacional de falsificadores... Ha sido la gente del S. S. la que me complicó a mí, contra mi voluntad, en este asunto, a causa de mi extraordinario parecido con Peter Field, un agente que llevaba ciertos datos incriminatorios para la organización de falsificadores. Subamos a los autos y mientras vamos hacia el refugio de esa gente, le explicaré más detalladamente.

Maloney lanzó un suspiro y se volvió hacia sus hombres. Eran en total ocho agentes uniformados y dos de civil.

—Todo el mundo a los coches —ordenó—. Síganme, listos para entrar en acción. Usted me llevará en su coche.

—Magnífico —exclamó Bill, volviéndose hacia el auto donde Jardee discutía con el agente Kelly.

—Síganos, Patrick —ordenó Maloney, subiendo. Bill se acomodó tras el volante y el patrullero corrió hacia su motocicleta.

Un minuto después los tres automóviles y las motos de la policía corrían velozmente por la carretera. El auto que cuando llegó Bill estaba detenido, siguió también su camino, que era el mismo de los otros. Pero nadie prestó atención a sus ocupantes.

* * *

Mientras corrían hacia el camino transversal que llevaba a la cabaña de Ackermann, Bill Crawford explicó como pudo, a Maloney y a Janice, todo lo ocurrido, aclarando la verdadera personalidad de Field.

— ¿Quiere decir que el inspector Hawkins era un farsante? —le interrumpió Janice, más animada—. Ya me parecía...

Bill hizo una mueca. Acababa de recordar que había visto a «Hawkins» con el *barman* del Hotel Luxor, rondando la hostería.

—Field me dijo que tiene que ser un agente secreto... Y creo que representó su papel suficientemente bien como para engañarnos a los dos, querida... No dirás que...

— ¡Silencio! —exclamó Maloney, que había asomado la cabeza por la abierta ventanilla—. ¿Oyeron eso?

—Tiros —repuso Bill, poniéndose serio—, ¡Vienen desde la playa! ¡Allá, cerca de esos dos autos estacionados!

CAPITULO XXIV

— ¡Maldito sea! —mascullo entre dientes Ackermann, pateando el cadáver. Lo habían revisado sin encontrar rastros del microfilm— Tiene que haberlo dejado caer, mientras corría por la playa.

—Tal vez lo escondió en el auto —Sugirió Burton, tímidamente.

Ackermann hizo un gesto.

—No lo creo... Pero vale la pena averiguarlo. De paso puedes cargar a Larry, que recibió una dosis de plomo y se está retorciendo sobre la arena. Chuck y yo permaneceremos aquí buscando en la arena

—Con tal que los disparos no hayan atraído a nadie— Comento el aludido, mirando en derredor. Casi al mismo tiempo resonaron en la carretera las inconfundibles sirenas de la policía. Chuck se volvió hacia su jefe, aterrado—, ¡Los patrulleros!

Ackermann lanzó una interjección.

— ¡Alguien debe haberles avisado! —vaciló un instante—. Y ese microfilm del demonio que no aparece...

Frenéticamente se inclino, iluminando en derredor con su linterna, Chuck agitó bis manos, urgiéndole.

— ¡Pronto, jefe! ¡Tenemos que irnos! ¡Nos atraparán!

— ¡Cállate, imbécil! Si escapamos y el microfilm cae en poder de las autoridades, será lo mismo que si Peter Field viviera. ¡Ayúdame a buscarlo!

Mientras Chuck se agachaba para mirar en torno al cadáver, sobre la playa resonó la voz de Burton:

—Jefe...

Luego sonó un disparo y después otro de distinto calibre,

seguido del chirrido de varios automóviles, frenando bruscamente.

—Nos van a atrapar —gimió Chuck.

Ackermann apagó la linterna.

—Dirígete tú hacia el norte y yo iré hacia el sur —susurro a su subordinado—. Nos reuniremos en la cabaña. Pero no dejes que te sigan.

El pistolero asintió. Ahora comenzaba a hablar su jefe un idioma lógico…

Sin decir palabra, se separaron. Ackermann siguió con la mirada a Chuck y una sonrisa fría se dibujó en sus labios. Le servirla de señuelo para atraer a la policía, mientras él escapaba… ¡Estúpido!

Así ocurrió. Chuck trató de deslizarse entre las sombras de la playa, pero los faros de los coches policiales comenzaron a recorrer la costa y, de pronto, un reflector lo centró.

— ¡Allá va! —gritó alguien.

— ¡Deténgase! —rugió la voz estentórea de Maloney. Chuck alzó el rostro, encandilado por el haz luminoso, y en lugar de obedecer, desenfundó una pistola automática, que todavía estaba tibia, y abrió fuego sin dejar de correr. Una bala destrozó el buscahuellas del primer coche patrullero, Maloney lanzó una interjección. A su lado, Bill y Janice se agacharon. El escritor advirtió, al hacerlo, que el coche que los estuviera siguiendo hasta aquel momento, pasaba a sus espaldas con las luces apagadas. Pese al peligro, esbozó una sonrisa, imaginando el temor de los desprevenidos viajeros.

— ¡Alto! —volvió a gritar Maloney, que se había parapetado tras el auto, revólver en mano. Otro disparo fue la respuesta. Entonces, el oficial apuntó cuidadosamente y abrió fuego. Dos, tres, cuatro veces oprimió el disparador. Chuck, siempre iluminado por el segundo buscahuellas que lo seguía tenazmente, alcanzado por las balas, trastabilló y rodó sobre la arena, lanzando un chillido tan agudo como el de una rata atrapada fatalmente en una trampa de la que nunca podrá escapar.

—A la playa todo el mundo —ordenó Maloney, poniéndose en pie y volviendo a cargar el revólver. Bill se le acercó.

—Permítame que le acompañe —le pidió—. Esto me interesa…

El policía hizo un gesto negativo, pero pareció cambiar de idea.

—Está bien. Después de todo, usted fue quien nos trajo hasta aquí… Vamos hacia el sitio desde donde venía corriendo ese tipo…

Bajaron a la playa. Janice dudó un instante y luego de mirar en derredor, corrió tras su marido.

Las linternas de los patrulleros iluminaban la arena, que parecía intensamente blanca. Kelly, que se había arrodillado junto a Chuck, levantó la cabeza y anunció:

—Este hombre está muerto, jefe.

Siguieron caminando con las armas listas, pasando junto a los cuerpos caídos de Burton y Larry. Los dos pistoleros vivían, el primero, alcanzado por una bala de la policía; el segundo, herido por Peter Field.

—Quédese con estos hombres, Bush —ordenó Maloney a otro de los patrulleros—. Esto se está poblando cada vez más...

En ese momento, Bill divisó una forma humana tendida a algunos metros más lejos, y señaló con la mano.

—Tiene razón, Maloney —dijo—. ¡Mire!

Se adelantaron. Kelly fue el primero en llegar.

—Otro cadáver —anunció.

— ¡Bueno! Vamos a poner una sucursal del cementerio —comentó el oficial. Pero al enfocar el rostro del muerto, una expresión de profunda sorpresa se dibujó en sus ojos—. ¡Demonios, Crawford! ¡Este hombre parece su hermano mellizo!

Bill avanzó un paso; Janice, a su lado, se cubrió los ojos para no ver.

— ¡Oh, Bill! —murmuró—. ¡Es como si estuvieras tú allí tendido!

—Es Peter Field —dijo el escritor, sintiéndose apesadumbrado sin comprender bien la causa—. Lu mataron.

Se volvió hacia su esposa y le palmeó suavemente la mejilla.

—Según usted dijo, aquí falta alguien —observó Maloney.

Bill asintió, señalando la arena removida por las pisadas.

—Sí —repuso—. Fíjese bien... Hay señales de varios hombres. Y no creo que al salir en persecución de Field, Ackermann haya quedado atrás. Probablemente, huyó en otra dirección.

— ¡A ver! —gritó Maloney—. ¡Sepárense! ¡Hay que buscar al jefe de la banda! ¡Ya saben lo que significa para el hombre que consiga atraparlo!

—Y para usted también, ¿eh? —bromeó Bill.

El oficial lo miró, frunciendo el ceño.

—Ya ha corrido suficientes peligros, señor Crawford. Sin contar que su esposa parece fatigada. Hágame el favor de volver al auto con ella...

— ¡Oh, caramba! —exclamó Bill, fastidiado—. Por una vez que podía presenciar la captura de un peligroso criminal, ¡quiere que me quede atrás!

—Probablemente se produzca un tiroteo —replicó Maloney—. No puedo permitirle que se arriesgue más. ¡Vuelva al coche!

Sin esperar para ver si su orden era cumplida, giró sobre sus talones y se alejó siguiendo a sus hombres. Bill se encogió de hombros y se volvió hacia Janice.

—Vamos —le dijo—. Este sitio está poniéndose bastante desagradable...

Le pasó una mano por la cintura y entonces ella lanzó una exclamación.

— ¡Mira, querido! ¿Qué es eso? —su diestra extendida señalaba hacia la playa. Algo brillaba a la luz de la luna. Bill se adelantó y se inclinó.

— ¡Oh! —exclamó, recogiendo un objeto chato y brillante—. Es una cigarrera..., y, si no me equivoco, pertenecía a Peter Field... Cuando lleguemos a los autos verás. Tiene su identificación oculta dentro.

Llevando la cigarrera en la mano, el escritor tomó con la otra a Janice y caminaron lentamente hacia los coches.

— ¿A ver? —pidió ella cuando estuvieron ante el reflector del patrullero. Bill aunó la cigarrera; de su interior cayó un pequeño sobre—. ¿Y eso?

El escritor se inclinó para recogerlo, frunciendo el ceño,

— ¡Que extraño! —murmuró—. Cuando me mostro su placa de identificación, lo único que había aquí eran cigarrillos... Vamos...

Acercándose a la luz, abrió el sobre. En su mano aparecieron diez trozos rectangulares de celuloide negro. Conteniendo la respiración, los estudió.

— ¡Diablos! —exclamó, en el colmo de la sorpresa. ¡Estos son los microfilms! Deben de ser las pruebas que Peter dijo a Ackermann... ¡Los recuperó antes de escapar!

Janice pareció a punto de decir algo, pero de pronto su mirada se clavó en las sombras de la carretera. Pasándose las manos

nerviosamente por el rostro, tiró del faldón del saco de Bill.

—Bill... —murmuró—. No pienses que soy una miedosa... ¡Pero me parece que en el camino hay alguien!

El escritor guardó precipitadamente los negativos en un bolsillo y buscó la pistola, pero no llegó a desenfundarla.

— ¡Quédese quieto y nada le ocurrirá! —ordenó una voz dura. Al mismo tiempo un hombre, alto y corpulento, se acercó. En su diestra empuñaba firmemente una enorme pistola «Parabellum».

— ¡Ackermann! —exclamó Janice, palideciendo.

— ¿Cómo está usted, señor? —el jefe de la organización avanzó rápidamente—. Dígale a su esposo que no sea tonto y me entregue, por las buenas, esos negativos, Los necesito.

—Es inútil que intente escapar... —repuso Bill, cubriendo maquinalmente a Janice con su cuerpo—. La carretera está llena de policías... Lo atraparán, tarde o temprano.

—Si es tarde, nada podrán hacerme —repuso Ackermann, secamente—. Deme esos negativos.

El escritor se encogió de hombros y con dos dedos sacó el sobre del bolsillo y lo extendió hacia el criminal. Ackermann extendió la mano izquierda para tomarlo. Ya las puntas de sus dedos lo tocaban, cuando Bill abrió la mano y el sobre cayó. Ackermann, moviéndose casi por un reflejo, comenzó a inclinarse. La pistola apuntó más abajo durante una fracción de segundo. Luego comprendió que lo habían engañado, y levantó la cabeza. Pero ya Bill había tenido su oportunidad, y la aprovechó. Agachándose como quien carga contra una puerta para derribarla, se abalanzó sobre Ackermann y le golpeó con el hombro derecho. Fue como intentar tirar abajo un buzón. Pero el gigante trastabilló y el tiro que escapó de su pistola se perdió inofensivamente por encima de los autos.

Con un esfuerzo desesperado, Bill se aferró a la mano derecha de su enemigo, intentando desarmarlo, mientras con su puño libre le golpeaba en el estómago. Ackermann lanzó una interjección. La pistola escapó de sus dedos y cayó sobre el asfalto; sin embargo, derrotar a un hombre de la fuerza y corpulencia del falsificador era tarea difícil. Bill Crawford no era, precisamente, bajo, pero al luchar contra Ackermann se sintió como un niño combatiendo contra un adulto. Una y otra vez fue arrojado al suelo, su rostro lleno de

golpes. La sangre comenzaba a manar de sus labios reventados y sus párpados aplastados por los puños de aquel coloso de mirada fría. Con un esfuerzo, trató desesperadamente de resistir, de ganar tiempo. Pero era inútil. Como en medio de una niebla rojiza y espesa, entre la que tan sólo alcanzaba a verse el rostro de su enemigo, creyó oír un sollozo de Janice. Luego, el puño volvió a abatirse sobre su nariz, y se desplomó.

Ackermann, respirando ruidosamente, se inclinó, recogió la pistola y el sobrecito, y miró a Janice.

— ¡Suba al coche! —ordenó—. Usted vendrá conmigo.

— ¿Yo? —balbució ella—. Por favor…

— ¡Silencio! Necesito que me acompañe… ¡Por las buenas o por las malas! ¡Me servirá de pasaporte!

Janice miró a Bill, que intentaba débilmente incorporarse, y lanzó un gemido. Ackermann entrecerró los ojos y avanzó hacia ella, alzando la pistola.

El estruendo del disparo fue espantoso.

CAPITULO XXVI

Bill sintió que alguien caía junto a él. Con un esfuerzo, abrió los ojos. Había oído vagamente las palabras de Ackermann y una ola de terror lo envolvió.

— ¡Janice! —murmuró, sintiendo que su cabeza pesaba media tonelada, la alzó para mirar. Al mismo tiempo, oyó pasos.

— ¿Está bien, señora? —preguntó solícitamente una voz conocida.

—Si, gracias... Mi esposo...

Dos brazos fornidos le anidaron a levantarse. El escritor había creído, minutos antes, que su capacidad para el asombro estaba colmada, pero comprendió que para ciertas emociones no hay límites posibles. Porque el hombre que lo sostenía era Timothy, ¡el presunto *barman!*

Junto a Janice, con una enorme pistola humeante en la diestra, estaba parado el hombre que conociera en San Diego como inspector Hawkins. Sacudiendo la cabeza, buscó a Ackermann. Lo vio tendido de bruces sobre el asfalto. Hawkins dejó a Janice y se inclinó sobre el criminal, volviéndolo boca arriba. En el pecho, sobre el costado izquierdo, tenía una enorme mancha oscura que continuaba creciendo. Respiraba dificultosamente.

Bill avanzó un paso, tambaleante.

—Gracias..., Hawkins —dijo—, o como se llame... Nos ha salvado.

Timothy le oprimió el brazo.

—Es el capitán Merrill, del servicio secreto —explicó—. Yo soy su nuevo ayudante.

Janice corrió junto a su marido, estallando en sollozos. Al mismo tiempo, en los transparentes ojos de Ackermann se dibujó una expresión extraña, como si hubiera querido ver algo que escapaba a sus sentidos.

— ¡Merrill! —balbució—. ¡Maldito canalla!

No pudo proseguir. De sus labios escapó un estertor y su cabeza cayó hacia atrás.

Merrill se incorporó y se encogió de hombros. Parecía más avejentado que horas atrás.

—Ya todo ha terminado —murmuró. Volviéndose hacia Bill esbozó una sonrisa—. Usted ha tenido el raro privilegio de colaborar en la destrucción de una de las peores organizaciones delictivas del mundo, señor Crawford.

Bill trató de retribuir la sonrisa, pero sus labios estaban hinchándose rápidamente y no pudo.

—Involuntariamente —repuso, asombrándose por el sonido tajante de su propia voz. Janice lo abrazó llorando—. ¡No llores! Ya ha pasado todo…

—Sí, pero tuve tanto miedo —repuso ella.

— ¿Qué es lo que ha pasado? —la voz del oficial Maloney les hizo volverse. Los policías volvían, después de una búsqueda infructuosa. Bill hizo un gesto y señaló el cadáver.

—Este era el jefe, Maloney —explicó—. Ackermann.

Merrill se adelantó hacia el policía, sacando del bolsillo una cartera, cuya parte interior mostró.

—Estoy a cargo de este caso, oficial —dijo—. El señor Crawford y su esposa han colaborado eficazmente. No quisiéramos que sean molestados más de lo que ya fueron.

—Bueno… Habrá que llenar algunas formalidades legales —repuso el policía con una mueca—. Pero esta misma noche quedará todo aclarado…

—Si le parece conveniente, yo mismo los acompañaré hasta la estación de la patrulla caminera para dejar el asunto aclarado —se ofreció Merrill.

—Oiga… —lo interrumpió Maloney—. ¿De dónde han salido usted y su compañero? ¿Vinieron por casualidad?

Merrill sonrió.

—Estábamos rondando por la carretera y cuando ustedes

levantaron el bloqueo, les seguimos. Supimos que se trataba de algo relacionado con nuestro caso. Sabíamos que buscaban a Bill Crawford por la muerte de la muchacha del dormitorio 126, en el Traveler's Rest…, y yo estaba seguro de que estábamos persiguiendo. Es sencillo. Pero falta algo… —sus ojos se entrecerraron—. ¿Dónde está Peter Field?

—Ahora lo traen —repuso Maloney—. Lo mataron.

Sin hablar más subieron a los automóviles, fue una triste procesión la que se dirigió hacia la estación de policía del distrito: Bill y Janice hubieran preferido que los dejaran ir a dormir. Se sentían agotados. Pero Maloney había insistido en dejarlo todo perfectamente aclarado y no les quedó otro remedio que acceder

En la estación de policía aguardaba el teniente Phillips. Al ver el aspecto vapuleado de Bill, frunció el ceño.

—Parece que ha pasado un mal rato —comentó—. Casualmente, Dixon estaba comentando que si llegaba a echarle mano, lo dejaría más o menos así. Usted le golpeó con demasiada violencia al escapar hoy…

Bill hizo una mueca que quería ser una sonrisa.

— Tiene que reconocer teniente, que yo tenía razón y ustedes estaban equivocados. Ya se ve que rescaté a mi esposa…, y que nada tengo que ver con la muerte de aquella muchacha.

El teniente sonrió.

— ¿Quiere que le diga un secreto? —repuso—. Nosotros le dejamos escapar…

Maloney carraspeó.

—Este es el capitán Merrill, teniente —dijo—. Como ya le expliqué por radio, es del S. S. y está a cargo de este caso…

Los dos hombres se estrecharon la mano. Bill y Janice se habían sentado en un viejo sillón destartalado y escuchaban.

—Yo fui quien forjó la intervención del señor Crawford en este asunto —explicó Merrill—. Desgraciadamente, corrió un peligro mayor del que habíamos calculado Nosotros pensábamos que los pistoleros de la organización, encargados de apoderarse de Peter Field, lo perseguirían, dándonos así tiempo de apoderarnos de las pruebas que éste poseía. Pero no creíamos que se complicaría a Giselle Duprés en el asunto… —hizo una pausa y sacudió tristemente la cabeza. La pobre muchacha estaba condenada por el

solo hecho de estar enamorada de Peter… La vigilaban de cerca…

—Habrá que averiguar cuál de los pistoleros de Ackermann la estranguló… —observó el teniente.

—La seguían constantemente —repuso Timothy, que permaneciera silencioso—. Sabían que era el punto débil de Peter Field. En realidad, pudo haber sido muerta unas cuantas horas antes… Llegó hasta la hostería con vida por casualidad…

Bill Crawford había estado pensando en silencio. En todo aquel cuadro había algo que no encajaba, como una tela con un color mal puesto o un rompecabezas incompleto. Levantando la vista, observó al falso *barman.*

—Yo oí cómo Field la citaba allí, diciéndote que se inscribiera en el registro como «señora Crawford»…, además la seguimos en auto. ¿Por qué?

El escritor se incorporó, frunciendo el ceño, sin mirarlo, se dirigió al teniente:

— ¿Recuerda la declaración del gerente del Traveler's Rest?

—Si…

—El asesino no puede haber sido otro que el hombre que preguntó por la falsa «señora de Crawford», diciendo que era el cuñado…

El teniente Phillips meditó un instante y asintió.

—Efectivamente… Es lógico.

Bill pareció olvidar el dolor de los golpes. Con la mirada brillante siguió hablando, cada vez en tono más alto.

— ¿Como, pudieron saber los pistoleros de Ackermann que esa muchacha estaba allí haciéndose pasar por mi señora? De haberla seguido, habrían preguntado por Giselle Duprés, no por la «señora de Crawford»…

Un silencio profundo se hizo en el interior del pequeño despacho. Timothy enarcó el ceño.

—Oiga… ¿Qué pretende insinuar?

—Que Ackermann tenía más cómplices de los que Imaginamos… Alguien suficientemente informado como para poderle ser de extraordinaria utilidad…, alguien que sabiendo que Giselle Duprés tenía el microfilm con las pruebas contra la organización. No sé si su nombre figuraba en la lista o si se dejó tentar, como Peter Field, por las posibilidades de obtener una enorme suma de dinero,

extorsionando a Ackermann... —mientras hablaba, Bill avanzó lentamente hacia Timothy, cerrando los puños—. Y el testimonio del empleado de la hostería servirá para condenarlo... A más de las lastimaduras que debe de tener en las muñecas, ¡lastimaduras que le produjo Giselle Duprés al intentar defenderse en vano!

Al terminar de decir estas últimas palabras, saltó hacia adelante. Simultáneamente, las cosas se precipitaren, Janice lanzó un grito cié terror, y una pistola de «45» brilló a la luz de las lámparas,

El escritor pasó rozando a Timothy y cayó sobre Merrill, derribándolo con el peso de su cuerpo, y luchando desesperadamente para sujetarle la mano con la que empuñaba la pistola. El agente secreto se debatió, intentando zafarse, pero Bill le asestó un fuerte golpe en el rostro con el dorso de la mano. Al mismo tiempo, los dos policías estuvieron a su lado, ayudándole a sostener a Merrill. El escritor se reincorporó, sonriendo ferozmente con sus labios hinchados.

— ¿Qué tiene que decir a todo esto, capitán? —preguntó.

Merrill le miró con odio.

— ¡Absurdo! ¡Usted está loco! —replicó.

Crawford le tomó el brazo derecho y tiró de la manga hacia arriba, dejándole la muñeca al descubierto. Claramente marcadas en la carne bronceada, se dibujaban tres líneas sanguinolentas, tres arañazos hechos con las uñas de una mujer desesperada a punto de morir.

El agente secreto bajó la cabeza y se llenó los pulmones de aire. Bill retrocedió un paso y miró con aire triunfal a los demás.

— ¿Y bien? —preguntó—. ¿Alguien tiene algo más que decir?

Maloney lo miró, enarcando el ceño.

— Creo que no —exclamó—. ¡Usted lo ha explicado todo!

Timothy avanzó hacia su jefe. Una expresión de horror incrédulo se dibujaba en su rostro.

—Pero..., ¿por qué, Merrill, por qué? —preguntó—. Después de todo lo que decía sobre el servicio, la dignidad, el deber...

El capitán lo miró con ojos irónicos.

—A lo mejor trataba de convencerme, Tim —repuso—. ¡Yo mismo no lo sé!

Bill se volvió hacia Janice y extendió una mano.

—Vamos, querida... —elijo con gesto dramático—. ¡Aquí ya no

somos necesarios! ¡Buenas noches, caballeros!

El teniente hizo un gesto a Maloney, que llamó con un grito:

— ¡Kelly!

El patrullero apareció inmediatamente.

— ¿Señor?

—Vaya con Buch en las motos escoltando al señor Crawford y su esposa hasta la hostería y explique les a los dueños que no pesa ningún cargo sobre ellos… De paso, traiga al gerente pata que identifique a este hombre…

—Sí, señor.

Bill lo miró.

—Nos llevamos el auto que estuvimos utilizando, oficial… —dijo —. El nuestro está atropellado.

—Perfectamente. Yo arreglaré las cosas para que mañana lo vaya a retirar uno de nuestros hombres al Traveler's Rest —el rostro duro de Maloney se curvó en una sonrisa—, ¡Ah! Permítame felicitarle, señor Crawford. ¡Ha estado usted brillante!

Bill se encogió de hombros.

—Ha sido cuestión de suerte. ¡Buenas noches!

Bill salió llevando a Janice de la mano. La rubia estaba silenciosa. Una mirada de orgullo se dibujaba en sus ojos verdes.

Subieron al automóvil oscuro. Kelly y el otro motociclista pusieron en marcha sus máquinas y con las sirenas tocando insistentemente, abrieron la marcha. Bill los siguió.

— ¡Eres maravilloso, querido! —dijo Janice, después de algunos instantes de silencio—. Parece mentira la forma en que desenmascaraste a ese criminal. Mejor que si hubieras pertenecido a la policía.

Bill nada contestó. Una arruga apareció en su frente y por un momento pareció a punto de hablar, cerró la boca y, por fin, se resolvió:

—Te diré…, al principio creía que el asesino era Timothy…, me resultaba sospechoso…

— ¿Y cuándo te diste cuenta que era Merrill?

El escritor lanzó un suspiro.

—Bueno…, en realidad no me di cuenta…

Janice lo miró, abriendo enormemente los ojos y Bill agradeció mentalmente a la tiniebla reinante en el interior del coche, que

impidió que se viera el rubor que le inundaba el rostro.

— ¿Cómo?

—No... —Confesó el escritor en voz baja—. La verdad es que estaba por saltar sobre Timothy cuando Merrill desenfundó su pistola y comprendí todo. Pero la verdad es que hasta que le descubrí la muñeca y vi las señales dejadas por las uñas de Giselle, no estuve seguro de que él era el verdadero asesino...

— ¡Oh, Bill! —exclamo Janice con acento cargado de desilusión —. ¡Y te dejaste felicitar y todo! ¿Por qué no lo aclaraste?

Bill Crawford lo pensó un instante, miró a los dos motociclistas que corrían delante del auto y con un movimiento cerró el contacto, deteniendo el motor. Luego, pasó su brazo sobre los hombros de su esposa y la atrajo suavemente.

—Primero, porque sabía que te gustaría ver un héroe en tu marido... —repuso—. Segundo, para aprovechar la publicidad que se va a producir en torno a este asunte. Y tercero, porque no se me ocurrió

— ¡Oh, Bill! —comenzó a protestar Janice. Pero luego no pudo seguir hablando. Bill estaba verificando una teoría que acababa de ocurrírsele: incluso con los labios hinchados es posible besar a una muchacha bonita. Sobre todo, si se trata de la esposa y comienzan los dos la luna de miel.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO tiene ESO...



un VETERANO SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*